

UN CUBANO EN LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Semblanza de Rubén Martí Atalay
Diputado del Congreso Constituyente de 1917



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE NAYARIT



CENTENARIO
DE NAYARIT
1917 - 2017

Salvador Mancillas Rentería



Venustiano Carranza con los Diputados Constituyentes por el Estado de México

De izquierda a derecha: Guillermo Ordorica, Fernando Moreno, el Presidente Carranza, Aldegado Villaseñor y Enrique O'Farril.

En la Fila Central, de pie Antonio Aguilar, Rubén Martí, Juan Manuel Giffard, José J. Reynoso y Donato Bravo

Al Fondo, de pie: Manuel A. Hernandez y Enrique A. Enriquez. Está ausente el diputado José E. Franco.

Foto tomada en 1917 (Medioteca INAH 2017).

© Salvador Mancillas Rentería 2017
© Congreso del Estado de Nayarit
Derechos Reservados INDAUTOR 2017



- 1era fila:** Dip. María Angélica Sánchez Cervantes, Dip. Ivideliza Reyes Hernández, Dip. María Griselda Hernández Cárdenas, Dip. María Isidra Vargas López, Dip. Any Marilú Porras Baylón, Dip. Jorge Humberto Segura López, Dip. José Ramón Cambero Pérez, Dip. Karla Isabel Artigas Gutiérrez, Dip. Fidela Pereyra Zamora, Dip. Sofía Bautista Zambrano.
- 2da fila:** Dip. José Efraín Duarte Santos, Dip. Francisco Javier Monroy Ibarra, Dip. Álvaro Peña Avalos, Dip. Benigno Ramírez Espinoza, Dip. Jassive Patricia Durán Maciel, Dip. Sonia Nohelia Ibarra Fránquez, Dip. Martha María Rodríguez Domínguez, Dip. María Herlinda López García, Dip. María Felicitas Parra Becerra, Dip. Ricardo Iván Hernández Bermúdez, Dip. Olga Lidia Serrano Montes.
- 3era fila:** Dip. Martín González Cosío, Dip. Emiliano Santana Pasos, Dip. Francisco Javier Jacobo Cambero, Dip. José Arturo Elenes Hernández, Dip. Luis Manuel Hernández Escobedo, Dip. José Ángel Martínez Inurriaga, Dip. Jaime Cervantes Rivera, Dip. Héctor Javier Santana García, Dip. Eddy Omar Trujillo López.

Un cubano en la Revolución Mexicana

*Semblanza de Rubén Martí Atalay, diputado del Congreso
Constituyente de 1917*

Salvador Mancillas Rentería

Al Doctor Alberto Blanco, *In Memoriam*

CONTENIDO

Deudas y Agradecimientos

Presentación

Nota metodológica

Introducción

La Maldición del apellido "Martí"

Descubrimiento de un personaje fabuloso

Por qué el Penal se llama "Venustiano Carranza"

Cómo sobrevivir huérfanos en Matanzas

"New York, New York"

Un empresario en ciernes

El contacto de Rubén con la química

Su encuentro con la *Johnson & Johnson*

El Rubén Martí adulto

La educación del Diputado Constituyente

La relación de Rubén con Porfirio Díaz

El mal negocio de ser Mayor de Artillería

En peligro de perder la diputación

DEUDAS Y AGRADECIMIENTOS

Esta obra está basada en el testimonio de **JOSÉ ALBERTO DANIEL ITUARTE MARTÍ**, complementado con información documental y otras fuentes testimoniales. Daniel Ituarte es nieto del constituyente Rubén Martí Atalay, con quien convivió en la última etapa de su vida. Mi aprecio para este señor, inteligente, afectuoso, culto y de gran calidad como ser humano.

La publicación del presente libro tampoco hubiera sido posible sin la simpatía a este proyecto y la gestión por parte de los diputados **SONIA NOHELIA IBARRA FRÁÑQUEZ** y **JORGE HUMBERTO SEGURA LÓPEZ**, cuya sensibilidad por la cultura y la historia enaltece notablemente la estatura política de estos importantes personajes de la vida pública. También agradecemos al rector de la Universidad Autónoma de Nayarit, maestro **JORGE IGNACIO PEÑA GONZÁLEZ**, por su abierto respaldo, simpatía y patrocinio a esta obra.

En el transcurso de la investigación el autor tuvo contacto con otra gran personalidad, pero de Costa Rica, que resultó descendiente de Don Hildebrando Martí, padre de Rubén, nuestro personaje central de esta 'leyenda histórica'. Se trata del Doctor **EMILIO OBANDO CAIROL**, venturosamente para nosotros especialista en estudios genealógicos y descendiente de *Florinda Martí Atalay*, hermana de Rubén. Enterado de la existencia de un familiar tan importante para el movimiento constitucionalista y revolucionario mexicano, su entusiasmo fue tal, que lo llevó a aportar documentos valiosos para esta investigación. El aporte del Doctor Obando es inconmensurable. Mi deuda con él es, por tanto, impagable. Mi agradecimiento humilde por su ayuda desinteresada y por su honesta y genuina preocupación por esclarecer los hechos históricos. El material generosamente aportado por él fue extraordinario: datos genealógicos, partidas bautismales y de matrimonio de algunos hermanos de Rubén Martí, cuya existencia ignoraban los descendientes mexicanos, y viceversa. Otro familiar con quien tuvimos contacto fue el Doctor **ALFREDO BLANCO (QEPD)**, también de Costa Rica y primo del Doctor Ovando Cairol. El Doctor Blanco aportó información muy relevante, que por desgracia no tuvimos tiempo de agradecer por su fallecimiento inesperado para nosotros. Creo, sin embargo, que una de las cosas más importantes de esta aventura, fue haber hecho posible el contacto entre los descendientes de los Martí Atalay de Costa Rica y los de México. Si hay algo de qué sentirme satisfecho, es por mi modesta contribución a este extraordinario reencuentro.

Tampoco puede faltar mi agradecimiento al historiador cubano **JOEL NICOLÁS MOURLOT MERCADERES**, quien despejó muchas dudas sobre las supuestas relaciones de parentesco entre el poeta José Martí y Don Hildebrando, padre de Rubén. Para él, un abrazo desde México.

No puedo dejar de mencionar la deuda contraída con el Doctor **CARLOS ENRIQUE FLORES RODRÍGUEZ**, destacado investigador de la Universidad Autónoma de Nayarit, por su invaluable apoyo en la investigación hemerográfica, lo que hizo posible la localización de información que contribuyó a dar solidez a este trabajo. Mi agradecimiento a este experto en ciencias sociales, colega, amigo y apreciado compañero universitario.

Igualmente, mi agradecimiento al maestro **SERGIO EUGENIO GARCÍA PÉREZ**, por su apoyo financiero a esta investigación, efectuado a título personal y sin más condición que la amistad y la fe en este proyecto. En este tenor también fue importante el respaldo de mi paisano y amigo **ALBERTO PARRA GRAVE**, ex presidente municipal de Tecuala, así como del Doctor **ANDRÉS BOGARÍN SERRANO**, igualmente paisano y expresidente de mi lugar de origen.

Por supuesto, mi gratitud a mi querida esposa **ENEDINA HEREDIA QUEVEDO** por su apoyo permanente, leal e incondicional a las inquietudes de este autor, y por todo lo que ha puesto a mi alcance –cariño, aliento, amor y apoyo eficiente, inclusive, en muchos de los aspectos y detalles técnicos de la presente edición. Mi gratitud, devoción y mi inmenso amor no me alcanzan para corresponder a su inestimable respaldo, siempre presente.

A todos mis amigos, familiares y compañeros de trabajo, mi agradecimiento infinito por motivarme en los momentos en que las fuerzas menguaban por las adversidades que tuve que enfrentar durante el tiempo de indagación. En especial destaco a los miembros del cuerpo académico "*Estado y Sociedad*" al que pertenezco, todos ellos extraordinarios profesores e investigadores de la Universidad Autónoma de Nayarit, a quienes nombro con la informalidad del trato familiar de amigos: **OLIMPIA JIMÉNEZ, SALVADOR ZEPEDA, ENEDINA HEREDIA, CARLOS FLORES, ALEJANDRO OROZCO, MARCO ALANEZ, AMÉRICA NEGRETE Y JOSÉ LUIS PACHECO**. Sería imposible mencionar a todas las personas que me alentaron y simpatizaron con la presente investigación, pues faltaría espacio para testimoniarlo. A todos, gracias infinitas.

Salvador Mancillas Rentería, Tepic, Nayarit, México. 5 de febrero de 2017.



Diputado Jorge Humberto Segura López

Presidente de la Comisión de Gobierno

PRESENTACIÓN

Con el empeño de rescatar a un personaje histórico poco conocido para las nuevas generaciones de nayaritas, el Honorable Congreso del Estado presenta una obra original basada en testimonios y documentos, que describe la personalidad y obra de Rubén Martí Atalay, diputado del Constituyente de 1917, conocido en este tiempo como sobrino del poeta José Martí.

“Un cubano en la *revolución mexicana*”, es un producto de investigación del académico Salvador Mancillas Rentería, quien narra la accidentada vida de un personaje nacido en la provincia de Matanzas, que desde muy niño se vio obligado a abandonar su patria en medio de una guerra terrible.

El texto –mezcla de género ensayístico y narrativo–, intenta salvar la objetividad de la información, al mismo tiempo que la carga emotiva intrínseca a la vida del personaje, un hombre genial y excepcionalmente humano. Químico, inventor y hombre culto, Rubén Martí Atalay logra amasar una inmensa fortuna gracias a su trabajo profesional y empresarial, luego de llegar por azares del destino a México, donde se nacionaliza como ciudadano mexicano.

Cuando apenas arraigaba en nuestro suelo patrio, lo sorprende la caída de Porfirio Díaz y el avasallante inicio de la Revolución Mexicana, que arrojaría millones de muertos y más pobreza para las clases populares. Tiene entonces la opción de huir de nuevo, pero opta por quedarse en nuestro país, pese a las incertidumbres del momento, terminando por engrosar las filas constitucionalistas de Venustiano Carranza, su protector y amigo.

Don Rubén Martí Atalay no duda en invertir su fortuna en el financiamiento de las tropas carrancistas, entre las que luchó como Jefe de Artillería de la Brigada 14 “Fieles de Oaxaca”, acantonada en el Estado de México. En el Congreso Constituyente conoce a Nayaritas ilustres, como Esteban Baca Calderón, a quienes acompaña activamente en la promoción y creación de nuestro querido Estado de Nayarit, que posteriormente elige como lugar donde vivir.

El diputado constituyente habitó sus últimos años en Tepic, la capital, en una colonia cerca del Río Mololoa, donde muere en 1970, a la edad de 93 años.

Mediante la publicación de este primer volumen, nuestra XXXI Legislatura considera un acierto rescatar a este personaje ejemplar, de estatura histórica, que ha enriquecido la vida política y social de México y que por sus acciones y pensamientos puede inspirar a las nuevas generaciones de nayaritas y mexicanos.

Dip. Jorge Humberto Segura López
Presidente de la Comisión de Gobierno

Iniciales de algunos documentos y testimonios citados con frecuencia, aunque no exhaustivamente.

DD 1917: **pág.:** *Diario de los Debates de 1917: número de página.*

DCH 1868: DUMAS CHANCEL, MARIANO. "GUÍA DEL PROFESORADO CUBANO PARA 1868", Anuario de Pedagogía y Estadística, la Habana 1868.

DIM 2012: Daniel Ituarte Martí (Entrevistas 2012).

JGM 2014: Doctor Julián Gascón Mercado, Gobernador del Estado 19:63-1969. (Entrevista 2014).

RHQ 2012: Rigoberto Heredia Quevedo. (Entrevista 2012).

JAHQ 2016: José Ángel Heredia Quevedo. (Entrevista 2016).

Nota metodológica

Esta obra no es puramente “literaria”. Su preocupación es comunicar con suficiente claridad y “amenidad” los resultados de investigación histórica, basada en testimonios vivos. Este método se impone con naturalidad ahí donde no hay acceso a fuentes documentales, o estas son tan pocas que no pueden someterse a la sistematicidad obligada de todo tratamiento científico estricto. Ya sabemos también cuáles son los límites del método testimonial: las fallas de memoria, la subjetividad de la apreciación, las contradicciones y la imprecisión informativa, entre otros. *Esta es una de las razones por las que ninguna versión testimonial puede considerarse “verdadera” o “falsa”,* por la sencilla razón de que es imposible, –al menos en esta primera fase de la investigación–, tener bien determinado el objeto de estudio. Este apenas se tiene que recortar, definir en un cuadro pictográfico, es decir, hay que elaborarlo “artificialmente” apoyados en la información proporcionada por esos “instrumentos” testimoniales.

El uso de una narrativa es, pues, una técnica de expresión para pintar un cuadro histórico. Sólo hasta que el objeto sea (re) construido por la comunidad de historiadores profesionales, con la estructura referencial y documental sistematizada, será posible una plena discusión de la “verdad” de los hechos históricos. Pero estamos hablando de otra fase, de un nivel más desarrollado de la investigación. Hoy es imposible darse ese lujo.

Rubén Martí sigue siendo un personaje enigmático, poco conocido y, por tanto, todavía indeterminado. Se destacan sólo sus caracteres sobresalientes y ya obvios en el ámbito público; por ejemplo, que fue un hombre importante que accedió, como diputado, al Congreso de Querétaro; que vivió en Tepic y que poseía algunas cualidades personales y cognoscitivas. Pero no sabemos más. Presumiblemente, los documentos personales de nuestro importante Diputado Constituyente están en manos de diversos descendientes y familiares que se encuentran en diferentes partes del mundo: Tepic, Ciudad de México, Los Ángeles, Nuevo México, Costa Rica, Cuba y Colombia.

En fin, el resultado buscado, en esta primera fase de la investigación, ha sido el siguiente:

- a) el recorte pictográfico, en efecto, de nuestro objeto de estudio, que esperemos esté suficientemente dibujado en la presente obra, y
- b) la descripción de unas *líneas claras y concretas de investigación* para su desarrollo posterior, sea por este autor o por otros investigadores más especializados, y con disponibilidad razonable de fondos institucionales.

Las líneas de investigaciones pendientes y resultantes de este primer estudio, que serán comprendidas mejor una vez leído el libro, son las siguientes:

1. Vida militar de Rubén Martí en la Revolución, sobre la base de los archivos que se encuentran, presumiblemente, en la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA).
2. Genealogía de la madre de Rubén Martí, la señora Ana María Atalay y Ondona.
3. Formación intelectual de Martí, a reconstruir a partir de sus escritos periodísticos que se encuentran en el Archivo General de la Nación y en el periódico *El Universal*.

4. Reconstrucción de la vida del hermano menor de Rubén, el también enigmático “Antuko”, a partir de los archivos de la prisión de Lecumberri, donde, según el relato familiar, estuvo durante décadas.
5. Obtención de los testimonios de otros descendientes, que fue imposible entrevistar en esta primera fase de investigación, por limitaciones logísticas.

Estas líneas definen un *programa de investigación* abierto a todos los estudiosos e interesados en la historia de la revolución y, en especial, en este personaje del Constituyente, de cuya conducta, acciones y pensamiento tenemos mucho que aprender como sociedad.

El autor

Introducción

*“En Cuba no puedo tener afectos; allá no tengo amigos, no tengo amistades porque no me conocen, porque salí sumamente niño. ¡Con qué dolor, con qué sentimiento tan profundo me iría yo de aquí, si ustedes me rechazaran y que el día de mañana supieran mis hijos que ustedes me habían arrojado de esta Asamblea porque no soy mexicano, no teniendo otra patria más que México!”.
Rubén Martí Atalay.*

Cuando el revolucionario carrancista Rubén Martí Atalay afirmó, ante los diputados del Constituyente de 1917, que había abandonado su natal Cuba a los ocho años de edad (DD 1917: 352), nadie imaginó que lo había hecho en medio de una persecución encarnizada durante la guerra de Independencia caribeña.

En aquellos remotos y convulsos tiempos de finales del siglo diecinueve, el gobierno cubano quería la cabeza de su padre, Hildebrando Martí Medero, por considerarlo uno de los conspiradores que luchaban contra el yugo de la corona española (MOURLOT 2012).

El profesor Hildebrando, hombre de recia personalidad patriarcal y discípulo de los más brillantes próceres de la pedagogía Cubana, como los Guiteras Font y el filósofo De la Luz y Caballero (DCH 1868), no perdía oportunidad de hablar a sus alumnos de su escuela, en la ciudad de Santiago, acerca de las conveniencias de la libertad y de la necesidad de morir, inclusive, por una patria bolivariana independiente y por los beneficios de la educación, la cultura, la ciencia y la tecnología para las nuevas generaciones de cubanos.

El resultado fue el cese fulminante de su cátedra escolar en 1868 y la más terrible condena que un padre de familia puede experimentar: la persecución y el escarnio total. Vendrían diez años de andar a salto de mata por varios países de Centroamérica, cuidando el pellejo y luchando para sobrevivir, hasta el nacimiento de Rubén en 1877, en algún lugar de Matanzas, siempre en condiciones de acoso gubernamental. Los hermanos mayores de Rubén habían nacido en el extranjero, donde sus padres contaron, por fortuna, con la ayuda solidaria de la masonería y de la comunidad docente internacional.

Esta historia intensa y agitada la contaría el propio Rubén, mucho después, a sus hijos, nietos y amigos muy cercanos; pero a partir de su muerte en Tepic, en 1970, quedaría en el silencio, la oscuridad y el olvido. A la distancia nebulosa de casi cuarenta años, en vísperas del Centenario de la Constitución, las dificultades para rescatarla se han acumulado. Esta es una primera aproximación; mejor dicho, es sólo el esbozo de una semblanza de ese personaje novelesco, pero real, elaborada a partir de testimonios, documentos fragmentarios y la esforzada memoria de uno de sus descendientes, Daniel Ituarte Martí.

La Maldición del apellido “Martí”

I

La historia empezó en 1885 (DD 1917) en algún lugar de Matanzas, una región de café y tabaco, de ríos caudalosos y chacuacos enormes, humeantes y multiplicados como cañones apuntando al cielo. En ese entonces, un amplio sector de esta zona vendía azúcar como bancos de arena; y en la ciudad, perla urbanística del siglo diecinueve, las mujeres elegantes de tisú y holanes, acompañadas de hombres de casimir y bombín, cruzaban en crujientes quitrines las callejuelas y puentes alegóricos que unen las márgenes de sus tres portentosos ríos, el San Juan, el Yumurí y el Canímar.

De pronto desaparecieron sus padres. En un momento determinado, los profesores Hildebrando y Ana María no regresaron a donde habían dejado encargados a sus hijos más pequeños. Y en esta ciudad prodigio, –cuya cultura floreciente y eterna como la griega se irguió sobre una historia oscura de esclavos exprimidos desde los huesos hasta los cartílagos–, Rubén y su hermano menor se quedaron solos. Se supone que se quedaron en el total abandono porque, según cuentan sus descendientes, se dedicaron al vagabundaje, sin asistencia maternal o adulta, desarraigados, con suerte escuchando en la boba, de vez en cuando, la música africanizada salida a borbotones del tambor batá, los violines y el marimbol en los barrios musiqueros de la ciudad; o en el peor de los casos, huyendo hacia los montes profundos, hacia alguna aldea rodeada de lagunas –una de las cuales se llamaba la “Poza de los Patos”, según recuerda Daniel Ituarte Martí (DIM 2012)– con la ilusión de pescar para comer, nadar o jugar a los barcos para olvidar de forma momentánea el infortunio.

En aquel tiempo, el yugo español ya se desmoronaba, pero eliminaba gente inocente entre las tribus de conspiradores y libertadores heroicos que luchaban por ideales humanos y sociales considerados eternos. En 1885, Rubén Martí tenía ocho años y, su hermano menor, con dos años menos, poseía un nombre que parecía apodo de gladiador nórdico. Le decían Antuko (DIM 2012).

Los niños ya no tenían quizá a nadie en Matanzas, sólo sus paraísos naturales; ni en la ciudad, conocida como la “Atenas de Cuba” por el genio creador de sus artistas e intelectuales, ni en sus alrededores. Era complicado acudir a los amigos de su padre Hildebrando, ilustres profesores y pedagogos como él, –unos santiagueros y otros matanceros adscritos a la aristocrática escuela *La Empresa* de Antonio Guiteras Font (DCH 1868)–. La mayoría eran sospechosos o acusados de conspiración e igualmente se habían vuelto “ojo de hormiga” ante el peligro de ser deportados o inclusive asesinados sin previo juicio.

Tampoco se encontraba ya en Cuba el célebre matancero Anselmo Valdés, con el que el profesor Hildebrando tenía una amistad entrañable y una colaboración estrecha. Como tantos otros, se vio forzado a huir para evitar las bayonetas de las fuerzas reales.

De acuerdo a las crónicas, Anselmo, “el célebre matancero de color” (MOURLOT 2012), se reencontró con Hildebrando en Centroamérica, donde gracias a la hospitalidad de sus colegas consiguieron trabajo, primero en El Salvador, en 1873, y al siguiente año en Nicaragua. Anselmo era amigo a su vez del héroe cubano Antonio Maceo, uno de los grandes jefes del Ejército Libertador de Cuba, quien en famosísima carta le escribió a aquel unas palabras memorables que todo buen cubano contemporáneo recuerda con emoción: “la patria soberana y libre es mi único deseo, no tengo otra aspiración”.

Luego de dos años de vagabundaje, Rubén escuchó rumores perturbadores. Uno de ellos era tan doloroso que impulsó a los hermanos a abrazarse y a llorar durante horas (DIM 2012). Los españoles habían atrapado y ejecutado a su padre Hildebrando en juicio sumario, para escarmiento de los impulsores de la Independencia.

El otro rumor afirmaba que sus padres, o al menos Ana María Atalay y sus hijos mayores, habían tomado un buque rumbo a Nueva York para evadir el acoso militar español, acompañados de otras personas no identificadas. No lo pensó mucho. De inmediato informó a Antuko sobre esos dichos, que en realidad nada probaban, y a los pocos días afrontaron la tarea de viajar de incógnito en un colosal barco de vapor hacia el inmenso país de Estados Unidos, en la creencia de que “cruzar el charco” del Golfo de México era cuestión de pocas horas, sin caer en la cuenta de que Nueva York se encontraba, en realidad, mucho más lejos de Cuba, en los gélidos umbrales de Canadá.

II

1885 es un año clave. Se impone aquí un paréntesis. Ante los ataques de sus compañeros del Congreso Constituyente mexicano, por su origen extranjero –supuesto impedimento para ser diputado–, Rubén Martí sostuvo en reiteradas ocasiones que había salido “de ocho años” de edad de Cuba (del año de nacimiento 1877 a 1885 son ocho años) y que tenía “*más de 18 años de estar en México*”.

Esto quiere decir de manera indirecta pero segura que salió hacia otro país antes de llegar al nuestro, a finales o mediados de los noventa del siglo diecinueve. Quizá sería a Costa Rica, donde efectuaría sus estudios primarios, como escribe el historiador y también Constituyente Jesús Romero Flores (1986: 113), o bien directamente hacia Nueva York, como cuenta una versión familiar. Lo cierto es que desde su salida de la provincia de Matanzas a su llegada a México, media alrededor de una década.

Aquella declaración de Rubén está registrada en la sesión del 30 de noviembre de 1916 del Congreso Constituyente establecido en Querétaro (DD 1917: 352). La subrayamos por su importancia en la referencia de fechas útiles para efectuar pesquisas e inferencias de otros datos cronológicos.

Durante su estancia en Nueva York, a pesar de su tierna edad, Rubén aplicó paciencia en la búsqueda de sus padres, sin éxito alguno, de acuerdo a la historia conservada por la familia; pero al final no le quedó más remedio que radicar en aquellas tierras del coloso del norte, atrapado por el destino durante diez años o un poco más. Ahí habrían crecido los dos niños hasta llegar a la adolescencia, y Rubén, –siempre cuidando de su hermano menor–, en algún momento firmaría un contrato para trabajar en una compañía de medicina de patente que todavía existe, la *Johnson & Johnson*, en una época difícil, cuando el mercado era todavía dominado por las boticas tradicionales, con sus yerbajos, ungüentos, sanguijuelas para las sangrías curativas y unos boticarios engolosinados en su aura de prestigio heredada desde los tiempos de Esculapio.

Habrán notado ya, con estos pocos datos, que Rubén Martí era un niño poco común, nacido para enfrentar grandes desafíos desde su más tierna infancia. Sólo alguien dotado de genialidad y carácter pudo salir adelante ante circunstancias dramáticas que marcaron su niñez, volviendo su historia una leyenda hecha para el asombro general. ¿Qué niño crece, se desarrolla y madura solo, biológica e intelectualmente, mientras busca a sus padres y hermanos mayores para reintegrarse a

la familia? Sin duda muy pocos. Pero así creció y maduró Rubén de forma excepcional lejos de su patria original y en una cultura no sólo distinta a la suya, sino históricamente novedosa y con características determinadas por exigencias especiales del desarrollo capitalista (MARINAS 2016). No sólo eso. Se convirtió en un hombre de éxito, condición que le permitió saborear la plenitud y aportar a la sociedad de su tiempo.

Ese niño desamparado llegaría a ser un experimentado profesional de la química y un sabio empático que a base de esfuerzo e inteligencia lograría amasar una gran fortuna, misma que no dudó en dilapidar, peso a peso y dólar a dólar, durante la Revolución Mexicana, luego de enrolarse en las huestes de Don Venustiano Carranza (DIM 2012).

Por exigencias de trabajo llegó a México, donde arraigó, se casó con la bella mexicana Carmen Gil y tuvo seis hijos. Y se convirtió, para sorpresa suya “porque nunca buscó serlo”, en diputado del Constituyente de 1917, donde por primera vez habría de escuchar la palabra “Nayarit”, nombre que le sonó a aventura, a tierra prometida y como a música de instrumento exótico.

Aquel huérfano que deambulaba de niño por los cenagales de su originaria Matanzas, donde acompañado de su hermano Antuko mataba el hambre con raíces, frutas del bosque y ostiones de agua dulce que llamaban “moco de mar” (DIM 2012), pasó a formar parte de la historia de México y, enamorado de Nayarit, se quedaría a radicar en Tepic hasta su muerte el 16 de marzo de 1970, unas calles arriba de la colonia Mololoa, en la también representativa colonia Magisterial, cerca siempre de un río, como los de Matanzas y los de Nueva York que lo marcaron de por vida. Aquí en Tepic moriría nonagenario y casi ciego por las cataratas.

Gracias a la protección de la Presidencia de México y del Doctor Julián Gascón Mercado su final no fue, por fortuna, tan complicado desde el punto de vista económico, pero sus pulmones dejaron de respirar las grandes glorias pasadas (JGM 2014).

Todas las estrategias para recuperar su fortuna, que tan bien le funcionaron de la niñez a la juventud, empezaron a fallarle a Rubén después de la Revolución; pero su talento de inventor, su creatividad industrial y su astucia comercial no lo abandonaron en las últimas etapas de su vida. No fue, sin embargo, suficiente para remontar la quiebra económica; aunque, a pesar de las adversidades, llegó a ser en todo momento un ser humano feliz y muy productivo en muchos sentidos.

Su nombre completo era Rubén Martí Atalay. Y fue precisamente su primer apellido el motivo de la tragedia familiar sufrida en aquel lugar donde nació la salsa y el chachachá, y donde la santería envuelve a la vida como un mambo de ritmo sincopado.

III

Extraño poder de las palabras. Don Rubén escuchó muchas veces la palabra “Nayarit” durante la elaboración del proyecto de Constitución promovido por el “Primer Jefe” Don Venustiano Carranza, leído poco después en el Congreso, hace cien años, el miércoles 6 de diciembre de 1916; para más precisión, durante la lectura de los artículos 43 y 47, donde se menciona a Nayarit como nuevo Estado “con la extensión territorial y límites que comprende ahora el Territorio de Tepic” (DD 1917: 512). El Constituyente de origen cubano sería un activo promotor de la creación del nuevo estado, junto con Heriberto Jara y Estaban Baca Calderón.

El destino de esa palabra "Nayarit" fue tan accidentado como la vida del propio Rubén. Siendo originalmente el nombre de un Rey Cora, la palabra ya había sido seleccionada desde el siglo diecinueve para etiquetar a esta región, que hoy figura orgullosamente como nuestra entidad federativa. De acuerdo al historiador Pedro López González, el Emperador Maximiliano de Habsburgo creó el "departamento de Nayarit" en 1862; aunque el gusto durara poco, evidentemente, a quienes entonces se sintieron "nayaritas". El dignatario europeo moriría fusilado cinco años después en el cerro de las campanas (2010: 148). Luego, el rebelde Porfirio Díaz, quien protestaba en contra del presidente Benito Juárez lanzó en 1871 un flamante decreto donde declaraba la creación del nuevo estado de Nayarit, el cual desde luego no tuvo validez, pues el futuro dictador llevaba en ese momento las de perder. Por ese tiempo, Díaz utilizó también, por cierto, una frase que décadas después sería nada menos que la bandera de sus enemigos, quienes lo enviarían a su exilio definitivo en Francia. Esa frase se les hará bastante conocida: "*Sufragio Efectivo, No Reelección*", que algunos atribuyen de modo equívoco a Madero.

Es bastante probable que el decreto de creación del nuevo Estado de Nayarit por parte de Díaz buscara la simpatía del Tigre de Álica, Manuel Lozada. En aquel tiempo, el General oaxaqueño procuraba refugio con afán (años 1871-1872) "a lo largo de la frontera en Texas y California y, posteriormente, en la región noroeste de México (Tepic), en un vano intento de conseguir el apoyo de uno de los caudillos regionales de México más intransigentes del siglo XIX, Manuel Lozada" (GARNER 2010: 76).

Por último, el gran escritor costumbrista mexicano y político liberal, Manuel Payno, –otro seguidor de Lozada y autor de las famosas novelas de entregas *El Fistol del Diablo* y *Los Bandidos de Río Frío*–, cuando figuraba como diputado junto con otros legisladores en 1872, hizo la propuesta expresa de crear un nuevo estado precisamente con el nombre de "Nayarit" (LÓPEZ GONZÁLEZ, 2010: 148), aunque desde luego el gran escritor también fue desoído pese a su fama y "autoridad literaria".

En general, estos datos hacen evidente que la tentativa de creación de nuestra querida entidad federativa no era nada nuevo durante los debates del Congreso Constituyente de 1917, en los que intervinieron Rubén y otros de sus grandes amigos, como Esteban Baca Calderón y Juan Espinosa Bávara, –este último, principal promotor de aquella vieja aspiración, según se desprende de las palabras del citado Romero Flores: "luchó porque el antiguo territorio se erigiera en Estado Federal, como lo es hasta la fecha" (1986: 113).

IV

Pero fue también una palabrita de fuerte acento agudo, "Martí", la que condenó a la familia de Rubén al destierro y a una vida llena de turbulencias y peligros.

Es posible que antes de la Independencia de Cuba los españoles pensarán que todos los Martí provenían de un único tronco y una sola estirpe. Al menos creían que esa prole no sólo llevaba en la sangre el parentesco, sino también el espíritu "revoltoso" que estaba a punto de acabar con la estructura del régimen imperial ibérico. Esa era una de las razones por las que la corona hispánica, que se resistía a soltar su dominio sobre la Isla, quería exterminar a todo aquel que llevara a costas el apellido del poeta universal, José Martí. Fue así como el padre de Rubén, el respetado profesor

Don Hildebrando Martí –que, encima, contaba con añejos antecedentes de subversión, pasó a formar parte de la lista negra de la madre España (DIM, 2012).

Muchos años después se analizaría y quedaría en duda el nexo parental, ante ciertas evidencias genealógicas que apuntan de modo casi inequívoco hacia diferentes troncos familiares. Ahora es, por lo menos, dudoso, que existan relaciones de sangre. Sin embargo, el profesor Hildebrando y el poeta José Martí se conocieron en vida y quizá se vieron como “parientes”; compartieron sus afanes independentistas y por lo menos en algún momento se cruzaron en el camino de esa importante lucha.

Hildebrando Martí Medero fue muy activo en sus labores de conjura. Las más intensas las realizó entre mediados y finales de los sesenta del siglo diecinueve, en Santiago de Cuba, hasta el grito de Yara en 1868 (MOURLOT 2012), año en que estalló la llamada Guerra de los Diez Años, —el primer gran movimiento de independencia en la isla caribeña—, cuya fiebre exaltaría también el sentimiento patriótico del entonces adolescente José Martí, el poeta de la “frente amplia y blanquísima”, según la descripción de Jorge Mañach (2015). El profesor tuvo que salir del país, sin embargo, ante la presión del gobierno.

Como es más conocido, el poeta y libertador cubano se convirtió, por su parte, en un torbellino de energía que trastornaba a sus enemigos y subyugaba a las personas de instinto solidario y patriota, tanto de su país como del extranjero, especialmente de Latinoamérica. Escribía poemas, publicaba febrilmente sus artículos, organizaba aquí y allá células revolucionarias de exiliados y conspiraba desde Nueva York o Cayo Hueso, con tal de conseguir la independencia de su patria, sin escatimar tiempo, fuerzas e intelecto. Acaso intuía, como todo buen poeta y visionario, que era un hombre destinado a morir demasiado joven, pero con la seguridad de dejar una profunda e imborrable huella a su paso por ese minúsculo pero entrañable pedazo de planeta, que era su patria en realización. Su atractivo personal era seductor, en especial para las mujeres, por su “verba fluida, rica en todos los matices de la insinuación”, por “su extremada galantería, su risa de cristal y la aureola de la fama literaria y del exilio” (MAÑACH 2015). Entre la niña de Guatemala y la hermosísima Rosario, la de enigmático rostro guadalupano y musa del suicida enamorado Manuel Acuña, la historia personal del genial cubano suelta abundantes y ricas hebras para el mito romántico.

El apellido Martí era, sin embargo, una maldición en la Cuba dominada por el todavía poderoso reino ibérico. Era necesario matarlo a él y eliminar inclusive a toda su parentela, cercana o lejana, vieja o aún infante, como si fuera ese tipo de “mala hierba” que se regenera con peligrosa facilidad. Había que cortarla de tajo. Los niños Martí Atalay serían en ese sentido sus víctimas. Por esa razón, la repentina locura de irse de incógnito a Nueva York quizá constituyó un milagro que les salvó, por lo pronto, la vida.

Descubrimiento de un personaje fabuloso

I

Rubén era un hombre cuya carne parecía estar hecha de leyenda, por sus propios méritos y por esa áurea de brillo indestructible e intemporal que le proporcionaba su “tío”, el poeta José Martí, cuyo parentesco nadie ponía en duda en los tiempos de la Revolución Mexicana. Su extraordinaria inteligencia y su increíble capacidad para sobrevivir en las circunstancias más comprometedoras y peligrosas, vuelven a Rubén un personaje interesante y fabuloso. Ciertamente es que, como decía Karl Popper, siguiendo a Platón, no hay ciencia que no comience con mitos; pero, en especial, en la investigación histórica es complicado “humanizar” o pasar por el “tamiz terrenal” a este tipo de personajes, que por sus cualidades especiales se apartan del común de los mortales.

De hecho, el primer contacto con Rubén Martí otorgó al autor de estas líneas una primera impresión insólita, descabellada, como si su personalidad seductora “hablara” desde una especie de “más allá de la historia”.

Al calor de una plática familiar en la colonia Mololoa, en 2012, Rigoberto Heredia Quevedo, hombre cerebral, de canas desparpajadas y memoria espléndida, fue quien nos dio las primeras referencias sobre este personaje histórico, susceptibles de atrapar a cualquiera en un asombro agolpado de conjeturas y febril curiosidad.

De niño, Rigoberto había sido uno de los “secretarios” de nuestro héroe, en los años sesenta del siglo pasado. “Era cubano y sobrino del poeta José Martí”, aseguraba con un tono que terminó por introducir, de pronto, casi con violencia, a lo increíble de lo humano.

¿Un cubano sobrino del gran poeta fue diputado en un Congreso exacerbado de nacionalismo revolucionario? ¿Quién puede creerlo de buenas a primeras? Desde ahí ya las extrañezas pueden agujonear el oído de cualquiera, inquietar de manera avasallante y causar una sed de claridad. Las preguntas son automáticas e inevitables, como si tuvieran un diablillo adentro: ¿qué carajos hace un sobrino del poeta en México y cómo es que, siendo de otro país, llega a ser diputado, nada menos que en el congreso renovador de la Constitución, de gran importancia en nuestra historia? Para colmo, después nos enteraríamos que no sólo era cubano, sino que estaba vinculado a intereses transnacionales norteamericanos.

Si el viejo dictador Porfirio Díaz era ya nacionalista y anti yanqui, es lógico que con más razón lo fueran los revolucionarios de la estatura de Madero, Carranza, Pancho Villa, Emiliano Zapata; y sobre todo sus respectivos seguidores, que suelen ser siempre “más papistas que el Papa”. Basta recordar cómo responde el barbón de Cuatro Ciénegas, admirado amigo de Rubén, a las hostilidades “diplomáticas” de los norteamericanos, el día de Guadalupe de 1914. Sus advertencias son claras y explícitas. Según la crónica, Carranza consideraba la conducta de los vecinos como “un ataque a la soberanía de México”, a la que se debía responder ya de plano con la fuerza (TARACENA 2008: 555, 556). Un autor contemporáneo como Friedrich Katz lo corrobora:

“Carranza tenía otra característica, muy importante para él. Era un nacionalista. Esto era genuino. Lo de la reforma agraria proclamada no era genuino; al mismo tiempo que prometía la tierra a los campesinos devolvía sus haciendas a los hacendados. Pero en cuanto al nacionalismo sí: era antiestadounidense, trataba de imponer impuestos a los estadounidenses, reducir su influencia

en la medida en que podía, y durante la Guerra Mundial hizo no diría una alianza pero sí favoreció a los alemanes, esperando que Alemania ganara y que Alemania fuera un bastión contra la influencia estadounidense en México (KATZ Y LOMNITZ 2016: 128, 129).

II

El caso es que Rubén Martí llegó a diputado del Constituyente, sin que de ninguna manera esto quiera decir que su acceso fue fácil, por el rechazo de muchos congresistas a la aceptación de su credencial.

En aquel tiempo eran los diputados quienes “calificaban” las elecciones (no existía un organismo electoral en forma como hoy); pero a las cuestiones técnicas de conteo debían sumar otros criterios políticos bastante fuertes, emanados del espíritu nacionalista y revolucionario dominante: No haber servido en el gobierno del Porfiriato, no ser convencionista (porque aquí dominaban los odiados zapatistas y villistas), y no haber servido al gobierno usurpador de Victoriano Huerta. Eventualmente, se exigían pruebas de haber combatido a favor de la causa revolucionaria o constitucionalista, como soldado o como gestor político, o ambas cosas.

En este contexto, Rubén Martí no sólo tuvo que pagar el costo de haber nacido en patria ajena; sino que al ser amigo del también diputado Félix Palavicini, quien sufría de la animadversión de los obregonistas, tuvo que soportar un saldo abultado de ataques políticos, muchos de ellos crueles, de los cuales se defendió, sin embargo, con elegancia y estatura histórica.

Al leer en el *Diario de los Debates* del Congreso de 1917 las intervenciones del diputado Rubén Martí, cualquiera puede notar que late en ellas la vida de una personalidad singular, cuya agilidad mental le permitía sortear con ingenio y franqueza los cuestionamientos de sus adversarios.

También, a semejanza con el difunto Fidel Castro, Rubén Martí logró salir vivo de innumerables atentados. Un terrible adversario, como el sonoreense Juan de Dios Bojórquez, que de manera socarrona trataba de minimizar sus merecimientos militares, dejó entrever a pesar suyo que Martí salió herido de su experiencia como Mayor revolucionario. “Dice que tiene méritos contraídos en campaña. Sé que tiene algunas heridas; pero yo digo: a un hombre como Martí, que todavía el 6 de marzo de 1915 se hacía pasar como cubano, ¿vamos a admitirlo en este Congreso?” (DD 1917: 353).

Entre los atentados de que se tiene memoria, se cuentan tres emboscadas de las hordas zapatistas que lo dejaron literalmente marcado: una cicatriz de diez centímetros en el cráneo, —que se confundía con la raya del peinado— y otra más en la parte derecha de la cadera, según se esfuerza en recordar su nieto Daniel Ituarte. También, al quedar peligrosamente etiquetado como carrancista, pudo salir ileso de otros dos atentados durante el dominio posrevolucionario del General Álvaro Obregón, en especial cuando Rubén se negó a apoyarlo para la reelección (DIM 2012). Esto debió haber ocurrido entre 1927 y el asesinato de Obregón en 1928, período en que la persecución de adversarios fue acentuada por parte de Plutarco Elías Calles, presidente de la República y “cofrade” del polémico General manco (GONZÁLEZ MORFIN 2014: 33-79).

Por ese tiempo, Rubén Martí fue sorprendido por un hombre armado por la Calzada de la Verónica o Melchor Ocampo, cerca de Río Consulado, en la ciudad de México, cuenta Daniel Ituarte. Un hombre de sombrero y zarape surgió de la oscuridad, con un cigarro apagado entre los labios,

pidiéndole, o más bien exigiéndole lumbré con acentuada autoridad. “Pedir lumbré” era una frase amenazante porque entonces significaba simple y llanamente “este es un asalto”.

Por toda respuesta, Rubén Martí sacó en acto relampagueante su pistola de entre sus ropas y apuntó a la cabeza del forajido; se sacó su puro encendido de la boca y lo colocó con audacia en el cañón del revólver del agresor. “Préndalo”, gritó, imperativo. El extraño empezó a temblar e hizo el ademán de huir; pero de nuevo la voz de nuestro héroe lo paralizó en cuerpo y alma, removiéndole la pistola en la sien del infortunado delincuente: “¡Prenda o prendo!”.

Al ladronzuelo no le quedó más remedio que encender su cigarrillo, humillado por la forma en que se le otorgaba aquel favor. Acercó la cara al puro en combustión y se le echó de ver la palidez a pesar del color intenso del fuego. El temblor en las manos hacía gelatina sus dedos, por lo que sólo pudo ejecutar la orden después de varios intentos. Balbuceó un “gracias” que sonó, más bien, a plañido de gato herido y huyó lo más aprisa que pudo de aquel hombre de gabardina, que ya viéndolo bien, parecía un guerrero exótico e inmortal bajado de la noche.

Alguien que desde la infancia fue arrojado abruptamente a la selva de la vida para luchar por mantenerse vivo, no podía acabar con tanta facilidad en manos de cualquier bruto de la calle. Aunque, claro, como todo en la vida, siempre hay un costo. En este caso, la gastritis.

Después del tenso incidente, Rubén Martí sacó de entre sus ropas su pomo de leche; remojó un trozo de bolillo en la albura proteica del líquido e invirtió unos minutos en calmar las hieles alebrestadas por la emoción del momento. Así era Rubén Martí Atalay, a quien apodaban “el loco”, –etiqueta significativa, pero también síntoma de que la gente “normal” veía en él, sin duda, a alguien fuera de lo común (DIM 2012).

Por qué el Penal se llama “Venustiano Carranza”

I

En la década de los sesenta, la casa de Don Rubén Martí Atalay, en Tepic, siempre estaba llena de niños listos y festivos. Para entonces, el diputado constituyente era ya un anciano de ceguera borgeana y andar difícil, que dictaba los artículos políticos para publicarlos semanalmente en el periódico *El Universal*, de la ciudad de México.

Siempre, por lo regular, era un niño quien teclaba la máquina de escribir. Otros ayudaban al anciano a levantarse de la silla, a agarrar el bastón o a caminar. Los niños de los barrios de las colonias San José, Mololoa y Magisterial brindaban, en suma, a Rubén, asistencia de todo tipo y, de paso, alegraban la casa con las ocurrencias de la espontaneidad infantil (RHQ 2012).

Por supuesto, el prócer antes tuvo que conquistarlos, seducirlos con historias y enseñanzas, bromas, monedas de a veinte o de a tostón y otros recursos. A casi todos sus asistentes infantiles los enseñó a escribir a máquina. Con paciencia les ordenada ejercicios para el dominio del teclado, compensando la monotonía con su presencia afable y lúcida, a pesar de su larga edad.

Debió ser una delicia ver aquel cuadro digno de ser pintado por algún artista universal: un anciano casi ciego concentrado en ordenar sus pensamientos para dictarlos en oraciones claras, –resuelta ya la sintaxis y la prosodia–, listas para pasarlas al limpio del papel. Debió ser digna de mirar la capacidad de atención del niño mecanógrafo en turno, obligado a captar sin distorsiones el dictado del viejo revolucionario, a fin de marcar los renglones con suma precisión. No debía haber errores. El escrito iba a un periódico importante, aquel en cuya fundación participó un siglo atrás, en 1916, gracias a su estrecha amistad con el primer dueño del rotativo, el legendario Félix Fulgencio Palavicini, también diputado del Constituyente de 1917 (RHQ 2012).

Dictaba, pues, el artículo semanal al mecanógrafo más rápido, mientras otros entrenaban para posibles sustituciones; luego, algún otro chamaco ensalivaba el sobre postal y lo llevaba al correo para enviarlo al destino deseado. Los hermanos Heredia Quevedo, (Rigoberto, “*El Pulpo*”, y José Ángel, “*el Gato*”) y el político Pablo Montoya, fueron por un tiempo los predilectos de Don Rubén por la rapidez de la mecanografía y la buena entonación y dicción para leerle todos los días el periódico o algún libro de su predilección.

Los niños disfrutaban también las ocurrencias de Rubén hijo o júnior, que era un hombre de baja estatura, con una pierna más corta que su par, que lo obligaba a renguear y a usar un zapato de plataforma más gruesa que la del otro. Era también ingenioso para los chistes, voraz lector y un portento para la cocina. Era, en fin, tan educado, sabio, brillante, genial y correcto como el padre; pero algunas veces su estado de ánimo se ensombrecía como si arrastrara algún secreto inconfesable (JAHQ 2016). Hasta su muerte, Rubén júnior fue un personaje que mantuvo relación de amistad con los Heredia Quevedo.

José Alberto Daniel Ituarte Martí, un hombre corpulento, blanco, de figura europea, cuya mirada cantábrica sonríe con claridad y afecto inteligente, proporcionó, con gusto que se agradece, información importante acerca de su ilustre abuelo. Daniel trae la marca del revolucionario carrancista. En su casa se encuentra toda clase de herramientas y artefactos de alguien que se dedica a la invención, pues Don Rubén fue, entre otras cosas, también inventor.

Por Daniel nos enteramos ya en detalle que el constitucionalista estudió química e inventó, en efecto, algunas maravillas, cuyas patentes, por desgracia, nunca le preocuparon y terminaron "en manos de otra gente que se hizo rica gracias a su ingenio". En sus ratos libres trabajó e inventó, por ejemplo, un procedimiento para mejorar la calidad del cemento y un carbón de minería más barato y eficaz que el usado entonces para la extracción de metales (ROMERO 1986: 113). Su nieto asegura que entrando el siglo veinte inventó también el aserrín prensado, pero con la intención original de usarlo en los viejos calentones de agua, como bloques de combustión.

Muchos años después, fue inesperado para Rubén ver de pronto inundado el mercado con los muebles fabricados a base de dichos bloques, como las mesas de cocina y de sala, -económicos para el bolsillo siempre angustiado de las clases medias bajas. Esta información es verosímil, pues como se verá más adelante, el sabio revolucionario tenía fijación en la reutilización de toda clase de desechos, en un afán de disminuir la dilapidación de recursos. La historia oficial de los inventos dice por supuesto otra cosa y consagra el nombre de William H. Mason, a cuyo apellido se debe el nombre de un material similar procesado industrialmente, la masonita, patentada en 1924. Faltaría indagar sobre las diferencias de método para su obtención.

II

Daniel Ituarte comenzó por proporcionar un dato fuerte acerca de la historia política de su abuelo: en 1916 ganó la elección por el Distrito de Lerma, en el Estado de México.

Las preguntas difíciles surgen en el acto. ¿Cómo le fue permitido ser siquiera candidato cuando estaba claro que era un extranjero? Inclusive, aun naturalizado, corría el peligro de ser señalado como posible agente de los yanquis, por su nexos con un corporativo transnacional, la *Johnson & Johnson*.

Superficialmente, la clase política y revolucionaria lo identificaba por lo menos como un "carrancista cubano", sobrino del poeta José Martí. ¿Cómo los electores prefirieron votar por un extranjero y no por algún mexicano por nacimiento? Con un poco de encono político, era blanco fácil de las campañas negras.

Ya sabemos que, en el tema de la democracia, todo puede pasar, pero de cualquier manera esta pregunta exige una respuesta política e histórica que, tememos, es difícil de proporcionar aquí. Se espera a pesar de ello que la narración ofrezca por lo menos algunas orientaciones aclaratorias.

-¿Sabe usted porqué el penal de Tepic lleva el nombre de "Venustiano Carranza"?-, preguntó Don Daniel Ituarte.

-No-, contestó el indagador de historias.

-Fue a propuesta de mi abuelo-, dijo, orgulloso. -Si usted se fija, los penales de México no tienen nombre de personajes históricos, sólo el de Tepic, porque Carranza fue alguien admirado por él. En el tiempo del gobernador Julián Gascón Mercado se terminó de construir el Penal de Tepic, donde Rubén se desempeñó en un puesto subordinado "porque declinó al ofrecimiento de la dirección". Su trabajo fue ejemplar. Instrumentó un modelo humanista basado en la productividad, con el objetivo de facilitar una auténtica reinserción del reo en la sociedad.

En una entrevista, cuyos fragmentos se reproducen en los *anexos* de este libro, el ex gobernador Julián Gascón Mercado corrobora y amplía esta información (JGM 2014). Sin embargo, sobre la instrumentación de las reformas dentro del centro penitenciario, el exmandatario da mérito también al director de ese entonces, el conocido abogado Oscar Monroy, que debió entenderse bien con Rubén Martí puesto que, según dice, no era nada “ortodoxo”.

El doctor Gascón afirma que fue el constituyente quien le solicitó ser el director de la penal, a lo que rehusó el gobernante por un impedimento de edad, pues en los años sesenta Rubén ya era un anciano. Era peligroso para él detentar un puesto como ese, subraya el doctor Julián.

“Usted sabe, siempre hay fugas en todas las penitenciarías y gente peligrosa. En la nueva (penitenciaría), había un preso joven que había matado mucha gente en el norte; se fugó; se hizo un escándalo en el estado, sobre todo en la capital, y entonces me vi obligado a quitar al capitán (no recuerda su nombre) y a poner a un amigo de otro tipo, a un abogado de conducta no ortodoxa, de nombre Oscar Monroy” (JGM 2014).

Lo cierto es que en su tiempo la Penitenciaría de Tepic era un modelo de eficiencia en su tipo. Era un verdadero centro de readaptación social donde los internos fabricaban todo lo que traían puesto, desde los zapatos, hasta la indumentaria oficial. Había talleres que producían ropa, telas, cueros y distintos productos de carpintería y artesanías. Y hasta tenían ya un mercado exterior, pues fabricaban también uniformes y botas para los destacamentos policíacos e, inclusive, pan dulce, el típico de Tepic, comparable al sabor del pan de los Aldaco, de la colonia Mololoa.

Por lo que cuenta Daniel Ituarte Martí, el Constituyente e hijo adoptivo de Nayarit debió empezar a radicar en Tepic a finales del gobierno de Francisco García Montero, poco antes del inicio de la construcción del Centro de Readaptación Social “Venustiano Carranza”; aunque el doctor Julián Gascón Mercado afirma que él invitó a Rubén a su gobierno por intermediación del también diputado Constituyente, Heriberto Jara, quien era un amigo afectuoso del cubano mexicano, en el decir del ex gobernador (JGM 2014).

Daniel era apenas un adolescente de porte vasco cuando su abuelo le pidió que lo acompañara a Palacio de Gobierno, donde operaba todavía la antigua penitenciaría. Don Rubén ya era, en efecto, un hombre viejo. Empezaba con las molestias de las cataratas y prácticamente no veía bien. El caso es que en la planta baja funcionaba la penal, –cuenta Daniel–, y en la alta las oficinas del gobernador, lo que puede parecer insólito a los nayaritas contemporáneos. Dos mundos completamente distintos apenas salvando las escaleras.

Su abuelo, inquieto, le ordenó que describiera todo lo que el nieto fuera viendo, a medida de que caminaban por la planta baja. “Escucho voces de mujeres”, dijo, de pronto, el anciano, deteniendo el paso.

–Son mujeres presas–, contestó, con naturalidad, el joven Daniel.

–¿Cómo es posible que estén revueltos hombres y mujeres en un penal?

No sólo eso, sino que hacían sus necesidades casi al aire libre. Algunas mujeres sostenían cobijas extendidas, “haciendo casita”, para evitar que los visitantes y los reos vieran sus desnudeces mientras se bañaban en una batea o utilizaban el bacín. Las condiciones de insalubridad y promiscuidad visual eran notables –de acuerdo a la descripción de Daniel– por lo que el viejo constituyente quedó impresionado, acordándose, quizá, del destino de su hermano menor, Antuko, muerto en la cárcel de Lecumberri, –el llamado “palacio negro–”, donde pasó casi toda su vida

adulta por su afición a las apuestas ilegales y al juego de la baraja española. Convertido, con el tiempo, "en un vago sin oficio ni beneficio", Antuko adquirió las destrezas de tahúr, diestro en el billar y en las cartas, con las que desplumaba a los incautos en los barrios bajos de la ciudad de México. No debía tener mucho de fallecido, por ese entonces. Daniel Ituarte asegura que debió haber muerto en los años cincuenta (DIM 2012).

En la vieja penitenciaría de Tepic, los galerones de hombres y mujeres estaban divididos, en realidad, por un enrejado custodiado por los oficiales; pero era fácil fisgonear de un lado a otro. Con menos pudor, a los reos varones "no les importaba que los vieran y se bañaban encuerados", a la vista de todo mundo, mientras otros hacían sus necesidades en botes y cubetas con una actitud tan despreocupada, fumando cigarrillos sin boquilla, como si estuvieran en la más discreta privacidad.

"En estas condiciones los presos no pueden rehabilitarse", dijo Don Rubén Martí. "Voy a pedir al gobernador que apresure la construcción de la nueva penitenciaría", añadió.

Gascón Mercado quiso dar a la nueva penitenciaría el nombre de Rubén Martí Atalay, pero el viejo constitucionalista se opuso con amabilidad, según cuenta su nieto. -Si de personas importantes se trata, en ese caso hay que ponerle el nombre de Don Venustiano Carranza-, propuso Rubén, a lo que el mandatario accedió con gusto.

El gobernador Doctor Julián Gascón Mercado no se acuerda con precisión del origen del nombre de la Penitenciaría. Cree que el nombre lo dio Rubén Martí, pero no está seguro. Sin embargo, un documento paralelo de 2006 lo corrobora de manera muy explícita. Se trata de un proyecto de diplomado del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM 2006), elaborado por Guillermo Cuéllar Aguilar e Itzel Vivaldo Mendoza:

En lo que respecta al Centro de Rehabilitación Social "Venustiano Carranza" el inmueble que actualmente ocupa fue proyectado por los Ingenieros Juan Francisco Ibarra y Pablo Chaurand ambos originarios del Estado, iniciaron la construcción de la Penitenciaría en el año de 1963 siendo Gobernador de la Entidad el señor Francisco García Montero se terminó y entró en servicio en el año de 1964 durante el Gobierno del Doctor Julián Gascón Mercado, en que a iniciativa del Diputado Constituyente Don Rubén Martí Atalay, se le cambió el nombre por el Centro de Rehabilitación Social "Venustiano Carranza" (Documento sin paginación).

Otra pregunta a contestar, por cierto. ¿Cómo llegó el diputado a conocer a nuestro prócer mexicano Venustiano Carranza, promotor de la Constitución de 1917?

Unos dicen que su apellido "Martí" llamaba demasiado la atención, aunque por razones contrarias -por fortuna- a lo que los españoles de Cuba pensaban a finales del siglo diecinueve.

En efecto, en la primera década del siglo veinte, el poeta independentista ya era célebre en nuestro continente y en Europa, por sus escritos, su pensamiento y, por supuesto, por su sacrificio. Unificaba a quienes idealizaban el porvenir de nuestras naciones y, para todo hombre culto, -fuera conservador o liberal-, representaba un icono de la cultura llamado a formar parte de la identidad latinoamericana. En suma, la imagen proyectada en el México de aquel tiempo, -como todavía hoy-, era de una límpidez desligada de intereses mezquinos; una especie de redentor angélico de cualidades especiales -con una voz poética de gran riqueza intelectual y estética- que parecía haber

llegado a la Tierra a realizar una misión esencial, como la de aquel que murió en la cruz. El poeta José Martí era en ese sentido una figura que se prestaba al mito y a la devoción por parte de los suyos e irradiaba una respetabilidad contrastante con el odio de los conquistadores españoles.

El rumor creciente de que don Rubén Martí era sobrino del poeta le abrió, sin duda, algunas puertas, entre ellas la amistad con Venustiano Carranza y otras personalidades revolucionarias que rodeaban a este. Por si fuera poco, había un antecedente significativo. En los tiempos en que el Doctor Torrente vivió en México, en el siglo diecinueve, el entonces estudiante de medicina en San Ildefonso, Venustiano Carranza, anduvo noviendo con una hermana del libertador cubano, según refiere el historiador Enrique Krauze.

Sin embargo, por alguna razón, el futuro Gran Jefe del Constitucionalismo en México tuvo que regresar a su estado natal y el noviazgo se diluyó en esos avatares que suelen conspirar con ayuda del tiempo y la distancia. Incluso, dejó trunca su carrera de Medicina por un problema de la vista, refiere Krauze. "Frente a San Ildefonso vive José Martí, a cuya hermana corteja", escribió el historiador (KRAUZE 1987: 9, 10). Ese noviazgo o "cortejo" debió ocurrir entre 1875 y 1877, cuando el poeta ya era, inclusive, célebre, pese a su juventud.

Para el jocoso cronista de la Revolución Mexicana, Alfonso Taracena, el Jefe Máximo del constitucionalismo se enteró de la existencia de Rubén Martí casi hasta el final de 1916, gracias a una lista que le llevó personalmente quien sería el gobernador del Estado de México al siguiente año, Agustín Millán Vivero. En ella figuraban los nombres de sus promovidos como candidatos a diputados por aquella entidad. Carranza leyó el apellido ilustre y preguntó por sus progenitores, acordándose de inmediato de que "siendo preparatoriano en la ciudad de México, se enamoró de una hermana de José Martí (...) y por razones sentimentales y para que en la nueva Constitución Mexicana apareciera el nombre de Martí, se empeñó en que este descendiente del prócer cubano resultara diputado, a pesar de la oposición que encontró en el seno de la asamblea. Don Venustiano le habló al General Francisco J. Múgica y su credencial fue aprobada" (TARACENA 1992: 309).

Ácido, irreverente y reactivo al autoritarismo de los políticos, Taracena hace mofa de los revolucionarios y no se le escapan ni los poderosos carrancistas, que dominaban entonces, casi totalmente, el escenario de la vida pública y militar. Así por ejemplo, haciendo gala de socarronería, escribe que el veintidós de octubre de 1916 "efectúanse las elecciones de diputados al Congreso Constituyente"; pero como "no han contendido más que carrancistas, no hubo ninguna lucha electoral" (1992: 297).

Daniel Ituarte refiere, sin embargo, que aparte de la singularidad evocativa del apellido, fue determinante la masonería. Al parecer, su abuelo y Carranza pertenecían a la misma Logia, donde por cierto, Rubén Martí detentaba "una jerarquía más alta" que la del propio revolucionario mexicano, según afirma.

III

Un descubrimiento accidental en esta investigación puso en cuestión una parte de la leyenda familiar, en sus primeros episodios, lo que consternó profundamente al autor. El lugar común de que la verdad suele ser terrible, lo experimentamos en carne propia y en lo profundo del seso, no tanto porque esa información inesperada revelara las imperfecciones de nuestro relato,

sino porque dio lugar a una idea acerca del tamaño de la inocencia de aquellos niños, perdidos en la provincia de Matanzas.

Al parecer, Rubén y Antuko murieron ignorando muchas cosas acerca de sus propios padres y hermanos mayores. Esto es lo que nos conmueve. Rubén contó a su descendencia información fragmentaria, nebulosa, porque era efectivamente un niño que debió ignorar sucesos importantes acerca de sus queridos familiares. La investigación reveló unos datos que, al menos, contrastan con la versión de su nieto Daniel Ituarte Martí, quien era muy joven cuando escuchó, por cierto, el relato del abuelo.

En un texto ya antiguo fue posible descubrir que por lo menos Don Hildebrando *no murió a manos de los españoles*. Sobrevivió a la guerra de Independencia cubana y murió de viejo en Bogotá, Colombia. Esto está sugerido de forma inequívoca en una tesis de 1921 escrita por Luis Felipe González, titulada *"Influencia extranjera en el movimiento educacional y científico de Costa Rica"*, presentada en la Escuela Normal de este país.

Aquí se habla de Don Hildebrando, de su trayectoria docente y de su trabajo desempeñado en diferentes lugares del continente, consignando su muerte en Colombia con una frase que no deja lugar a dudas: "a una avanzada edad murió en Bogotá en 1919". Debió haber tenido 93 años, una longevidad similar a la de su hijo Rubén, que también murió de esa edad, pues según Mourlot (2012), Hildebrando nació el 28 de marzo de 1826.

Luego entonces, ¿a quién aprehendieron los españoles? ¿A algún otro pariente? ¿A Ana María Atalay y Ondona, la esposa de Hildebrando y madre de sus hijos? Al menos, sobre esta última, no se han encontrado documentos que demuestren de manera fehaciente cuándo, dónde y cómo murió. Lo único que se sabe con certeza, gracias a las investigaciones genealógicas de Emilio Gerardo Obando Cairol, es que en algún momento del siglo diecinueve el profesor Hildebrando enviudó, pues aparece así durante el registro del último de sus hijos procreado con otra mujer cubana (OBANDO 2012), según el acta bautismal que aparece en los *anexos* del presente libro.

En efecto, Hildebrando aparece como viudo en 1901, en Costa Rica, casado en segundas nupcias con María Luisa del Moral Lubián, bautizando, además, a otro hijo (¿el último del viejo profesor?) con el nombre de José Saturnino Rafael Martí del Moral. No hay duda de que se trata de él porque aparece con sus dos apellidos "Martí" y "Medero".

Cómo sobrevivir huérfanos en Matanzas

I

Al perder contacto con sus familiares, los niños Rubén y Antuko tuvieron que arreglárselas para sobrevivir en Matanzas, Cuba, durante al menos dos años. Reconstruir este episodio en sus detalles es difícil, pues se cuenta nada más con el testimonio del propio diputado Constituyente, heredado a sus descendientes de generación en generación a lo largo de un siglo (DIM 2012). Las enormes lagunas informativas pueden dar lugar a la especulación; pero a veces no se cuenta más que con esto.

Hay que entender, en ese sentido, cómo es que esos dos niños *sobrevivieron* al abandono, tomando en cuenta la improbabilidad de los milagros, salvo que resulte inevitable pensar que estuvieron, en efecto, protegidos por la mano de algún dios tan increíble como sus vidas.

Como ya se hizo notar, en aquel entonces la provincia de Matanzas era muy importante desde el punto de vista económico y social. La ciudad del mismo nombre, Matanzas también, era pequeña, pero ya no tan provinciana. Se trataba, en efecto, de una urbe de vanguardia en la Cuba del siglo diecinueve como observa, por ejemplo, García Santana (2012). Gracias a las exportaciones de azúcar y café tuvo “un período de esplendor económico en el que se levantaron las espléndidas edificaciones civiles que le otorgan a Matanzas un lugar sobresaliente dentro de las urbes consolidadas a tenor del neoclasicismo” (GARCÍA 2012: 108). La fortaleza del Castillo de San Severino, obra clásica de la colonia, resguardaba la Bahía desde hacía siglos, contrastando con los puentes de hierro, imponentes y elegantes, que hoy proporcionan identidad a la ciudad, diferenciando su perfil urbano de otras ciudades cubanas e incluso de Latinoamérica.

De acuerdo a Eduardo San Marfil Orbis (2007), por ese tiempo había 250 mil 728 habitantes en Matanzas y cerca de ciento cuarenta ingenios azucareros, aunque la producción decrecía, afirma, ante el impacto de la guerra intestina por la independencia. Esto ocurría entre el año en que nació Rubén (1877) y 1885. Es decir, se trataba de una extraordinaria perla urbanística que por el tiempo en que esos niños vivían en el abandono, iba, sin embargo “de picada”.

¿Qué y cómo vivieron esos niños inocentes cuando perdieron de vista a sus padres? Recurramos, sin temor, a las ensoñaciones, puesto que la labor histórica no tiene por qué renunciar al placer de su interpretación narrativa, –salvo en el momento supremo e inevitable de contrastar versiones, es decir, cuando la investigación madura y sólidamente documentada ya lo permite.

Quizá hacía en aquellos momentos un día soleado, alegre y pacífico como el de buena parte del año, indiferente a la realidad llena de conflictos que postraban a la patria original de Rubén Martí, –una patria que después ya no sabría cómo amar “por haber salido tan pequeño” y por tener ya un recuerdo borroso de la gente que le rodeó en aquel tiempo inmemorial, según sus propias palabras (DD 1917: 353).

El dolor de la tragedia debió estrellarse en la indiferencia del ambiente, pues muchas veces parece imperar una calma chicha en las peores situaciones; es la artera serenidad que oculta una peligrosa y traicionera realidad.

Puede que en ese instante la gente transitaba a pie, a caballo, o en sus calesas con normalidad; quizá algunos trataron de consolar a aquellos niños, para proseguir enseguida su camino ante la impotencia de hacer algo por ellos; otros mostrarían extrañeza o un breve asombro,

sin alcanzar a encender la mecha de una empatía plena. Al fin y al cabo, aquellos eran tiempos convulsos. Hay muy poco espacio para la solidaridad. Y aquella aparente calma chicha sólo ocultaba el verdadero fondo social agusanado: un contexto donde los espías, agentes secretos y simples colaboracionistas vigilaban a todo sospechoso de conspirador para señalarlo mediante la denuncia torcida y no siempre verídica, en busca del beneplácito de las autoridades del reino. Todo esto es posible, puesto que la fecha coincide precisamente con el inicio de una etapa intensa de labores subversivas en pro de la independencia, que hacía decir a su "tío", –el Martí Mayor, el poeta inmenso–, que para él su patria *"nunca sería triunfo, sino agonía y deber"*.

El legendario poeta José Martí habría de sufrir en carne propia esa realidad, cuando con el único apoyo del patriotismo "intentaba vencer a las balas y a la pobreza" una década después y un mes antes de morir en 1895. El prócer y lírico inmarcesible se vio obligado también a huir hacia Nueva York, después de burlar el acoso de la policía secreta y de lamentar la humillación de sus amigos protectores, cuyas casas fueron cateadas brutalmente por las autoridades de un régimen colonial agónico, pero rabioso (MAÑACH 2015).

Si anduvieron de vagabundos, como afirman sus familiares, entonces los niños se quedaron, de pronto, sin casa, sin patio de juegos, sin columpio, sin nada, –lo que suena probable, porque en estos casos los gobiernos suelen incautar los bienes de los rebeldes, máxime cuando se trata de una monarquía despótica. Aquí todo es propiedad de un rey, incluyendo océanos, tierra, subsuelos, animales, aves, aire, insectos, cosas y hasta los seres humanos que habitan el reino en calidad de súbditos. Y lo peor, de un rey lejano, ultramarino, casi mítico, como ese Gran Padre ausente que la gente anhela y llaman Dios. Un rey de este talante concede, otorga títulos de tierras, de nobleza o categoría social; pero también puede quitarlo todo cuando quiere, como Dios, que da y quita inclusive la vida en un acto de voluntad absoluta e inapelable.

Hacia siglos que el absolutismo estaba en crisis, desde luego, gracias al surgimiento del liberalismo y las concepciones filosóficas acerca de la propiedad privada, la igualdad, la libertad, la fraternidad, etc. –en las que Rubén estaba familiarizado en plena orfandad gracias a su educación–, pero todavía había reyes y reinos poderosos como el español y el británico, que luchaban por la hegemonía mundial y continental, sin contar con que latía con vigor el proceso de desarrollo de un nuevo tipo de imperialismo: el yanqui, que aun estando en pañales, ya era peligroso.

En fin, esas condiciones sólo podían abonar al desamparo total de esos niños de seis y ocho años (¿o ya quizá de diez y doce?: hay todavía indeterminación histórica sobre el momento preciso en que se quedaron solos). El ambiente de hostilidad sería como el de aquel pasaje bíblico que relata una época oscura y terrible, donde también un rey iracundo y temeroso de perder su soberanía, manda matar a Jesús, apenas un inocente bebé. La comparación es exagerada; pero de cualquier modo, la existencia de unos niños huérfanos, –evadidos por la gente conocida, temerosa de comprometerse y de ser señalada por el gobierno–, es indicio que no alude a una situación fácil de sobrellevar.

Los niños eran dueños sólo de lo que traían puesto, de su experiencia anímica y de sus capacidades intelectuales. No se necesita ningún don especial para suponer que andaban harapientos y que se entretenían jugando en las márgenes de los cenagales, del que recogían ostiones de agua dulce, los famosos "mocos de mar", para calmar el hambre, como lo cuentan los testimonios. Los otros niños del pueblo, gozando el privilegio de poseer a sus padres y parientes, se

burlaban de ellos, de su hambre y de su forma de calmarla, según relata con evocadora tristeza el nieto Daniel Ituarte (DIM 2012).

De vez en cuando, Rubén y Antuko intentaban cazar alguna iguana para añadir proteínas a la raquítica dieta, alentados por unos negros trabajadores de la caña, risueños como máscaras yorubas, que les aseguraron que su carne era tan sabrosa como el mejor de los pescados llevados a la mesa de la capitania general de la isla, –como aquel pez “nadando casi en una salsa espesa de fuerte condimento” que narra en *“La loma del ángel”* el novelista cubano Cirilo Villaverde.

II

Hartos de jugar a los barcos en los pantanos lodosos y ardientes como espejo, los niños chamagosos adoptaban un papel de cazadores, sin más armas que la astucia y sus pequeñas manos.

Al descubrir alguna iguana, se hacían señas como en comando guerrillero, briosos al ataque y con mugre en la cara a la manera de camuflaje, ansiosos por apoderarse del banquete, –una iguana, que debería oler riquísima al momento de asarla al aire libre con leños secos de mangle o algún otro árbol del trópico.

Como el hambre suele a veces acompañarse del delirio, se imaginaban a las iguanas despojadas ya, a cuchillo, del caparazón verde, asándose al calor de la hornilla improvisada con adobe, achicharrándose en sus propios jugos; pero, como era de esperar en inexpertos, sólo lograban armar tremenda rebelión en las tripas del estómago y, ante el fracaso de la empresa de caza, terminaban devorando frutos, papayas y plátanos, o como las llaman allá “frutabombas” y “bananas”.

Sus oficiosos amigos, los cañeros –esclavos todavía a pesar de una ineficaz abolición– de la ergástula situada al otro lado de la lagunera, les habían dado santo y seña de todo, hasta de cómo tostar y moler el comino para el sazón del guiso, “menos de cómo había que atrapar a estos pequeños pero endemoniados dragones”, según se quejaba Antuko, con unas palabras que se le quebraban, lloriqueantes, por la frustración.

En ocasiones se atrevían, a pesar de los peligros, a vagabundear por Matanzas, arriesgando el pellejo, aunque extrañamente seguros de que no les pasaría nada, como si hubiesen celebrado un pacto secreto con la suerte, la fortuna o quizá ¿por qué no?, hasta con Dios.

Quien se cruzaba por el camino de aquellos niños harapientos y vagabundos, –a la deriva, por completo–, no podía apostar por un buen futuro para ellos; ¿pues qué podía resultar de esos muchachitos en un tiempo tan convulso, inestable y ominoso como el que tuvieron que vivir y padecer? Aunque Rubén tuviera la chispa en los ojos de un niño inteligente, su figura y cabellos alborotados le daban una apariencia soñadora y poco propicia para adaptarse a la realidad. Sólo con el tiempo habría de modelar con el brutal cincel del ensayo y error, del éxito y del fracaso, un robusto realismo ennoblecido con un sentido social que formaría parte de sus motivaciones más sólidas, hasta su muerte. Es el mismo realismo que le llevaría a simpatizar con la filosofía de los “clubes sociales”, convirtiéndose en un activo fundador y organizador de muchos de ellos en el país, tal como lo hacía su padre en el siglo diecinueve en su ir a salto de mata, creando y dirigiendo escuelas por todo Centroamérica. Algo de esa inestabilidad viajera debió quedar inscrita en su genética. Una

nota aparecida en el *Diario El Nayar*, de Tepic, de septiembre de 1948, (antes de que se viniera a radicar a nuestra capital nayarita) da cuenta de ello:

"El jueves de la semana anterior arribó a esta ciudad, procedente de Sinaloa, el señor Rubén Martí, activísimo hombre de negocios y uno de los más destacados organizadores con que cuenta el Club de Leones Internacional" (VER ANEXO).

Aquel realismo en su versión política se puede documentar en las discusiones del Congreso del 17, cuando nuestro prócer cuestiona la viabilidad de lo que entonces se denominaba "quijotismo", como el propuesto por el filósofo cubano Jorge Mañach, –autor de la genial biografía de José Martí–, como alternativa comprensible a la decadencia del positivismo spenceriano, defendido por casi todos los gobiernos despóticos latinoamericanos. Aunque habría que examinar con mucho más detenimiento ese punto. Al final de cuentas, ese ennoblecido realismo, ¿no sería una forma de "hidalguía", de la que habla el propio Mañach, una suerte de "pragmatismo ideal", como la del Quijote, para quien "bueno es lo que produce buenos resultados"? (MAÑACH 1948). Este aspecto de la formación de Rubén Martí es otra línea de investigación que hay que precisar, tomando como objeto sus artículos periodísticos publicados, que deben conservarse en *El Universal* y en el *Archivo General de la Nación*.

En cuanto a su hermano menor, Antuko, la cosa iba peor. No era precisamente un tonto. Era, a su modo, genial también, pero su comportamiento era tan dependiente de Rubén, que cualquiera podía predecir que su vida futura sería la de "un pobre inútil".

Sin embargo, era notable que poseían buena educación y buenos hábitos, producto del celo pedagógico de sus padres, ambos docentes. Hay noticia de la rigidez de los métodos del profesor Hildebrando, como recuerda su alumno, el poeta Alberto Masferrer (RACINE 2010). Según ese artista notable de las letras –también profesional de la docencia–, en ocasiones aplicaba severos castigos físicos a sus pupilos, a la usanza tradicional, por lo que era de esperar una conducta modelada bajo estereotipos morales, de "buenas costumbres", y lo que es muy importante, orientada con firmeza hacia las ciencias positivas gracias a los cambios de concepción pedagógica de entonces, saturadas de tintes liberales, laicos, iluministas y, en la versión cubana, bolivarianos.

Por lo menos Rubén Martí Atalay sería un producto ejemplar de esa educación. Las características pedagógicas de su papá Hildebrando explican, al menos en parte, el cultivo que hará en su momento de las materias de historia universal, del continente americano y, desde luego, de México –de la que poseía información sólida–, así como su gusto temprano por la biología, la química, la física y las matemáticas.

En cuanto a las actitudes morales, es de llamar la atención que los niños preferían ir de "pesca" a las charcas o a cortar frutas en los montes, antes que pedir limosna o andar de pordioseros. O en su defecto, si se trataba de pedir, Rubén aprendió a dar siempre algo a cambio, lo que mantenía, además, su cerebro trabajando en el "día a día", como se verá más adelante, según el relato de Daniel Ituarte (DIM 2012). Esta cualidad sería muy importante para la supervivencia posterior de ambos pequeños.

La mayor parte del tiempo deambulaban por las orillas del pueblo debido a que un instinto silvestre les advertía del peligro de convertirse en rehenes de un gobierno vengativo, que no hallaba como sofocar los brotes de rebeldía de los criollos y mestizos que buscaban deshacerse de los yugos coloniales. También iban casi a diario al muelle, donde se entretenían viendo a los estibadores

transportar el azúcar, desde los lanchones, hasta los vapores que tomarían, luego, sus rutas comerciales. Durante mucho tiempo, a pesar de los rumores terribles, mantuvieron la ingenua certeza en que sus familiares estaban vivos.

No se dispone de datos más precisos sobre ese punto, pero esa era posiblemente la atmósfera en aquella provincia porteña, percibida por ellos. Niños al fin, caminaban quizá por las márgenes del Canimar o por aquellas enigmáticas lagunas de las que habla Daniel Ituarte, para jugar a los barquitos o a los pescadores, soñando en convertirse en marineros diestros en navegar entre olas encrespadas y vientos imperecederos, –preparados ya para buscar a sus papás.

En los muelles del puerto, –tan bullicioso como el de La Habana–, admiraban el tumulto de barcos mercantes e intentaban trabar amistad con los marinos, que bajaban a gozar de sus días de asueto. Gustaban de contemplar el colosal perfil de los buques de vapor, que parecían ballenas enormes fumando un *cohiba* por el lomo, lo que constituía un espectáculo capaz de despertar el regocijo de sus almas infantiles.

Dicharachero y avisgado como era, Rubén debió encontrar, de hecho, varias amistades que le brindaron de vez en cuando monedas de poca monta, a cambio de ir a entregar flores y recados amorosos, o por hacer cualquier mandado oportuno, cuando ya la embriaguez había tocado a los marinos con su etilica gracia.

III

Los niños solían dormir en cualquier recoveco con aspecto de cama; debajo o arriba de una banca, en alguna canoa del muelle –donde los despertaban las gaviotas o los picotazos de los albatros–, en un prado del monte libre de hormigas, en alguna carreta abandonada, o en algún corral sin perros ni vigilantes o advenedizos. Más pronto que tarde la vida los enseñaría a no poner reparos a la tarea de recaderos y mandaderos para conseguir el pan del día. El carácter silvestre, espontáneo y hablantín del pequeño Rubén sirvió para entablar relaciones sociales que les dieron seguridad para enfrentar desafíos mayores.

Luego de enterarse de la supuesta muerte de su papá Hildebrando, otro rumor hizo a Rubén y Antuko tomar una resolución determinante para sus vidas. Alguien les contó que sus familiares habían partido hacia Nueva York y decidieron viajar hasta allá, de polizones, en un buque carguero.

Era famoso, entonces, un cubano muy rico, reconocido por su humanitarismo y solidaridad, que vivía en Nueva York regenteando un lujoso hotel de su propiedad. A ese señor, que se lo imaginaron como una especie de rey bonachón, se le apreciaba además por su valentía, por dar protección a los compatriotas perseguidos por la corona española, –lo que animó a los niños a trazar un plan de viaje que, no obstante, tenía más visos de aventura que de empresa razonable. Por fortuna, allá encontrarían mejores oportunidades para vivir, aunque cada vez menos esperanza de reunión con la familia.

Atrás se cerraría un capítulo de sus vidas. Quedarían en la mente de Rubén Martí los framboyanes matanceros sacudidos por el alboroto de pájaros; la espesura de matorrales, palmeras, ceibas y otros árboles entelarañados de lianas, que bordeaban la anchura de los grandes ríos de Matanzas y los cañaverales espesos de los valles, escoltados por las montañas de la no menos famosa *Cumbre*, donde ya algunos practicaban, en el siglo diecinueve, el funambulismo.

Quedarían como lejano recuerdo las cuevas de Bellamar, sus palacios de cristal al natural pero de formaciones góticas y diamantinas, que dejaban boquiabiertos a los seres humanos más insensibles. Su imaginación quedaría exaltada por aquella abundancia de formas, de roca gestáltica y cristalina, que de pronto mostraban caras de seres humanos, siluetas de animales alargadas y exóticas, –algunas deformes, como las imágenes retorcidas de la fabulosa casa de espejos.

Matanzas seguía siendo maravillosa y pujante, no sólo por sus bellezas naturales, si no por su economía. Contaba con una industria mecanizada, con bosques de maderas preciosas, playas idílicas y, sobre todo, con un puerto que la conectaba con partes importantes del mundo.

Sólo un motivo poderoso puede hacer a alguien abandonar esa ciudad musical y exuberante en todos sentidos. La guerra y, en el caso de estos niños, un destino que perseguir con pasión, con alegría y, por supuesto, con ingenuidad. Y habrían de lograrlo, al menos en parte, de manera desconcertante, aunque no exenta de accidentes. Esos niños nos enseñan que la vida es éxito hasta en el fracaso y en el sufrimiento, cuando los desafíos se enfrentan con alegría, decisión, inteligencia y quizá también con un poco de locura.

Esos años de vagabundaje mostraron a un pequeño Rubén con el mérito de saber salir ileso de las condiciones inhóspitas, de formarse intelectualmente pese a las precariedades del medio y, sobre todo, de haber protegido al hermano menor por sobre todas las cosas. Ya adulto, según recuerda su nieto Daniel, su abuelo Rubén se echaba la culpa de haberlo convertido en un “inútil”, y se sentía culpable de la estancia obligada de Antuko en Lecumberri. La prisión de su querido hermano, –compañero, hermano y amigo de siempre, hasta su muerte–, mantendría arraigado a Don Rubén en la ciudad de México, por lo que su decisión de vivir en Nayarit sólo sería “hasta después de la muerte del hermano menor” (DIM 2012).

Como pendiente línea de investigación, habrán de revisarse los archivos de Lecumberri para documentar la vida e identidad de este miembro de la ilustre y atormentada familia Martí Atalay. Por lo pronto no se dispone de información segura al alcance, en tanto no se organicen, también, los dispersos documentos del Constituyente, hoy en poder de diversos descendientes, que viven en algunas partes de México y del mundo.

“New York, New York”

I

Nerviosos por la incertidumbre del viaje, los niños se colaron como polizones en un buque mercante y se escondieron en las bodegas, para hacer compañía a inauditas cucarachas y ratones felizmente adaptados a la vida marítima, –algunos de los cuales intentaban arruinar el embalaje de las cajas con sus pequeños dientes roedores.

El trayecto fue más largo de lo inesperado, pero transcurrió sin novedad. El único problema fue el sinuoso y constante bamboleo que obligó varias veces a Antuko a bajar, entre vómitos, hasta la parte más profunda del cuarto de máquinas. Se habían armado de frutas verdes, pan duro y agua, con tal de conservar la energía y la lucidez suficiente para afrontar lo desconocido; pero nunca contaron con los mareos, que fue como una pequeña, pero desagradable nueva experiencia a sumar a sus vidas. No era lo mismo que jugar a los barcos en las charcas.

Eran pequeños, pero sabían que Nueva York era una gran ciudad, compleja, desconocida y, sobre todo, extranjera. Encima, estaban con el incómodo agravante de no contar con información precisa para efectuar las pesquisas.

Inteligente como era, Rubén Martí entendía, sin embargo, que todo ese gran universo desconocido de gente podía descomponerse en un conjunto más reducido: los hispanos y los cubanos. Este razonamiento lógico lo llenaba de optimismo. Compensaba la falta de datos, pues prácticamente sólo traían la dirección del cubano bondadoso, rico y dueño de un lujoso hotel –cuyo nombre no pudo recordar, por desgracia, nuestro informante Don Daniel Ituarte–, que les daría orientación y cobijo provisional. Aunque viéndola más de cerca la empresa no podía ser más descabellada. Lo bueno es que las malas decisiones pueden sorprender con puertas secretas, que a veces se abren de repente como en un sueño maravilloso. Problema distinto es que los involucrados no tengan capacidad de ver tales puertas.

A finales del siglo diecinueve o principios del veinte ya existían más de dos mil cubanos viviendo en Nueva York, según el informe elaborado por Lisandro Pérez, que lleva el largo título “*De Nueva York a Miami. El desarrollo demográfico de las comunidades cubanas en Estados Unidos*” (2016). A menos que la búsqueda se restringiera a la población matancera, que era notablemente menor, la indagación pudiera resultar menos azarosa. Pero se necesitaba dinero para andar por la ciudad... y suerte para no sucumbir ante alguno de sus peligros.

Para ese tiempo, Nueva York ya mostraba los males de las grandes urbes modernas. No obstante, los niños pensaban que en ese lugar desconocido estarían más cómodos que en Matanzas. Si de acuerdo a las afirmaciones de sus paisanos matanceros, el cubano rico era efectivamente un ángel bajado del cielo, era de esperar una estancia sin sobresaltos para efectuar las pesquisas. No andarían, por lo menos, a salto de mata como en su pueblo, husmeando aquí y allá, para conseguir favores, dinero y comida.

El arribo a Nueva York resultaría espectacular. Encontraron una ciudad con un aspecto distinto a todo lo conocido previamente en Cuba. Era como toparse de golpe ante una visión futurista, o más bien distópica, por lo raro de la arquitectura afrancesada y la utilización de piezas descomunales de hierro, que daban una impresión carcelaria a los edificios neoclásicos, aislados de

las calles con altas escalinatas. Ahí “todo es apretazón”, de acuerdo a la descripción espléndida del multicitado Mañach, biógrafo del otro Martí, el poeta; “edificios altos de caliza parda, victorias, tranvías de caballos, gentes de bigote en aparatosas bicicletas, traficantes apurados, damas de bonetillo y polizón que se remangan la cola frente a cada uno de los aparatos de la *Ladies' Mile*, donde se marchitan ya las coronas de *Christmas*” (2015).

En Matanzas conocieron los puentes de acero y hormigón y el tufo peculiar del progreso burgués; pero el aspecto de esta urbe, con su multitud imperecedera, daba una impresión como de perdición irremediable, “un panorama de ojos abiertos”, escribiría García Lorca mucho tiempo después, bajo ese cielo de “amargas llagas encendidas” donde “no duerme nadie por el mundo”. Por fortuna, en un niño, las impresiones son fugaces y la distracción viene como alivio o don de la inconsciencia para hacer a un lado las sensaciones amargas.

Vale la pena recordar el simbolismo de la arquitectura, presencia constante, en cualquier lugar, para caracterizar el posible ambiente de la época. La calle no sólo es el lugar común de tránsito, sino el plano más bajo o escatológico de la existencia. Por eso algunas ciudades como Nueva York acostumbraban elevar con escaleras el acceso a las casas y edificios –como la sede del gobierno, el *Federal Hall* o antiguo Capitolio, donde en otro tiempo despachó el primer presidente de los Estados Unidos, George Washington. Y más allá de las escalinatas, el limbo como sello urbano.

En una especie de versión nueva del Partenón, –con frontón y columnas dóricas marmóreas–, el Capitolio supera en escalones al antiguo templo griego y luce, además, iconoclasta –sin imágenes en sus frisos–, acaso para destacar la soberbia estatua de Washington, que refleja su solemnidad de jefe de estado en su personalidad de piedra. La diferencia es que este gran señor no está colocado adentro del edificio como los dioses griegos, sino encima de la calle, como levitando entre los estereóbatos.

Por el muelle y las calles principales transitaban masas de gente y de carruajes, cuyos caballos dejaban un cagadero, como para que no cupiera duda de su significado escatológico. Los palafreneros debían recoger las montañas de boñiga, sin que eso evitara la hediondez característica de las megaciudades de entonces; en tanto, por el Puente de Brooklyn, que parecía agarrarse del aire con su armoniosa telaraña de cables y de torres ojivales, circulaban peatones elegantes, orgullosos de sus sombreros y trajes europeos. Recorrer sus casi dos kilómetros a salvo de las caudalosas y peligrosas aguas del *East River*, que circulan por debajo, debió ser una experiencia fenomenal para dos niños pertenecientes a una cultura y costumbres tan distintas, a pesar de estar acostumbrados a los puentes, barcos, escaleras e impetuosos ríos matanceros.

“Le ha deprimido un poco, desde el primer día”, escribe Mañach sobre el apóstol José en su exilio en Nueva York, “este mundo áspero, jactancioso de su energía joven. Le hace recordar con nostalgia las ciudades quietas y doradas que hablan español” (2015). No es de extrañar que los hijos del patriarcal profesor Hildebrando Martí, hayan sido arrebatados, en algún momento, por este tipo de emociones melancólicas.

Tiempo después, la metrópoli mostraría ya al mundo sus primeros rascacielos, colosales y anunciadores de una nueva época, aunque en la amplitud del paisaje urbano destacara, todavía, la figura de la Estatua de la Libertad, –unos metros más elevada que nuestra catedral de Tepic.

Claro está, en un lugar con esas características, tan populoso y sofisticado, debía haber peligros insospechados. Para empezar la pestilencia, pues la boñiga contaminante de los más de doscientos mil caballos que jalaban carrmatos, tranvías, calesas y diligencias sin ordenamiento de tráfico efectivo por las anchurosas avenidas de Nueva York, provocaban enfermedades, además de accidentes mortales. Es curioso, pero en ese tiempo, la fabricación del automóvil –en incipiente gestación por ensayo y error, en Alemania y otros países– se presentaba, sorprendentemente, como una alternativa “verde”.

Las oleadas migratorias masivas eran constantes y crecientes, como observa González Lara. “Entre 1892 y 1954 ingresaron a Estados Unidos 12 millones de inmigrantes sólo a través de la famosa Ellis Island, donde está colocada la Estatua de la Libertad, en la bahía de Nueva York. Allí estableció el presidente Benjamín Harrison la primera oficina federal de inmigración” (GONZÁLEZ LARA 2011:7).

Añade ese autor que de 1885 a 1890, las oficinas migratorias recibieron a ocho millones de recién llegados provenientes de Europa para procesar su estatus como nuevos residentes. Hacia el año 1900 ya se estaba hablando de tres millones y medio de habitantes que constituían una comunidad multilingüe y pluricultural.

Por otra parte, la delincuencia era creciente debido al hacinamiento de los pobres negros en guetos inmundos y cerrados. La violencia interétnica provocaba pleitos de honor, escaramuzas mortales en bares y barriadas, asaltos a media calle y, en general, un ambiente hostil en los lugares más oscuros de la ciudad.

Había ya desde entonces mafias, bandas callejeras y pandillas que se disputaban territorios para cometer sus trapacerías. Las más temibles eran las irlandesas e italianas, que mezclaban la criminalidad con ideologías raciales y religiosas. “Asesinatos misteriosos, desfalcos de cajeros, millonarios que mueren, jurados vendidos, farsas aristofánicas, nadadores indómitos, paseos de Pascua en la Quinta avenida; ¿qué son esas burbujas de una hora, comparadas a los grandes sucesos en las que se ve cambiar el mundo?”, escribía en sus crónicas el poeta José Martí aproximadamente por el tiempo en que Rubén y Antuko procuraban adaptarse a esa gran ciudad, entre 1887 y 1888, en el extrañamiento de ese fenómeno masivo, social, de mal oliente novedad, que era Nueva York, –cuyo tumulto humano poseía “un aire de niño y de coloso” (MARINAS 2016).

Como la mayor parte de sus habitantes eran inmigrantes, “los alemanes vivían en un área, los chinos en otras, los irlandeses más acá y los hispanos por allá”, contaban los Martí. Algunos cubanos se instalaban frente al río Hudson, aunque queda en la penumbra histórica la ubicación exacta –Daniel Ituarte no la recuerda– del hotel de aquel misterioso paisano bonachón y solidario, al que los niños de Matanzas veían como su más inmediata salvación.

Ese monstruo urbano de millones de habitantes era bastante diferente a la modesta ciudad de Matanzas, que con todo y sus esfuerzos civilizatorios e industriales seguía siendo una población pequeña con sus menos de trescientos mil habitantes.

En fin, cuando los niños llegaron hasta el domicilio especificado por sus paisanos matanceros, la extrañeza y la zozobra los invadió. En aquel lugar había todo, menos un hotel elegante, regio o suntuoso como el descrito. Sí había, desde luego, una especie de hostería enorme y destartada, pero no correspondía en nada a las referencias proporcionadas por sus amigos de Matanzas. Estaba prácticamente en ruinas. Sus muros lucían mugrosos, con huellas de manos o de zapatos en las paredes; las mesas del restaurante estaban cubiertas con manteles parchados; no había ningún candelabro entero; todos estaban dañados en alguna de sus partes, y la inmundicia se acumulaba, mórbida y terca, en rincones, pasillos, resumideros, patios y quizá hasta en el alma de inquilinos y anfitriones.

Algunos necesitados de hospedaje, por muy urgidos que estuvieran, huían como de la peste al toparse con aquel escenario deprimente, saturado de malos olores. Era de tan ínfima categoría que sólo era usado por prostitutas, homosexuales de closet, rateros de poca monta, aventureros sin destino, proxenetas explotadores, solitarios ocasionales, prófugos de la justicia, vendedores ambulantes, suicidas en potencia y gente que nomás de verla “no se le podía confiar ni un costal de alacranes”. Muchos se iban, de pronto, sin pagar el hospedaje.

Los niños esperaban, de todo corazón, haberse equivocado, para que les corrigieran la información; pero para su sorpresa, el hombre buscado ahí vivía en efecto, y era dueño de esa tenebrosa mansión convertida en basura, porque decir “en ruinas” era demasiado. Casi se arrepintieron de haber salido de Cuba. Dormían más a gusto en el monte o en el patio de una casa semi abandonada, o de plano en una banca. Allá era posible hacer esto, por la relativa tranquilidad de Matanzas; pero en Nueva York era otra cosa. Aquí sí constituía un verdadero peligro dormir en la calle, donde la posibilidad de morir helados era el menor.

Los empleados del hotel recomendaron a los niños visitantes que esperaran, porque el hombre dejaba su cuarto cuando se le pegaba la gana y era tan hosco y gruñón que parecía odiar a todo el mundo e, inclusive, la mera cercanía de los seres humanos. ¿Habían sido víctimas de una broma? Los invadió, de pronto, una ola de desesperanza que tambaleó sus sueños y expectativas.

Aunque cansados del viaje, tuvieron que esperar horas para ver al hombre, quien se encontraba en la habitación más aislada del mundanal ruido. No les quedó más remedio que aguardar en el vestíbulo, distraendo la mirada, de vez en cuando, en la calle.

A unos metros de la esquina del hotel, unos empleados recogían la boñiga de los caballos, haciendo montículos de dos o tres metros, que más tarde se llevarían los recolectores de abono. Quién sabe si por un talento nato o por la educación proporcionada por sus padres, Rubén Martí se mostraba ya muy receptivo y con intenciones de sacar alguna enseñanza de cualquier experiencia; pero de ahí obtuvo, quizá, la primera noción de la “utilidad de lo inútil”, o de cómo los desperdicios pueden esconder una gran industria, como lo practicaría en tiempos post revolucionarios, en México. Casi medio siglo después, entre 1946 y 1947, instalaría una planta de reciclaje de basura para recuperar vidrio, metales, fibras de tela y hasta animales muertos, con la idea muy actual “de convertir en dinero los desechos residuales y contaminantes de la gente”. El historiador Jesús Romero Flores (1986) registra el dato de que Rubén habría fundado la Cooperativa

de Trabajadores de los Tiradores de Basura del Distrito Federal, en nuestro país. Y años más tarde, en la colonia San José, de Tepic, intentaría industrializar otro invento basado en desechos de madera y aserrín, para lo cual habría de solicitar un crédito de 240 mil pesos en *Nacional Financiera*, toda una fortuna por ese entonces. El proyecto, en el que participó su hijo Ismael Martí, consistía en instalar una planta productora de pastillas de carbón, cuyo ciclo de producción era bastante simple. Se trataba de localizar los árboles “enfermos” de los bosques para tumbarlos y enviarlos a la planta, donde los sometían, después, a un proceso de carbonización junto con otros desechos vegetales (DIM 2012).

De acuerdo a Daniel Ituarte, el proceso químico se efectuaba a base de alquitrán y destilaciones cuidadosas. “Se molía el carbón”, explica, didáctico, “y se le volvía a agregar alquitrán”. Luego “se prensaba y se formaban las pastillas en grandes hornos”, narra en su testimonio, “listas para utilizarse en minería, en la producción de acero”.

“El detalle de la fabricación de un acero de gran calidad, es que para obtenerlo se necesita un carbón que contenga poco azufre, o mejor nada, cosa que es posible con el carbón inventado por mi abuelo”, aseguró.

III

En Nueva York, el tiempo se hacía pesado y la ansiedad carcomía las uñas de Rubén y Antuko. ¿Dónde dormirían si no aparecía el hombre? Ciertamente es que Rubén traía sus ahorros, producto de sus servicios de recadero, pero ignoraba si sería suficiente para pagar un cuarto y la cena.

Por fortuna, de pronto el personaje apareció en la escalera, pero con cara de susto. Era como un ente de ultratumba, tan sombrío y deprimente como el hotel, con la barba crecida y canosa, el cabello encrespado y aceitoso, las ojeras acentuadas y la ropa tan sucia como las calles de Nueva York. Pasó de largo como un fantasma y se metió a la cocina, dejando a Rubén ignorado, con la palabra en la boca.

Allá en la cocina duró otro rato. Parecía dialogar con un empleado y salió también de forma repentina, pero ahora sí, buscándolos, –enterado ya de que unos “pequeños huéspedes” de su natal Cuba lo esperaban.

El hombre los miró con su cara de muerto triste y demacrado. Preguntó qué deseaban y los niños lo pusieron al tanto. Pareció reaccionar un poco ante la trágica narración de la supuesta muerte del padre y del inesperado estado de orfandad en que habían quedado reducidos; pero el benefactor se limitó a contestar con voz casi agónica:

–Hay un cuarto junto a la escalera. Ahí quédate con tu hermano; sólo tienes que conseguir tu comida, porque aquí sólo comen los gusanos.

La respuesta fue fría, poco cordial, pero no estaban para ponerse exigentes; después de todo, les tendía la mano. Poco después, un empleado les informaría sobre la situación del patrón. La mujer del hombre triste había muerto hacía algún tiempo y, enfermo de depresión, se olvidó de sus obligaciones y motivaciones más elementales. Sólo quería estar encerrado sin saber nada del mundo, echado a la bebida y a la desesperanza, adolorido profundamente por la ausencia ineluctable de la esposa muerta.

Era verdad lo que les habían contado en Matanzas. El hotel había sido lujoso y próspero en otro tiempo. Y en efecto, el dueño era un hombre de buen corazón que no se la pensaba para ayudar a sus semejantes y, en especial, a sus paisanos insulares. Había ayudado especialmente a los enemigos de la corona española y a quienes luchaban por la independencia de su país y tenían necesidad de huir de los "tiranos" ibéricos. Pero un mal día, su señora esposa fue "sorprendida por un dolor"; cayó en cama durante un tiempo prolongado y, finalmente, murió, sumiendo al marido en una viudez amarga, profunda y dolorosa.

Un empresario en ciernes

I

No era fácil conquistar Nueva York, que por ese tiempo se convertía ya en el puerto más importante de Estados Unidos y en un imán que atraía a migrantes de todo el mundo. Parte de la riqueza del planeta atravesaba la ciudad por sus rutas comerciales, alimentando una vida cosmopolita, pero socialmente conflictiva.

Enfrente de los grandes muelles neoyorquinos, había barrios de callejuelas estrechas y casonas carcomidas por el descuido, la suciedad y la miseria, cuyas pandillas eran el azote de sus habitantes. El dinero traía prosperidad, pero también pobreza, discriminación y desigualdades profundas, –el contraste típico de las ciudades capitalistas. A pesar de ello, Rubén Martí Atalay, siendo un adolescente, la conquistaría.

Primero se ocuparía del hombre que les daba la mano, aun cuando siempre es difícil ayudar a alguien postrado por la mortal depresión. Al principio no tuvo éxito, por lo que debió ocuparse de algo urgente: conseguir dinero para garantizar la comida.

Rubén poseía la vitalidad de un cubano resuelto, lleno de energía y dispuesto a resolver los vulgares pero ineludibles problemas de supervivencia con algo más que sentido común. En escasas ocasiones experimentó el sentimiento natural de indefensión, pues otro de sus talentos consistía en conservar la seguridad en sí mismo en las más precarias o peligrosas circunstancias. Era, lo que se dice, un ser humano con carácter fuerte.

El fuerte de carácter no es el enojón, el irritable; si no el que sabe reír, conservando el buen humor como Rubén; el dicharachero por siempre, el poeta que escribía para sí mismo como forma de introspección; el educado, el de alegría canaria y dones intelectuales apabullantes que no se amilana ante las calamidades.

Desde la niñez hasta la edad adulta fue alguien que, desde luego, se preocupaba, pero sin derrumbarse jamás. Confiaba en dar con la solución inesperada, sometiéndola –antes de aplicar– a un sinnúmero de cálculos y elaboraciones mentales. Su memoria era un portento y su capacidad inferencial daba lugar a un coeficiente intelectual elevado.

La idea que se le ocurrió aquella vez era en apariencia muy simple, pero sorprendente. Mandó imprimir unas tarjetas personales de presentación, cosa que cualquier adulto puede considerar una banalidad. Pero Rubén, con esas simples tarjetillas se convirtió de golpe en todo un practicante de las relaciones públicas y la gestión comercial. Intuía de una forma que no podía por el momento explicar, que los buenos negocios se concretan gracias a un ingrediente esencial: la confianza. Los lazos profundos y duraderos son imposibles sin confianza; los matrimonios sólidos, las amistades entrañables, el prestigio de los bancos y la respetabilidad del empresario, son imposibles sin confianza, *sin la garantía de un intercambio leal de beneficios de cualquier tipo*, –desde los afectivos, hasta los económicos. Es la marca de una condición humana incuestionable. Hasta una buena conversación es producto, en gran medida, de esa confianza, pues cada dialogante debe compartir la verdad de sus dichos; no necesariamente la verdad lógica o referencial, –pues el tema puede ser una irreal fantasía–, sino la que se transparenta en la franqueza, en el sonido altamente comunicativo de las palabras. El lenguaje no sólo comunica ideas; comunica también

afectos, emociones, gestos y, sobre todo, lazos sociales. La sola conversación puede ser el principio de una realidad humana duradera. La confianza es el cemento que da solidez a las relaciones sociales de cualquier tipo. La falta de ella hace imposible la sociedad. Es la moneda de cambio con la que se construye el mundo social en todos sus niveles. Son sus ladrillos, que pueden ser carcomidos por el salitre de la mala fe.

Una buena educación puede generar confianza, como era el caso de Rubén Martí. En un mundo impersonal, donde unos y otros se ven como extraños en la calle, en el mercado y en cualquier parte de las grandes ciudades, la confianza es el bien más caro y exclusivo que se pueda concebir, de tal manera que entre ella y el engaño siempre hay un pequeño paso. Se debe poseer una gran sabiduría o algún talento natural para proyectarla. En ese sentido, la que realizó el niño Rubén en la populosa ciudad neoyorquina, fue sin duda una hazaña digna de ser relatada.

De su lado estaba la juventud, que agradaba en cuanto la gente captaba su forma de hablar y la madurez de su conducta. Su conversación era clara, de entonación agradable, como de cantor cubano, y ofrecía sus servicios evitando cualquier sospecha de maquinación o timo.

Nada es tan agradable como ver a un joven, casi un niño, que actúa con desenvoltura y buen juicio, pero que proporciona, además, la información clave que necesitan con urgencia los visitantes, procedentes generalmente de Cuba y Puerto Rico. Así lo apreciaban los clientes que se dejaban guiar por sus certeras propuestas. Luego sellaba los tratos con un saludo de mano, en garantía de amistad y seriedad.

En cuanto a las cuestiones de forma, sabía vestir con decencia y pulcritud, costumbre que no le abandonaría jamás; su ropa estaba desgastada, pero limpia y remendada con parches ocultos, y coronaba su atuendo con la acojinada boina irlandesa, que daba un toque de niño aburguesado al conjunto de su personalidad.

A pesar de su temprana edad, notó que la mayor parte de los visitantes que bajaban de los grandes buques atracados en el muelle, iban a Nueva York de compras o a ofrecer sus productos; es decir, venían a vender o a comprar, así de sencillo. El resto llegaba a buscar trabajo o a establecerse en busca de una vida mejor. Por su actitud y forma de vestir sabía distinguir a comerciantes, meros visitantes y simples trabajadores, pues en aquel tiempo, la ropa marcaba con más facilidad que hoy las jerarquías y diferencias sociales.

II

Lo que Rubén vendía era rapidez en la consecución de los objetivos comerciales de los visitantes: “¿Busca usted fertilizantes? ¿Herramienta agrícola? ¿Instrumentos para su taller?”, preguntaba con voz clara a quienes bajaban con aire distraído de los barcos de pasajeros. Era un modo de pesca (DIM 2012).

Luego de arrojar esas palabras, alguien picaba el anzuelo y se le acercaba para obtener más información, que el niño otorgaba con abundancia. “Hay diferencias de cinco por ciento en los precios, pero la calidad es mejor en las tiendas de la Onceava Avenida”, respondía con aplomo, “a la que es fácil llegar por la línea férrea del tranvía”. O bien: “Las herramientas de la marca que usted busca, tienen defectos de producción en la fundición del metal; le recomiendo mejor las de la firma *Stanley*, que tiene nueva sucursal en la calle tal y tal”.

De inmediato, los clientes se dejaban guiar por aquel mozalbete de buen talante. Los más satisfechos solían proporcionar buenas propinas, que le permitían comprar ropa de buen abrigo y una adecuada alimentación para él y Antuko, de quien estaba siempre al pendiente, adoptando el irrenunciable papel de padre.

La genialidad de su proceder consistía en la elaboración de un producto *abstracto* para vender, como lo es la información, algo que sólo medio siglo después empezaría a efectuarse de forma masiva y sistemática durante la llamada “sociedad del conocimiento y la información”. Es decir, Rubén no pedía limosna, ni ofrecía un servicio físico, como limpiar los zapatos o cargar la maleta; vendía algo muy útil, pero que no se tocaba con las manos: vendía datos, orientación, guía; es decir, un *bien cognoscitivo*. Era como si ese adolescente excepcional hubiese leído las recomendaciones ético-económicas de Benjamín Franklin, uno de los codificadores de la ética capitalista, según Max Weber; pero mejorándolas en grado superlativo.

Esta actividad, aunada a su carisma, sirvió para entablar relaciones amistosas con los comerciantes neoyorquinos a quienes conseguía clientes, lo que aprovecharía posteriormente para obtener cierta ventaja financiera, a favor de su enfermo benefactor, el famoso y triste hotelero en desgracia.

III

Cuenta Daniel Ituarte que Rubén llegó una tarde al destartalado hotel y se dio cuenta de que no se había parado ni un cliente en todo el día. El negocio se acercaba al desplome total, lo que aumentaba los temores de los empleados, –que cada vez veían menos el salario y más el engrosamiento de deudas, en una espiral catastrófica.

Reconocido por su eficacia para aumentar la clientela, muchos comerciantes neoyorquinos, algunos de los cuales eran paisanos, estimaban al chamaco. Esa fue la razón de peso por la que aceptaron, gustosos, “hacerle un préstamo en especie”, cuenta Daniel Ituarte. De ellos, Rubén Martí consiguió pintura, mobiliarios, material de limpieza, cortinas, sábanas y demás artículos; y ya con materia prima en su poder, pidió apoyo a los empleados para echar a la basura los muebles destartados y quemar los manteles viejos y las cortinas podridas en los calentadores herrumbrosos. Así renovó el mobiliario y el decorado del hotel.

Siempre con la ayuda de los trabajadores, introdujo cambios en el restaurante y en la cocina; renovó la pintura de las paredes; limpió los cristales, remozó la fachada y dio, en fin, una vista exterior más agradable al establecimiento, pues ya sabía por experiencia que un buen aspecto es un foco potencial de atracción de mejor clientela.

Se dio tiempo para revisar críticamente el menú de la cocina; sugirió recomendaciones para la combinación de guarniciones y salsas con los cocineros y discutió cuestiones de etiqueta con los meseros, para mejorar la atención hacia los comensales. Era curioso ver cómo aquel mundillo de adultos se dejaba liderar por ese imberbe chamaco, que hablaba con tanta autoridad y pertinencia sobre la organización del negocio. Puede sonar a fábula, pero Rubén sabía prácticamente de todo. Gracias a su memoria fenomenal era capaz de procesar la información detallada acerca de cualquier objeto de su interés. De esto fue testigo el gobernador Julián Gascón Mercado, quien al acordar con él la organización de un taller de fabricación de zapatos en el Penal de Tepic, se dio cuenta del

dominio que poseía de cada una de las hormas y modelos, así como de las diferentes técnicas de elaboración. Esto ocurrió pocos años antes de la muerte del Constituyente. Es decir, ya era un anciano al emprender tamaño proyecto. ¿Trabajó antes, en algún momento, en la fabricación de zapatos? ¿O cómo es que lo recordaba casi todo a la perfección? Y si no tenía experiencia, ¿cómo aprendió tan rápido y con tanta eficacia a organizar un *buen* taller de zapatería, como lo fue, sin duda, el del Penal de Tepic? (JGM 2014).

Esa singular laboriosidad se plasmó muchas décadas atrás, en Nueva York. Pronto el edificio lució impecable y atractivo, tanto en su fachada estilo *Beaux Arts*, –versión híbrida inglesa–, como en sus interiores palaciegos. El afectado “Renacentismo” o racionalismo francés, modificado por los estilos anglosajones, era el sello de una época de desarrollo económico, de aventureros migrantes e integración global de las culturas. Era el tiempo de las escalinatas anchas con pasamanos ornamentados; de las luminosas lámparas de telaraña, (colgantes o colocadas sobre pilares, con relieves escultóricos), y de las columnas dobles con capiteles dóricos que sostenían arcos de crucería tomados del gótico, con soberbias pechinas y formas cupulares.

En lo alto de las torres laterales y exteriores de las mansiones, en lugar de las grotescas gárgolas, escoltaban las alturas unos míticos personajes alados o, en su defecto, caballos celestes chapeados de oro. Después tocaría el turno a las habitaciones, con el remozamiento de los baños, el cambio de camas y la renovación de alfombras, cortinas y tocadores.

La “manita de gato” se aplicó en dos o tres semanas y el dueño del hotel no se dio cuenta hasta que tocó arreglar su habitación, que se encontraba siempre a oscuras, maloliente y silenciosa. El hombre en desgracia casi siempre estaba dormido, flaco por el ayuno prolongado; o bien, sentado en una poltrona, con aspecto catatónico, sin dejar de mirar un daguerrotipo colgado en marco ovalado y cristal convexo, como si de tanto mirar la imagen intentara devolver a la vida a su esposa.

Instalaron al dueño en una recámara con vista a una plaza y pareció mejorar, quizá porque la remozada habitación, además de limpia, estaba más iluminada y ventilada.

A las semanas, la clientela del hotel aumentó, lo que se notaba en el restaurante, que casi siempre se atiborraba a la hora del almuerzo y del té. Rubén pronto pudo pagar las deudas con las ganancias; pero, sobre todo, su mejor compensación fue ver que, después de tanto tiempo, la alegría volvía a iluminar el rostro de su solidario paisano. El hombre poco a poco se reincorporó, en efecto, a sus labores cotidianas, y ya no supo cómo se vio, de pronto, reintegrado al tráfago de las tareas y minucias de la administración. Eso sí: mandó pintar un óleo de enorme tamaño con la figura de su mujer para colocarla, con flores, en el lobby. En agradecimiento, el hombre aseguró a Rubén y a Antuko que podían vivir en el hotel todo el tiempo que quisieran, con la comida asegurada.

El contacto de Rubén con la química

I

Con algunos dieciséis años de edad, –la fecha es imprecisa–, Rubén Martí se fue a vivir, junto con su hermano, a una buhardilla típica de casa neoyorquina, con sus cruceros de gruesas vigas en el techo y la infaltable ventana para absorber la luz de la calle.

Era una habitación tenebrosa y deprimente, como la del estudiante asesino que por eso tiempo describió, por cierto, de manera magistral, el escritor Dostoievski en *"Crimen y Castigo"*; pero a Rubén y Antuko les gustaba más que la escalera del hotel, que se había vuelto insoportable por el ruido de pasos y el vocerío de las pláticas del restaurante. El cuartucho garantizaba más intimidad, era acogedor y los hacía felices, al aislarlos del mundo como "tortugas en su concha", según dijera el citado novelista ruso.

La nueva vivienda despertaba la imaginación. Parecía casita de juguete, por la estrechez y poca altura del techo a dos aguas y las paredes de madera, que daban un aspecto rústico y hasta grácil a aquel agujero típico de las casas norteamericanas. El único ruido era el de sus propios zapatos al caminar por el piso de tablones curados.

Casi siempre había luz, inclusive en la noche, por la parpadeante farola de gas de la calle, que permitía al inquieto Rubén Martí Atalay devorar libros de medicina y revistas científicas. ¿Pero por qué abandonar un lugar amistoso, donde no faltaba la comida y tenían posibilidad de ahorrar para mantener una vida sin las grandes preocupaciones de antaño? También les daba tiempo para buscar a su familia entre los migrantes de Matanzas, aunque la búsqueda fuera, por lo pronto, infructuosa. Nunca encontrarían evidencia de que efectivamente su mamá y sus hermanos estuviesen en Nueva York, pues la información adquirida siempre fue equívoca y sólo alentó conjeturas inútiles y desorientadoras.

La explicación de la mudanza era simple. La perspectiva de un trabajo como ayudante de boticario era, para Rubén, extraordinaria, por su gusto por la química, las matemáticas, la física y la biología. Su nieto Daniel Ituarte cree que, por ese tiempo, el futuro revolucionario decidió comenzar sus estudios de ingeniero químico por correspondencia, aprovechando la práctica boticaria. El historiador Jesús Romero Flores habla, vagamente también, de unos estudios "profesionales" realizados "en Scranton, Nueva York, por correspondencia" (1986: 113).

Por lo pronto, tenemos a un joven Rubén Martí a quien el oficio de mezclar ingredientes medicinales en pomos especiales, se le antojaba apasionante. Era inevitable para él verse a sí mismo como un alquimista moderno, o como el aprendiz de brujo que en su ceremonia iniciática es envuelto por la emoción en el momento grave de su transformación chamánica, en este caso, profesional. Es cierto que su desarrollo científico apenas iniciaba, pero con el impulso descomunal de su curiosidad y su motivación autodidacta, su carrera parecía prometedora.

Durante el día laboraba en la planta baja, en la botica, a las órdenes del viejo farmacéutico, que tenía un aspecto de hombre conservador, orgulloso de su dominio. Las profesiones se tomaban, entonces, casi como un título nobiliario, que exigía respeto irrestricto por parte de los pacientes y el reconocimiento obligado del resto de los mortales. El poseedor de una certificación profesional se sentía, por lo regular (con sus excepciones) dueño absoluto de las llaves del conocimiento, una especie de sabio hermético que nadie debía atreverse a cuestionar. La humildad era fingida. A lo

sumo, era una especie de formalismo medieval, sobre todo cuando se estaba entre colegas más preparados, por el temor a hacer el ridículo ante el olvido repentino del nombre de una yerba o de alguna fórmula para mezclar tónicos o hacer pomadas e infusiones. Por desgracia, estas sutilezas de las relaciones sociales entre adultos, no las captó a tiempo el ya joven Rubén Martí, por lo que no pudo evitar su primer descalabro, bastante terrible, en un ámbito que empezaba a apasionarle.

II

Durante la noche, el futuro diputado del Constituyente mexicano hacía experimentos arriba, en el acogedor desván, luego de haber instalado en su apretado espacio el flamante laboratorio de química, desempaquetado con escrupuloso cuidado, de acuerdo a las instrucciones de su escuela por correspondencia. El material poseía un olor a novedad que degustaba con fruición.

El salario era raquítrico, pero eso no importaba. La nueva experiencia científica lo transportaba a una dimensión fantástica e inspirada. Disfrutaba hasta el éxtasis los ordenados procesos de mezclar, oler, probar y preparar soluciones, purgantes, licores y tónicos medicinales, con el auxilio de los instrumentos más exóticos, donde no faltaban la balanza de precisión y el alambique para separar sustancias por medio del calor. Tan sólo la observación de los tubos retorcidos del serpentín, por su forma de transportar los residuos mágicos de un recipiente a otro, era para él algo maravilloso, emocionante e intelectualmente excitante.

Abajo, un pesado libro, de dimensiones bíblicas, estaba siempre en una especie de atril, a un lado de los matraces, morteros, hornillas y frascos herméticos de vidrio, del amplio laboratorio del viejo boticario. Era el manual que su jefe hojeaba todos los días, cada que preparaba alguna pócima a base de esperma de ballena, polvos minerales y hierbas de olor exuberante. Pesaba como un muerto, pero Rubén subía a la buhardilla con ese librote, todas las noches, para leerlo en la ventana, aprovechando la luz de la farola neblinosa y parpadeante de la calle. Tenían prohibido hacer ruido y prender las lámparas del cuarto después de las ocho de la noche.

Rubén leyó el libro en poco tiempo y aprendió los principios y los trucos fundamentales del arte de la medicina tradicional, mezcla de conocimientos antiguos –inclusive de la época de Galeno– y de facultativos modernos.

Sin embargo, con su crecientes conocimientos de química, intuía ya que existía alguna incompatibilidad entre la ciencia dura y positiva, frente a la farmacéutica tradicional; pero él seguía su inquietud de aprender de todo. La labor del boticario tenía, por supuesto, un tufo medieval, tosco y esotérico, propio de yerberos y brujos y, en el peor de los casos, de charlatanes; pero era todo lo que tenía al alcance, junto a sus cursos de química.

La farmacéutica tradicional sí era, desde luego, un saber organizado, con una concepción de la enfermedad y el organismo diferente, no necesariamente “equivocado” del todo, cuya efectividad era evidente en los casos más socorridos. Para un malestar estomacal o envenenamiento podían utilizar vomitivos, por ejemplo; los viejos boticarios sabían cómo detener una hemorragia, cómo preparar brebajes somníferos para los insomnes; sabían elaborar tónicos para la tos y las flemas, y hasta utilizar abortivos para salvar a mujeres con problemas urgentes derivados del embarazo. Sin embargo, el uso de fórmulas, soluciones y procesos tratados matemáticamente por la nueva química, era algo prometedor para la salud humana.

Para ayudar al cuerpo a sanar, se estaba creando una medicina objetiva, capaz de bombardear la enfermedad como se ataca a un campo enemigo. Por tanto, las armas de la medicina estaban siendo creadas por la química (GODÍNEZ Y ACEVES 2014). Y lo que era más importante, se trataba de armas de precisión, perfectas baterías de ataque con capacidad de exterminio de bichos microscópicos, tumoraciones y malformaciones fastidiosas.

“Ahí donde no entra la química, entra el bisturi”, era el lema moderno... y el de Rubén, –que empezaba a sentirse parte de un movimiento progresista dentro del conocimiento de la naturaleza y el organismo humano. La verdadera ciencia tenía ya acotado el campo de la salud y desplazaba, así, a ese saber caduco y en algunos aspectos hasta falaz, según empezaba a parecer la farmacéutica antigua a ojos de los científicos modernos.

Era casi un niño todavía, pero esas inquietudes tendrían su momento para aclararse, iluminar la razón y marcar nuevos derroteros. Nadie más que él sentía el gozo de su formación y transformación intelectual a base de estudio bien aplicado. Era incansable y prácticamente no dormía. Le bastaban unas cuantas horas de reposo para recuperar, enseguida, su lúcida alegría y amor por el trabajo.

Rubén era feliz hasta que una noche el pesado libro se soltó de sus manos casi en el último escalón de la escalera, y fue a parar hasta el primer piso, sobre algún objeto quebradizo pero, sobre todo, ruidoso en extremo.

La escandalera despertó al dueño, quien salió de su habitación alterado, en la creencia de que se trataba de algún ladrón. Rubén bajó a recoger el libro, pero justo cuando se agachaba, se sintió encandilado por una lámpara de aceite y amenazado por la boca siniestra de un temible rifle. Era el patrón con una cara de demonio.

–¡Soy yo!–, gritó, asustado.

–¡Ya sé que eres tú, malvado muchacho!–, respondió hecho un energúmeno el boticario, quien, esa misma noche, no tuvo el menor escrúpulo para echarlos de la casa.

Quizá la irritación habría sido menor si Rubén hubiese robado algo, inclusive dinero; pero al hombre nada le dolía más como la avidez de conocimiento de un jovencito y su rápida capacidad de aprendizaje. El viejo envidiaba estúpidamente la memoria, la aplicación metódica y la capacidad intelectual del niño; pero esto, en lugar de llenarlo de asombro y admiración natural, lo avergonzaba porque lo hacía sentir un tonto. No podía dejarse rebasar por un chamaco. El sabio era él. Su lugar debía ser indisputable. “Capaz que en poco tiempo llegaba a hacerle competencia e instalaba una nueva botica frente a la suya, cosa que no debía permitir”. Era necesario, como un buen médico, cortar rápido por lo sano.

–¡Largo de aquí!–, gritó, en repetidas ocasiones, el energúmeno. –¡Y agradezcan que no los acuso de intento de robo!–, gritaba como histérico, mientras agarraba una escoba al paso para propinar dos o tres golpes en la espalda al pobre adolescente.

Antuko lloriqueaba, alterado por el abrupto despertar y la violencia de la escena. Tuvieron que irse a pie hasta el hotel del amigo cubano, para pedir posada de nuevo, sorteando los peligros y el tremendo frío de la noche, pues, encima, en esos momentos amenazaba con nevar.

Llegaron tristes y congelados, adoloridos por la pesada carga de sus atados. Pero con las palabras amistosas de los empleados y, por supuesto, del dueño, obtuvieron la calidez y el consuelo

que necesitaban en ese momento. ¿Cómo no conmoverse ante unos jovencitos, casi unos niños desamparados, sin más defensa que el ingenio y el carácter del hermano mayor? Qué injusto y cruel fue, sin duda, el proceder del boticario. "De menos, ¿por qué no esperó a que amaneciera?", farfullaba el hospedero cubano. "¡Tantos peligros que hay afuera!"

Esa noche no durmieron en la habitación de la escalera, sino en una de las más calientes del segundo piso, con gruesas cobijas para eliminar el enfriamiento. Pero al otro día, Rubén despertó con energías renovadas; listo y motivado ya para las nuevas batallas.

Indoblegable ante la adversidad consiguió empleo pronto en otra botica. No estaba dispuesto a renunciar a un campo de conocimiento que, según sentía, lo enriquecía interiormente. Y aprendió la cruel lección. En adelante sería más modesto, más humilde y más prudente. Si de aprender se trataba, lo haría con mucha mayor discreción, con cautela y prudencia. Nadie mejor que él entendió pronto que la gente suele ofenderse si demuestras en sus narices que sabes más que ella. No era un presumido sabihondo; pero creía con candor infante que todo mundo tenía la misma capacidad de aprendizaje que él, por lo que mostraba sus conocimientos con la mayor naturalidad, dando por supuesto que los demás sabían lo mismo que él y que comprendían de la misma forma; inclusive, pensaba siempre que sus mayores sabían más y mejor sobre las cosas que él aprendía por su cuenta, con aplicación.

Su salario sería sustancialmente menor que el anterior; pero como los altos designios se cumplen a veces por caminos misteriosos e insospechados, sería precisamente ahí, en esa nueva botica, donde llegaría la gran oportunidad de su vida. En la escala de los pecados capitales, el nuevo boticario no era envidioso como el anterior, pero sí demasiado tacaño y dogmático, cosa que también planteó algunas dificultades, por fortuna fáciles de sortear.

Su encuentro con la *Johnson & Johnson*

I

Un mediodía de sol despejado, pero con brisa fresca que erizaba la piel del río, llegó un joven veinteañero que sonreía con el acordeón de su bigote pelirrojo sobre unos dientes blancos, pero retorcidos. Era simpático, pero vestía con una elegancia rebuscada de vendedor corporativo, -el chaleco a cuadros y el saco de casimir de grandes botones dorados. El chico saludaba y no dejaba de jugar con su sombrero negro tipo australiano, de copa redonda, chata y ala corta.

Por aquel tiempo, Rubén ya tenía nociones más sólidas sobre la farmacéutica. Tenía pocos años en ese empleo, pero sabía que los científicos experimentados en la química buscaban, desde el siglo diecinueve, aislar el ingrediente activo de diversas sustancias, para probarlo en la cura de las enfermedades. Se acercaba un nuevo siglo, el veinte. Había vientos de cambio y todo parecía apuntar hacia la renovación creciente de la medicina, que poco a poco se hacía más universalista y menos artesanal.

Sin embargo, el joven Rubén, quien sabe por qué insólita incongruencia, pensaba que faltaba mucho tiempo para vivir esa transformación total, cuando en realidad el mundo empezaba ya a experimentarla. Por eso no puso mucha atención en la perorata del elegante joven, quien se había presentado como "representante de la *Johnson & Johnson*", con sede en Nueva Jersey, tratando de convencer al boticario de cambiar de procedimientos en la aplicación de la medicina.

"La tendencia de la ciencia es la simplificación de las aplicaciones", arengaba el vendedor. "Ya no necesita usted perder el tiempo en mezclar, moler y producir sus pócimas, ungüentos y elixíres medicinales, porque en estos tiempos hay grandes laboratorios en Holanda, Francia e Inglaterra que elaboran de forma masiva fórmulas únicas y eficaces", explicaba el jovial pelirrojo. "El boticario no puede entretenerse más en mezclar, batir, decantar y moler unos ingredientes que, después de todo, pueden ser de dudosa calidad, por su origen", arengaba el muchacho.

-¿Conoce usted lo que contiene este frasco, doctor?-, preguntó el promotor de la medicina de patente.

-No-, contestó, tajante, cuya actitud fofa y desganada correspondía a la de aquel personaje de Anton Chejov, en "*La mujer del boticario*".

En realidad, el patrón de Rubén sí conocía el producto. Era aspirina en polvo. Ácido acetilsalicílico. Inclusive, él la usaba a discreción para calmar los dolores reumáticos de sus piernas, aunque había tenido la precaución de vaciarla en un frasco con otro nombre para su uso personal, humillado por tener que echar mano de un recurso de la competencia.

El facultativo exageraba, además, el aburrimiento y fingía limpiar las redondas antiparras con un pañuelo, cuando en realidad estaban huecas; no tenían cristal. Según contó Rubén, "esa era la forma de mostrar que los promotores de la nueva medicina no eran bienvenidos". La mayoría de los boticarios, sobre todo los muy ortodoxos, guardaban unos lentes sin cristal en un cajón para la ocasión.

A Rubén Martí, ya como promotor de la *Johnson & Johnson*, le tocaría enfrentar, primero en Cuba y luego en México, ese recurso desesperante, pensado para desalentar a la competencia. Los boticarios mexicanos eran más sarcásticos e histriónicos "porque usaban un paliacate rojo, fingiendo humedecer el vidrio inexistente con el aliento"; luego dizque limpiaban lo "empañado"

para, finalmente, de forma grosera y –como para que no cupiera la menor duda de que no eran bienvenidos a la botica– introducir una punta del paliacate hasta pasarlo, de cabo a rabo, por uno de los arillos de metal.

Concedor de esa treta, Rubén Martí consiguió unos lentes similares, que procuraba traer siempre en su maletín. En caso de toparse con un boticario bribón y desatento, él también sacaba sus antiparras, para “limpiarlas” con su correspondiente paliacate, mientras seguía con su labor ininterrumpida de promotor de medicamentos industriales, realizando de vez en cuando algún acto de magia o de prestidigitación con sus manos, para dejar pasmado al cliente potencial.

II

Debemos hacer un paréntesis en este capítulo. Deberá destacarse el papel histórico de Rubén Martí como impulsor, en México, de lo que Godínez y Aceves (2014) denominan “revolución terapéutica”. De acuerdo a estos autores, durante el porfiriato se desarrolló una incipiente industria farmacéutica y de impulso a la investigación científica en este terreno. El objetivo era producir químicos propios con empresas mexicanas para no depender de las grandes empresas europeas y norteamericanas. Esta política porfirista era acertada, aunque le faltó más inversión por parte del Estado y, en general, la articulación sistemática de un proyecto rigurosamente delineado:

“...durante las últimas décadas del siglo XIX, hicieron su aparición en México la medicina de patente y la especialidad farmacéutica. Estos nuevos medicamentos industriales, procedentes de Europa y Estados Unidos, poseían características muy diferentes a las de la fórmula magistral. Llegaban ya envasados, tenían una dosificación incluida y eran de fácil administración. No obstante, su principal característica consistía en que eran productos químicos que se fabricaban a partir de la síntesis orgánica y el aislamiento de moléculas con propiedades medicinales (GODÍNEZ Y ACEVES 2014: 57).

En ese proceso histórico –del paso de una medicina tradicional a otra industrializada–, se insertó la iniciativa del químico cubano-mexicano con sus dos laboratorios “Martí” (DIM 2012), uno situado en la capital del país y otro en el Estado de México, que trabajaban al igual que otros laboratorios importantes, como el de la Farmacia del Hospital de Jesús, dirigido por el químico Juan B. Calderón, y el de la Farmacia “San José” de Matehuala, San Luis Potosí, inventariados por los citados autores. Al decir de estos, la competitividad de los laboratorios mexicanos, aunque de producción limitada, era halagüeña. A principios del siglo veinte, la farmacia del Hospital de Jesús elaboraba ya, por ejemplo:

... “las ‘nuevas’ formas farmacéuticas como: perlas y cápsulas, gelatinas, comprimidos y tabletas, tinturas, extractos fluidos, sinapismos, ungüentos y pomadas, y toda la gama de la Farmacopea en preparaciones oficinales. Entonces surgió el medicamento inyectable en ampollitas de vidrio de un solo uso, donde la farmacia del Hospital fue la primera en el país y aún en América, en ocuparse de esta nueva forma farmacéutica, cuyo desarrollo no se había iniciado todavía ni en Estados Unidos” (GODÍNEZ Y ACEVES 2014).

En cuanto a Rubén Martí, no hay dudas de que el Constituyente procuraba contribuir a una industria farmacéutica tradicional si tomamos en cuenta las palabras bastante conocidas de su amigo el médico y también diputado Constituyente José María Rodríguez:

“Aquí y allá voy buscando algunos productos químicos que necesitaba y me encuentro con la fábrica del señor Martí y, señores, con verdadera sorpresa vi esto: todos los productos químicos, todos los medicamentos que se usan casi en la actualidad y que nos vienen del extranjero y que nos arrancan por ello un río de oro allende el Bravo, se fabrican por el señor Martí; todos los obreros son mexicanos y allí no hay secretos para nadie; de manera que el señor Martí es un hombre industrial” (DD 1917: 358).

Si las palabras del médico de Carranza son razonablemente fieles a la realidad, –no tenemos por qué dudar, tratándose de un conocedor de la medicina de su tiempo– la producción farmacéutica de los Laboratorios Martí era comparable a la de las empresas mexicanas, francesas e italianas que operaban ya entonces.

III

–Es el medicamento más eficaz para reumas, dolor de cabeza y hasta inflamaciones de garganta y musculares–, explicaba el muchacho de bigotillo pelirrojo al boticario neoyorquino.

Cuando el patrón sacó el pañuelo para limpiar las gafas huecas, Rubén empezó a poner atención a las palabras del visitante. Primero, con la desconfianza natural de quien escucha a un extraño; pero luego, con la curiosidad de quien capta algo con visos de buen sentido.

El pelirrojo exponía que la enfermedad es *una* y, por tanto, para combatirla se necesita un antídoto seguro, que puede elaborarse en serie bajo procesos químicos industrializados, facilitando su administración sin pérdida de tiempo. “Ya ve usted que la enfermedad no espera y cada minuto puede ser mortal para el paciente”.

De paso sugería, con fingido pudor económico, que la nueva medicina podría aumentar las ganancias de los boticarios “puesto que usted estará en posibilidad de vender más, en menos tiempo”.

El médico se dedica a lo suyo, “a estudiar al enfermo y recetar medicamentos”, dejando al químico su campo de acción exclusivo: “mezclar, sintetizar, destilar y buscar sustancias activas y poderosas”, –decía, mientras sacaba de su maleta, unas tabletas blancas y de impecable redondez.

–¿Sabe qué es esto?–, volvió a preguntar el promotor.

–No–, contestó el boticario, aunque, ahora, efectivamente, no sabía de qué se trataba.

–Es lo mismo: ácido acetil salicílico, o mejor dicho, una famosa aspirina de los prestigiosos laboratorios Bayer.

–Ah–, exclamó, esta vez sorprendido.

–La medida exacta está aquí y basta un trago de agua para pasársela–, explicó, orgulloso del efecto de sus palabras. –El organismo hace lo demás–, prosiguió, –al usarla de forma automática como herramienta, o más bien como arma, para combatir la enfermedad–, remataba en tono concluyente, como si acabara de ejecutar un acto espectacular frente a un gran público.

Rubén Martí mejoró los recursos de convencimiento cuando, poco tiempo después, fue enviado a promover un medicamento que, en la jerga coloquial, llamaban “pastillas artúricas”. Entendió que lo que había que vender entre los boticarios eran tres conceptos: *confianza* (otra vez) en la eficacia del medicamento, un cambio de “*hábitos profesionales*” y *rapidez* en el proceso de atención al enfermo.

Ya como flamante empleado promotor de la *Johnson & Johnson* y convertido en un joven de gran personalidad, macizo, de estatura media y con una gran capacidad verbal, Rubén Martí impondría records de ventas en Cuba y en México. Pese a su talento e ingenio, la tarea no fue fácil. Para empezar, cierto sector de cubanos desconfiaban de los estadounidenses, en tanto la industria boticaria seguía dominada por familias de "gachupines" o criollos beneficiados por la corona, algo dolidos todavía por las agresiones anglosajonas a la isla. El tufillo imperialista era fácil de captar en aquellos tiempos de recomposición de las hegemonías en el mundo. Unas cuantas décadas atrás, los yanquis habían arrebatado más de la mitad del territorio a México y las heridas propias de la intervención norteamericana a Cuba (1898) estaban por ocurrir, pero las tensiones ya se hacían sentir desde la muerte de José Martí en 1895 e incluso antes. Si a este recelo se añadía el conservadurismo de la tradición boticaria, los prejuicios a enfrentar eran tan duros como una roca.

Don Rubén Martí refirió alguna vez que su envío a su país natal obedeció a las intrigas de algunos ejecutivos de la *Johnson*, que envidiaban sus resultados. Mandarlo a Cuba tenía la intención deliberada de hacerlo fracasar, pues tenían experiencia de que ese mercado era de difícil conquista. Pero el joven cubano pensaba de manera distinta. Cuando le notificaron la encomienda, se alegró mucho ante la posibilidad de regresar a su patria original y, de paso, de pescar alguna información sobre sus familiares perdidos. En una de esas y se topaba con la sorpresa de que ya estaban de regreso sus padres, hermanos y tíos. Según Daniel Ituarte, no logró obtener pistas mejores. Pero Rubén hizo frente al desafío y, para asombro de los directivos del consorcio (y de sus enemigos) prácticamente inundó a Cuba de las famosas pastillas "artúricas", elaboradas a base de quinina, un ingrediente activo ya antiguo pero aislado químicamente, en el siglo diecinueve, por los franceses Joseph Caventou y Pierre Pelletier (JÁCOME 2003: 78).

El medicamento se indicaba para la malaria (llamada "paludismo" en México), transmitida como se sabe, por el mosquito anófeles, enfermedad que era capaz de provocar incontables epidemias, sobre todo en los países cercanos a los trópicos y al ecuador. Rubén utilizó sus viáticos y recursos de comercialización para organizar, entre otras cosas, grandes verbenas en las gallegadas —en honor de la madre patria—, para penetrar entre los conservadores boticarios y sus familias. La táctica empleada fue como de "campaña política", lo que le permitió realizar su objetivo comercial.

Una vez llegado el momento adecuado, proporcionó informes estadísticos sobre las grandes muchedumbres de enfermos y muertos, a nivel mundial y continental, para luego hablar, con el poder de convencimiento que le otorgaban sus conocimientos en el campo de la ingeniería química, acerca de la virtuosa eficacia de las "nuevas pastillas".

—Ha de estar tirando las pastillas al mar—, dijo, con despecho, el alto Ejecutivo que odiaba a Rubén, allá en Estados Unidos.

—Pero aquí están los fondos de las ventas—, replicó, con extrañeza, el jefe de las finanzas de la *Johnson*.

Cumplido el propósito comercial en el mercado cubano, el corporativo mundial decidió enviarlo a uno más grande y prometedor: México, donde desde hacía años gobernaba Porfirio Díaz, el viejo liberal nacionalista que tampoco veía con muy buenos ojos a Estados Unidos y, en general, a las potencias extranjeras. Si bien en el plano diplomático parecía tolerante con los imperialistas, en realidad desconfiaba de ellos, no sólo porque se habían alzado con la mayor parte del territorio

en los tiempos de Santa Anna, sino también por la indefectible manía de meter la nariz en todo, tanto en la política como en la economía.

IV

Quien no tuvo éxito, por lo menos esa vez, en Nueva York, fue el pobre muchacho pelirrojo de sombrero australiano, a pesar de haber echado mano de todos los recursos psicológicos que le vinieron a la cabeza en ese momento. Comenzó echando el anzuelo del dinero, —que casi siempre es poderoso—, pero no logró inquietar, siquiera, al jefe de Rubén. ¿Simple terquedad y oídos sordos? No.

En ese tiempo había muchas cosas en juego que valían más que el dinero. En primer lugar había que tomar en cuenta la tradición y el prestigio de la profesión. Segundo, las odiosas, pero siempre infaltables cuestiones ideológicas llenas de mitos y creencias anquilosadas alrededor de la medicina tradicional, pero también sobre los novedosos tratamientos industriales, que amenazaban la existencia misma del boticario.

A principios del siglo XX era casi ofensivo que un promotor de la medicina “racional” llegara a una botica, tratando de convencer al dueño para vender sus productos estandarizados. Era tanto como pedir “amablemente” su desaparición del jugoso negocio de la “curandería”. En ese contexto, ofrecer pingües ganancias constituía un peligroso canto de sirena, antes que una promesa de prosperidad real.

Por eso, el boticario escuchaba ceñudo al joven promotor, con forzada cortesía, buscando el momento oportuno “de mandarlo a volar”. No sucumbió ni a la exposición de los productos atractivos que se le mostraban en un maletín *ad hoc* para el comercio, como el polvo de talco “con el que las mamás dirán ‘adiós’ a las rozaduras de nalgas de los bebés”; ni a las vendas higiénicas “para evitar las gangrenas e infecciones”, ni a las telas adhesivas con óxido de zinc para cubrir las heridas superficiales. Mucho menos podía dar entrada al repertorio de pastillas y jarabes con ingredientes activos sintetizados, en especial alcaloides, para combatir la tos persistente, los dolores musculares y cefálicos, y hasta una enfermedad tan latosa e inclusive mortal como la malaria. Un oído de boticario, que consideraba “mercachifles” a los promotores de la medicina de patente, debía aprender “a tapar los oídos con la mente” ante las supuestas maravillas de la medicina “progresista”.

Sin embargo, las palabras inútiles del empleado de la *Johnson & Johnson* hicieron gran impacto en el joven Rubén Martí Atalay. A este no le era totalmente desconocido el nombre del consorcio. Lector asiduo de diarios, revistas médicas y, probablemente, del “*Mensajero de la Cruz Roja*”, creada por Fred Kilmer años atrás, estaba enterado de un tipo de información que cualquier persona normal de su tiempo consideraría minucias. Sobre todo le encantó la idea de ser un vendedor tan especial, como lo era ese joven de ágil palabra y argumentos convincentes. Era sin duda una gran idea llegar a convertirse en un promotor de la ciencia y del progreso a favor de la salud humana; era bastante sugestivo llegar a ser una especie de heraldo de buenas nuevas para curar el dolor y la enfermedad y, quizás, hasta para salvar a pueblos enteros del sufrimiento. Todo eso se prestaba a la idealización y, al final de cuentas, podría resultar ¿por qué no? una de las mejores experiencias del mundo. Sobre todo, ya en el plano frívolo, vestir así, con ropas juveniles y atractivas, cambiar la gastada boina irlandesa por un sombrero tan refinado, viril y simpático como el que portaba el ambulante, era para sentirse importante de antemano.

La *Johnson & Johnson*, sin embargo, por ese tiempo iba en bonanza. Empezaba a ser reconocida en Estados Unidos y a mantenerse con mérito propio en la cultura sanitaria norteamericana. De hecho, había sido pionera de dicha cultura al popularizar el emblema de la Cruz Roja para simbolizar la idea de higiene y de ayuda hospitalaria. Entrando el siglo iniciaría el boom de su popularización y los profesionales de la medicina en Estados Unidos se enterarían, por ejemplo, de que, en las heridas producidas, en el cuerpo del presidente William McKinley, por las balas de un anarquista fanático, los médicos utilizarían vendas esterilizadas y otros productos de la *Johnson*.

Tan popular como el símbolo de la Cruz Roja sería el botiquín de primeros auxilios creado por el corporativo, artefacto sanitario que dentro de poco, en 1898, utilizarían los soldados norteamericanos precisamente durante la guerra contra Cuba, para "forzar su independencia". A propósito de este producto novedoso, algo que Rubén Martí confesaría con mucha discreción a su nieto Daniel Ituarte, era haber cerrado un buen trato nada menos que con el presidente mexicano Porfirio Díaz para colocar botiquines de ese tipo, pero con mochilas especiales, de lona, confeccionadas de acuerdo al estilo castrense del país. Para fabricar esas mochilas en serie fue necesario reacondicionar sus talleres y laboratorios particulares, contratando costureras entrenadas para la ocasión.

Tuvo el cuidado de hacer esa confesión casi al final de su vida, cuando Daniel Ituarte tenía alrededor de dieciséis años, en los años sesenta. Era imperdonable, en un revolucionario, hablar bien de alguien satanizado y etiquetado por el régimen como cruel dictador. Es irónico, sin embargo, que de haber hecho público su parecer, ciertamente hubiera sido blanco del repudio oficial; pero a la fecha habría sido considerado como un desmitificador de Don Porfirio.

Al conocer al dictador de México, quedó impresionado por su personalidad. El juicio de Rubén, que confió al nieto, fue muy claro al respecto: "Don Porfirio Díaz era un buen mexicano y un profundo nacionalista que odiaba a los yanquis". En contraste, consideraba a Francisco I. Madero "un hombre muy bueno, muy bien intencionado, pero muy ingenuo, un idealista equivocado". Pero Martí, como revolucionario constitucionalista ligado al régimen, tampoco se sentía, en este caso, en posición de expresar en público estos pensamientos y puntos de vista "muy personales".

Después de que el boticario despachó al vendedor, Rubén Martí se escabulló de la botica para alcanzar al bigote de acordeón. El joven le proporcionó su tarjeta y días después fue, Rubén, a solicitar trabajo en la *Johnson & Johnson*, donde obtendría una de sus experiencias laborales más importantes, al escalar algunos puestos que mejorarían, de forma vertiginosa, su condición económica.

El Rubén Martí adulto



I

En una foto de su época de hombre maduro —conservada en el *Archivo General de la Nación*—, el conjunto de la personalidad de Rubén Martí Atalay refleja vigor, franqueza, aplomo, amabilidad. Un bigotillo fresco y silvestre de mediano espesor parece saborear la plenitud, rubricando su rostro, mientras su figura en tres cuartos de perfil expresa una mirada intensa, como dirigida hacia alguien que no aparece en el cuadro de la imagen.

Su frente amplia y despejada, —partida entre las cejas por un ceño firme, como de militar—, revela una severidad atenuada por una sonrisa leve y apenas sugerida en sus comisuras, como si pensara hacer una broma al invisible fotógrafo por su anticuado flash de polvo de magnesio, capaz de hacerlo “pasar a la historia todo chamuscado”.

Luce como un cuarentón avanzado, a juzgar por las entradas de la frente, aunque si la foto fue tomada en 1917, debió tener exactamente cuarenta años, si nos atenemos a la fecha oficial de su nacimiento, 1877. La página web *losconstituyentes.org*, –que publica un texto que quizá fue tomado con algunas modificaciones del libro clásico de Jesús Romero Flores sobre los *Constituyentes* (2012)–, afirma que tiene efectivamente 40 años; que es químico biólogo y que estudió en Costa Rica y luego en Nueva York:

“40 años. Diputado por el Estado de México, representando al distrito 16: Lerma. Químico biólogo. Nació en Matanzas, Cuba el 25 de julio de 1877. Estudió en Costa Rica y luego en Nueva York. Su adhesión al constitucionalismo y su estancia en el Congreso, fueron temas de largas discusiones, pues mientras algunos aseguraban que carecía de méritos suficientes, otros reclamaban que se había apoyado en el médico de Carranza, para acceder al Constituyente. Por aquellos días, se corrió la versión de que era sobrino del mismo José Martí y se pensó en una simpatía de Carranza hacia él, fundada en la historia de que Venustiano Carranza había pretendido a una hermana del Apóstol Cubano, en sus tiempos de estudiante en la capital. Finalmente, Rubén Martí, presentó su renuncia ante los diputados el día lunes 8 de enero, misma que fue rechazada por unanimidad, continuando y concluyendo así, su tarea como legislador. Años después, creó la Cooperativa de los Tiradores de Basura de la Ciudad de México e inventó el procedimiento para metalizar el cemento. Murió en la Ciudad de Tepic, en 1970.”

Digamos entre paréntesis que el dato de que “estudió en Costa Rica”, sugiere en primer lugar que Rubén Martí viajó de niño a este país antes que a Nueva York. ¿Iban él y Antuko en el buque que arribó a Costa Rica en 1886, según el parte de pasajeros localizado por el genealogista Emilio Ovando Cairol? (Ver ANEXO). En segundo lugar, si los niños se perdieron en Matanzas, es obvio que debieron regresar en algún momento a este último lugar. Pero entonces Rubén *ya tenía más de ocho años*.

Rubén Martí Atalay era un hombre de estatura media, tirando a bajo, pero “fuerte, muy fuerte físicamente” en el decir de su nieto Daniel, en lo que coincide el exgobernador Gascón Mercado. Se imponía con su voz estentórea y educada para la charla y la oratoria. En sus mejores tiempos, llenaba de perplejidad la presencia de aquel hombre de aspecto español, pero curtido a la mexicana, que portaba pistola disimulada en la cintura, como era habitual en los tiempos convulsos.

“Andaba con bastón, andaba siempre vestido de saco, con trajes oscuros; nunca lo vi con una guayabera sino con saco y con un bastón; tampoco lo vi con sombrero. Era un hombre blanco, bien presentado; nunca lo vi desaseado de su rostro, siempre de saco, de zapato, de camisa y corbata, pero nunca con sombrero”, describe el doctor Julián Gascón Mercado (JGM 2014), aunque en una fotografía de 1969 aparece Don Rubén con su bastón colgando de la muñeca izquierda, mientras un personaje de lentes le sostiene, no un sombrero, sino una boina (ver ANEXO).

Usaba el tranvía para transportarse en la ciudad de México. Trabajaba temprano en el laboratorio y luego iba de aquí a allá, para atender sus negocios políticos y empresariales; pero casi siempre llevaba su pomo de leche y su bolillo listo para remojar en cualquier lugar donde lo sorprendieran los agujones intestinales, que cada vez eran más amargos y parecían arrugar de dolor su bolsa digestiva.

En la expresión de la fotografía no hay muestra de sus malestares estomacales, ni preocupación por el diagnóstico, pero fue un padecimiento que le acompañó toda la vida. Al final, sin embargo, la muerte no le llegaría por el estómago, sino por los pulmones, pese a sus precauciones y a su larga experiencia para sortearla.

Una multitud de datos todavía por esclarecer son los detalles de esa enfermedad intestinal adquirida posiblemente desde la niñez, por las irregularidades de la dieta, pues muchas veces debió soportar grandes periodos de ayuno por la falta de recursos para conseguir comida. En un momento dado su situación fue tan grave que tuvo que ser intervenido quirúrgicamente.

“Le cortaron un pedazo de estómago”, refiere Daniel Ituarte. “Mi abuelo, sin embargo, decidió ser intervenido sin mostrar miedo en ningún momento. Esto resultó un acierto, porque pudo vivir por muchas décadas después de la operación”.

Acostumbrado a contingencias y peligros, Rubén sabía sobrevivir con desparpajo ante cualquier situación. Quizá la creencia en una muerte pronta aligeró su vida y la volvió más activa, alentando una actitud dispuesta a succionar la savia de cada instante.

Inclusive se aficionó al puro, —hábito que le acompañó muchos años, hasta que fue advertido de irregularidades en su sistema respiratorio. Don Rubén, entonces, apagó su vicio y nunca más volvió a encender otro, no por temor a la muerte, sino a la postración, que consideraba más temible que la guadaña de las tinieblas. Lo único que tomaba muy de vez en cuando era una copita de coñac y una bebida que él llamaba “gato en reversa”, informa Daniel Ituarte. La elaboraba este último con instrucciones del ilustre abuelo. “Llenaba un frasco grande, de vidrio, con pasas; añadía una rajita de canela, un pedazo de cáscara de naranja, alcohol y lo dejaba reposar años. Esa era más o menos la receta. Y cuando considerábamos que estaba lista, mi abuelo se echaba una copita que, según decía, le calentaba hasta las orejas en tiempo de frío y sentía la garganta como atravesada por un gato en reversa con las uñas erizadas”.

II

Rubén Martí Atalay llegó posiblemente a la República Mexicana acompañado de su hermano Antuko, tres o cuatro años antes del siglo XX, sin que pasara por su mente que este país sería su destino final.

Algo agobiado por los problemas internos que tenía en su empresa, debió bajar las escalerillas del buque —que no dejaba de rugir sus vapores colosales—, extrañado por el parecido de Veracruz con los paisajes cubanos. Cualquier insular caribeño puede jurar que, el de ambos lugares, es el mismo mar oloroso a sal y mariscos, con sus gaviotas y aves costeras cruzando muy cerca de las cabezas humanas, algunas cubiertas con sombreros de palmilla, como el jipijapa caribeño.

Inclusive debieron ser motivo de asombro las voces nativas, cuya musicalidad y tono sonaban como las de sus paisanos al hablar, o al pedir monedas a cambio de cargar el veliz, o al ofrecerse de guía para conducirlos a la hospedería o a las posadas de la ciudad. ¿No habrían regresado a Cuba sin proponérselo? Si hubieran escuchado la melodía de un son veracruzano en ese momento, entonces la confusión hubiese sido mayor. “Estamos de vuelta en Matanzas”, habrían exclamado.

La fortificación de San Juan de Ulúa, que se levantaba en un islote con su soberbio modelado de rocas, tenía reminiscencias arquitectónicas del Castillo de San Severino. Pero la tripulación del barco no podía equivocarse. Este puerto era mexicano, aunque el viaje no terminaba aún. Había que adentrarse más, todavía, hacia el occidente, para alcanzar la capital del enigmático mundo azteca: "Veracruz, al fin. Cielo azul, mar azul, y sobre las azoteas y los muelles y el castillo aislado de San Juan de Ulúa el sol violento de América otra vez", escribe Mañach (2015) a propósito de su biografía de José Martí, que cae el dedillo con esta historia acerca del otro Martí, el sobrino mexicanizado "a mucha honra", cuyo difuso parentesco está pendiente todavía de probar a plenitud.

A pesar del forzado viaje, Rubén se sentía arrebatado por esa sensación aventurera, como quien va de safari a Egipto, o a algún país de raíces históricas singulares, atraído por la magia irrepetible de su portentosa cultura. Había leído acerca de las pirámides aztecas, de sus sacrificios terroríficos, de la obsidiana mortal destazando jóvenes para arrancarles el preciado corazón, y también, por supuesto, sobre la supervivencia indígena que había resistido por siglos los embates de la furia conquistadora española. Tenía la idea de estar en tierra de guerreros indómitos, concedores de cada palmo de serranía, de cada recoveco selvático y de cada laberinto de cañones en los abismos más profundos de la geografía. Pero si bien consideraba que México era un lugar digno de conocer, lo era a la manera del legendario explorador Humboldt, atento a su historia, a sus costumbres, a su lenguaje y a sus formas de afrontar la vida. No lo concebía, en efecto, como el lugar definitivo para quedarse, ni mucho menos como el país donde se casaría con la única mujer que amaría para siempre. Si una mujer cambia la vida, también puede cambiar la mentalidad. De pronto descubriría a aquella joven hermosa despachando en una botica y terminaría enamorado de ella, de Carmen Gil, que sería la madre de sus hijos.

De acuerdo a Daniel Ituarte, ella era pariente cercana, –prima tal vez–, del General Benjamín Hill, el revolucionario que había deformado su apellido, sustituyendo la "G" por la "H" y convirtiendo la "L" en "doble ele", para proteger a su familia, argumenta (DIM 2012).

Una característica de Rubén era, evidentemente, la monogamia. Aunque enviudó en plena madurez, jamás se volvió a casar. Parecido a su padre Hildebrando en inteligencia, en el carácter inquieto y dinámico, se diferenciaría de él, sin embargo, en este aspecto, pues su progenitor, –quien enviudó probablemente en la década de los noventa del siglo diecinueve–, tuvo arrestos para comprometerse de nuevo con otra mujer y procrear a sus últimos hijos, a pesar de pisar los setenta años.

Rubén Martí echó raíces en México, de manera definitiva, cuando su esposa Carmen Gil le dio hijos, seis en total; primero con dificultades, pues el primogénito, Gonzalo, "murió de meningitis de forma prematura". Luego le seguiría Rubén Júnior, el más parecido, por su genialidad, al padre aunque más bajito de estatura; después Fernando, el contorsionista con singular talento de gimnasta; enseguida Alfredo, fuerte como su padre y trabajador como una hormiga, como si hubiera descubierto el secreto de la energía inagotable para no estarse quieto nunca; luego Ismael, también inquieto, trabajador, culto, buen conversador y con el instinto de supervivencia siempre alerta; y finalmente, Carmen Martí Gil, madre de nuestro distinguido informante, Daniel Ituarte.

Es posible que Rubén haya llegado a la ciudad México con los astros alineados a su favor, en pleno período del régimen de Porfirio Díaz, mucho tiempo antes de la debacle que llevaría este último al exilio (DD 1917).

Se admiró de que la ciudad fuera inmensa, tan populosa como Nueva York, con sus calles transitadas por un mar de gente, contagiada ya por la prisa de los tiempos modernos.

México tenía, en ese entonces, más de cuatrocientos mil habitantes, si es que no llegaba ya al medio millón. La legendaria avenida de Plateros, hoy Madero; la calle San Juan de Letrán (hoy Eje Central Lázaro Cárdenas) y varias adyacentes a la anchurosa y afrancesada avenida Reforma, eran muestra de vitalidad urbana y comercial.

Nada anunciaba que la ciudad tendría ese aire cosmopolita, como el de las grandes capitales del mundo, donde los primeros automóviles con sus faros arrancados y motores tosigosos, —que hacían rodar sus esqueletos de hierro—, fraguaban ya la sustitución de los carromatos, calesas de lujosa capota y quitrines jalados por mulas y caballos. La boñiga y sus olores evacuados, a cola levantada, por los nobles brutos, empezaban a ser sustituidos por el olor a aceite de aquel humo de máquina, percibido entonces como el racional, necesario y “ecológico” aroma del progreso. Al llegar a la capital mexicana, dejó de ver su envío como un sacrificio, producto de las dificultades internas en la empresa, la *Johnson & Johnson*.

En México terminó por amasar una gran fortuna, gracias a que había llegado con gran experiencia comercial y ejecutiva, —aunada a su natural curiosidad y a las capacidades de su mente analítica, imaginativa y dotada, sobre todo, de una gran memoria para ubicar con lujo de detalles a las personas que conocía en el trayecto de su vida. Para ser alguien criado en la calle desde niño, era sorprendente su formación autodidáctica, tomando en cuenta el nivel teórico y humanista adquirido. Era, claro está, un hijo de la calle, pero había creado su propia escuela, a pesar de haber sido arrojado a ella. Estaba preparado para organizar un laboratorio de química y realizar experimentos; pero esas tareas duras, secas, de la aplicación científica, no serían freno a su humanismo, como se verá enseguida, cuando echemos un vistazo a su formación.

La educación del Diputado Constituyente

I

Rubén Martí Atalay era un hijo de su tiempo y de su entorno. La atracción por la experimentación, —estructura esencial de la ciencia moderna—, puede explicarse por el contexto norteamericano, neoyorquino, donde vivió, conectado a las boticas y a la preparación personalizada de medicamentos. Aprender de los procedimientos tradicionales con el uso del mortero y la pipeta, la balanza de precisión y el manual de boticario, sin faltar los subrayados a lápiz en las instrucciones de tratamientos menos frecuentes, entre otras cosas, lo involucró en una práctica experimental que a la postre le resultaría útil.

Aparte de habilidad autodidáctica, Rubén poseía talento literario, como lo demuestran los innumerables artículos que escribió para el periódico *El Universal* y otras publicaciones fundadas y editadas por él mismo. Escribía poemas, que nunca se atrevió a publicar, escritos, evidentemente, para su íntimo solaz.

Hay que tomar en cuenta, con todo y su temprana orfandad, la importancia de la influencia educativa de su padre, Don Hildebrando Martí, y por supuesto también de su madre Ana María Atalay —mujer hermosísima de acuerdo a retratos conservados—, quien apoyaba al marido en las tareas docentes realizadas en las escuelas donde impartieron instrucción primaria y secundaria, según se desprende del famoso informe de Dumas Chancel (1868).

Don Hildebrando Martí y Medero fue un profesor brillante y célebre en los países de Centroamérica, a donde tuvo que huir después de estallar la Guerra de los Diez Años, en Cuba, en 1868. Hombre de vanguardia, poseía una mentalidad positivista, sin perjuicio del sentido social, característico del humanismo europeo tradicional, —que felizmente se combinaba con las concepciones de algunos intelectuales conspicuos de la Cuba del siglo diecinueve. Es ilustrativo al respecto el ejemplo de José De la Luz y Caballero, pedagogo y pensador profundo, con quien su padre Hildebrando colaboró, por lo menos entre 1857 y 1859.

José De la Luz y Caballero había sido discípulo, a su vez, de quien fue quizá el primer defensor y promotor de la independencia de la isla, el padre Félix Varela, a quien se define, en su patria, “como el forjador de la identidad cubana”, —venerado también, como es lógico, por el inefable poeta José Martí.

Lo tardío del movimiento de independencia, —comparado con el nuestro— tuvo sus ventajas en Cuba. Hizo surgir una tradición intelectual y libertaria muy *sui generis*, debido a la remarcada influencia liberal positivista.

En la mentalidad progresista cubana se hallaba presente un aliento bolivariano —es decir, genuinamente latinoamericano— de emancipación y unificación de los pueblos del nuevo continente. Se trataba, por lo menos, de un pensamiento menos aburguesado, más criollo o inclusive más mestizo y más incluyente que el que imperaba en el México de aquella época porfirista, en que Rubén llegó a nuestro país.

En efecto, pese a los esfuerzos del “grupo de los científicos”, que empezaron a plantear el problema de la “identidad cultural”, el liberalismo mexicano era en la práctica extranjerizante. El

propio Porfirio Díaz, afrancesado en muchos aspectos y gustos, sin renegar de su carácter mestizo, de pronto parecía añorar ser blanco de raza pura, al menos en la última etapa de su gobierno.

“En la última época del porfirismo en México se creía, aunque hay muy poca evidencia de ello aparte de las fotografías contemporáneas, que en sus últimos años Porfirio intentó no sólo blanquear su linaje, sino también el color de su piel usando polvo facial”, refiere Paul Garner, (2010: 45).

Francisco I. Madero era poseedor, por su parte, de un pensamiento más decimonónico que de vanguardia. El propio Porfirio Díaz estaba más adelantado en el terreno de las ideas, que él, al menos por su talante pragmático. El citado Gardner los subraya:

“En octubre de 1910, Madero lanzó un manifiesto revolucionario, el Plan de San Luis, que convocaba a un levantamiento armado en contra del régimen de Díaz el 20 de noviembre de 1910 en lo que era un pronunciamiento decimonónico clásico, sorprendentemente similar, tanto en estructura como en contenido, al Plan de Tuxtepec que había lanzado el propio Porfirio Díaz el 1876” [2010: 238].

II

Las ideas revolucionarias de vanguardia, más humanas e igualitarias en México, a principios del siglo veinte, eran las de los hermanos anarcosindicalistas, Flores Magón, cuya influencia fue siempre, sin embargo, minoritaria.

Fue la Revolución Mexicana la encargada de forzar la entrada, en la historia, de la orientación social y reivindicativa de las demandas más sentidas de los desclasados, —los obreros y los campesinos sin tierra. El motor ideológico de las facciones tomaba su energía, no de ideas intelectualmente decantadas, sino de *fórmulas discursivas* poseedoras de significación y simbolismo político, como por ejemplo, el de la “No Reección” y el de la pretendida “pureza liberal” de la Constitución de 1857.

La formación de Rubén Martí era producto, en cambio, de la labor crítica de los pedagogos cubanos. Atado el proceso de enseñanza-aprendizaje al principio de autoridad, detentado por el Estado y la Iglesia, se señalaba ya, en el siglo diecinueve, que no podía existir, en la sociedad y en la escuela, más principio de autoridad que el de la ciencia y sus métodos, estructurados en las sólidas bases de la observación y la experimentación. Quien promovía este punto de vista era precisamente, José de la luz y Caballero. Hay que subrayar, sin embargo, que como gran pensador tomaba el positivismo con cautela, lo que resultó enriquecedor para la cultura cubana, en especial para la pedagogía. La profesora Leidy Carmen Estrada, de la Universidad de la Habana (2015) escribe de forma esclarecedora al respecto:

“Incluso el propio Luz se encargó de desmentir su supuesto vínculo con el positivismo al afirmar: «Nunca, nunca, miro yo las cuestiones con los ojos de los positivistas». «Los positivistas se ríen de todos estos remedios espirituales; y sin embargo, indirectamente experimentan su benigno influjo, en el modo con que los tratan y curan los que en ellos creen amplexis ulnis [«a pie juntillas»]», (ESTRADA 2015: 7).

De la Luz y Caballero fundó el Colegio de San Salvador, en la Habana, que fue considerado por mucho tiempo como el mejor centro de enseñanza de la isla, dada la capacidad, vocación y entrega del filósofo, considerado uno de los más grandes del Caribe. El “segundo de a bordo”, es decir, el subdirector del plantel, fue nada menos que el padre de Rubén, —el profesor Hildebrando—, quien empezó a figurar en su importante cargo a la temprana edad de 31 años.

Por los datos disponibles, es mucho más que probable que don Hildebrando compartiera los aspectos fundamentales del mencionado erudito, crítico y sabio pedagogo, —quien entendía el positivismo en sus límites metódicos. Consideraba, por ejemplo, que prohibir la “especulación trascendental”, era parte del procedimiento para educar a la razón; de la misma manera, —proseguía—, hay que educar en libertad, porque la libertad es la fuente de todo humanismo. La clave de la existencia humana, sería, entonces, la educación, porque esta “empieza en la cuna y acaba en la tumba”, escribe en sus aforismo 568; es la clave para el cultivo de una vida sabia, justa y buena porque, en efecto, “educar no es dar carrera para vivir, sino templar el alma para la vida” (DE LA LUZ 2001: 258).

Se trata de un pensamiento que elevaría a la máxima universalidad y expresión el gigante de la Habana, el poeta José Martí, —quien, por cierto, fue también uno de los discípulos del gran pedagogo.

Antes de morir en la batalla de Dos Ríos, el apóstol de la patria rendiría tributo a de la Luz y Caballero, en un artículo publicado en el diario *Patria*, en Nueva York, en la edición de 1894: “Él, el padre; él, el silencioso fundador; él que a solas ardía y centelleaba, y se sofocó el corazón con mano heroica, para dar tiempo a que se le criase de él la juventud con quien se habría de ganar la libertad que sólo brillaría sobre sus huesos”.

Respecto a su abnegación docente, el poeta recuerda, ahí mismo, la posición *anti-libresca* del sabio, congruente con el imperativo positivista de procurar estar siempre cerca de la naturaleza, más atentos a los hechos y a los seres reales que existen en el mundo, que de los conceptos y las ideas, muchas veces fantásticas, surgidas de la especulación.

La tarea más importante de un profesor, decía aquel genio singular, no es escribir libros, *sino formar hombres*, porque precisamente “todo hombre es un libro: la dificultad consiste en saber leerlo” (*Aforismo 558*).

¿Qué tanto pudo beber, Rubén Martí, de estas aguas novedosas? Parece que bastante. Tenía una idea de la ciencia acorde a los tiempos; en el plano político, era liberal y bolivariano, según se desprende de algunos de sus discursos, proferidos en la tribuna de la histórica Cámara de Diputados; y, por supuesto, admiraba y leía a José Martí, a quien siempre se refirió como “tío” sólo en lo privado, porque consideraba una presunción excesiva sostenerlo en público.

III

En Cuba la gente daba por hecho que existía un nexo entre el profesor Hildebrando, muy conocido y reconocido en su época, y el gran poeta José Martí. No fue hasta entrado el siglo veinte que fue posible establecer con alto grado de certeza que no existía tal relación familiar.

Para el historiador cubano, Joel Murlot Mercaderes, amigo a quien solicitamos personalmente aclaración sobre este aspecto, no existe parentesco entre Hildebrando y José Martí; se trata de apellidos homónimos, ya que una rama descende de Pedro Martí Roméau y la otra de Vicente Martí; es decir, al menos no hay cercanía parental; no hay relación directa:

“En cuanto a que Rubén era sobrino de José Martí, te digo categóricamente que no; no lo era ni en segundo ni en tercer grados. Hildebrando era hijo de Manuel Martí Mas, nieto de Pedro Martí Romeau; en tanto José Martí Pérez lo era de Mariano Martí Navarro, cuyo padre (abuelo de prócer cubano) fue Vicente Martí (no hemos sabido segundo apellido). Estos datos indican claramente la imposibilidad de que Rubén fuese sobrino de José Martí; error que proviene no sólo de Rubén, sino del coronel Bustamante (el hondureño que aseguró –falso de toda falsedad– ser hijo de general Antonio Maceo), quien –a propósito– aseguró que Hildebrando terminó sus días en la ciudad salvadoreña de Cojutepeque, en fecha no precisada por él” (Murlot, ver ANEXO).

Naturalmente, hoy en día son más o menos detallados los estudios genealógicos sobre el ilustre apellido, desde su remoto origen francés o inglés, en el siglo XV, hasta la fecha. Muestran cómo los Martí se diseminaron en diferentes casas y heráldicas de la península ibérica, empezando por las más famosas asentadas en tierras catalanas e incluyendo las valencianas. Pero si se va a hablar de un origen común, todos los apellidos deben tenerlos también. De lo que se trata, por el contrario, es establecer las contigüidades de sangre por grados de parentesco. Ambas ramas, la de Vicente y la de Pedro, fueron, sin embargo, de reconocida nobleza por parte del régimen monárquico español.

En sus tiempos de diputado del Constituyente, en 1917, más de algún compañero legislador sostuvo públicamente con gran seguridad que Rubén era “sobrino de José Martí”. Varios de sus descendientes afirman en la actualidad que Rubén aseveró varias veces “ser sobrino del poeta” pero sin establecer el grado específico de la supuesta relación. Lo que sí rechazó en el Congreso de manera contundente fue la acusación de que él usaba su nombre para promoverse:

“Yo no hice ninguna declaración de que era cubano; soy enemigo del bombo. Cuando el repórter (sic) del periódico se me acercó y me pidió mi nombre, le di otro nombre y en el periódico salió el del señor Martí. El secretario del partido, al presentarme públicamente dijo: ‘tengo el gusto de presentarles a un sobrino del libertador cubano’. Ese día me afilié al Ejército; pero puedo demostrarles que he sido desde entonces, desde esa fecha revolucionario; es decir, que he colaborado al triunfo de la revolución con hechos verdaderamente incontrastables” (DD 1917: 353).

En efecto, uno de los problemas para reconstruir las acciones biográficas del Constituyente es su modestia, que nunca le permitió “cacarear” sus logros, hasta que confió algunos de ellos a sus hijos y a sus nietos.

Lo curioso es que sin ser genéticamente cercanos, no deja de sorprender que los Martí de ambas ramas parezcan de la misma estirpe, al menos en lo que toca al carácter, la inteligencia y la fortaleza de voluntad. Hildebrando, Rubén y el poeta José Martí poseen, en efecto, ese “algo espiritual” de familia; tienen en común ese vigor genuino, único, que los volvió capaces de sobreponerse a la adversidad con cierta alegría, brillantez, firmeza y decoro, —al menos que estos rasgos sean parte del genio cubano, expresado en sus más notables ejemplares nacionales.

Esos tres hombres fueron como esas plantas que tienen la energía suficiente para florecer y permanecer en los terrenos más ásperos, rudos, hostiles e infértiles. Entonces se está tentado a pensar que esas dos ramas parentales son en realidad únicas.

En cuanto a Rubén y su padre Hildebrando, en particular, hay indicios de un probable parecido físico. Por lo menos es posible que el profesor haya transmitido a su hijo la inteligencia y la fortaleza interior, además de la longevidad biológica que les permitió a ambos vivir más de noventa años. Rubén nunca lo supo, quizá, pero su padre alcanzó esa edad, al lado de su segunda esposa María Luisa del Moral Lubiñón y de sus últimos vástagos en un país Sudamericano.

Padre e hijo tuvieron también la característica de haber trabajado casi hasta el final de sus días, ignorando achaques y consejos de sus descendientes jóvenes, sin contar esa rara vocación de echar raíces en el exilio, a pesar de la nostalgia por la tierra de origen. Pasado el vendaval de la guerra de independencia de Cuba, ambos pudieron regresar a su patria, pero no lo hicieron, a no ser por breves y esporádicas visitas.

En cuanto a las diferencias, Rubén se distinguía por la creatividad, por su capacidad de inventiva y, sobre todo, por su terca monogamia. Aunque viudos, (este es otro rasgo común derivado de la longevidad) el único que se casó después de la muerte de la esposa, fue el profesor Hildebrando.

Puede que otra diferencia haya sido el sentido del humor. Al parecer el padre no lo poseía, dada la severidad de la que hacía gala, al menos en el aula, según un ilustre discípulo, el poeta salvadoreño Alberto Masferrer (KAREN RACINE 2010). El alumno describe al profesor Hildebrando como "enérgico", muy "recto" y como ejemplo manifiesto del estereotipo masculino de autoridad, impositivo; o dicho sea con más precisión, era el típico profesor de regla en mano al que se debía temer en los antiguos modelos escolares. Así lo vio, al menos, un poeta sensible y empático como Masferrer, por supuesto, quien no obstante ser un niño de doce años tuvo el valor de criticar las rígidas prácticas del profesor. En el anexo de esta obra, el historiador Murlot Mercaderes también hace referencia al "ilustre librepensador" Masferrer:

"Hildebrando fue maestro del famoso librepensador Vicente Alberto Mónico Masferrer, en fecha que no puedo sino situar entre 1878 y 1879; o sea, después de que los cubanos fueron expulsados de Guatemala por José Rufino Barrios" (Anexo).

Rubén Martí Atalay nunca dejó de ser tampoco un hombre fuerte, hasta la muerte, pero estaba muy lejos de ser un ceñudo autoritario. Era alguien dispuesto siempre a bromear, aún en las circunstancias más comprometedoras y amenazantes. ¿Heredaría estos caracteres de su madre Ana María Atalay? Imposible saberlo ya. Estaba dotado de un ingenio veloz que le permitía a veces resolver con elegancia, jovialidad —y, sobre todo, a favor suyo—, las situaciones límite. Hay muchos ejemplos de ello en su vida, como si su cerebro acrecentara su lucidez en los momentos de peligro.

Salvar la situación a su favor, con gracia y gallardía, era un objetivo espontáneo en las circunstancias de riesgo que parecían activar todos sus mecanismos mentales y emocionales para conseguir el éxito. Pero era, en contraste, tan modesto, que se sorprendía de no haber muerto, cuando buena parte se lo debía a su talento especial y, por supuesto, a una pizca de suerte.

Don Rubén Martí Atalay fue una personalidad que brilló a pesar de sí mismo y de la adversidad. A pesar de sí mismo, porque le caracterizó aquella modestia que sólo se encuentra en cierto tipo de hombres inteligentes, pero inconscientes de su propia genialidad. Y a pesar de la adversidad, porque desde su nacimiento, en Matanzas, Cuba, le rodeó la turbulencia, el peligro y la amenaza constante. Este acoso del infortunio no disminuyó su vigor ni lo hizo víctima, jamás, de los letales languideces de la depresión. Era dueño de una vitalidad alegre y tranquila a la vez, con el cerebro ocupado en afanes librescos, combinados con ocurrencias de empresario, fabulaciones de inventor e inquietudes de poeta, periodista, charlista y escritor.

Después de la Revolución, muerto su admirado amigo y maestro Venustiano Carranza, llegado al poder Álvaro Obregón, el temible General "mocho", Rubén Martí Atalay —revolucionario con méritos escamoteados por los enemigos; otrora miembro del ejército carrancista y diputado del Congreso Constituyente de 1917—, siguió haciendo su vida como el hombre que había sido siempre, es decir, dinámico, lleno de ideas, inquieto por el conocimiento científico y la cultura, y dispuesto en todo momento, a intentar alguna tarea noble o de servicio. Químico autodidacta, inventor, educador; poeta secreto y pudoroso, agente y directivo de ventas, filántropo e impulsor de fraternidades, don Rubén Martí Atalay parecía diseñado para la vigilia. Su vida agitada y azarosa acostumbró, quizá, a un régimen de centinela.

Sin embargo, a pesar de su existencia en constante riesgo, aún se podía ver al veterano carrancista vivo y coleando en 1970, obligado a hacer cama por una inesperada fractura en la pierna que nunca sanó. "Por una quebrada de pata, nadie se muere", decía, pensando en su reposo necesario, —puesto que, para él, flojear y dormir eran como téticos ensayos para el sueño definitivo en el féretro.

En vida, Don Rubén fue objeto de odio y tuvo detractores, enemigos coyunturales o simplemente antipatías. La mayor parte de quienes lo conocieron, sin embargo, fueron seducidos por su atractivo de líder, por su hablar propio y educado, por su fuerza emprendedora, por su ingenio y rapidez mental, y por la vitalidad característica de aquellos optimistas que creen sinceramente por solucionar todos los problemas molestos de la humanidad.

"Ese hombre tenía una energía increíble", corrobora, por ejemplo, el doctor Julián Gaspar Mercado, ex gobernador de Nayarit, quien en 1964 lo nombró asesor administrativo del Centro de Rehabilitación "Venustiano Carranza".

Casi de inmediato causó una revolución por su eficacia y sus ocurrencias precisas por solucionar y hacer mejoras en el sistema. "Tenía noventa años —asegura el ilustre nayarita—, veía bien por las cataratas, pero su actividad era mucho más dinámica que la de un hombre en plenitud" (JGM 2014).

La relación de Rubén con Porfirio Díaz

I

Hace más de un siglo, la imagen de México en el extranjero era la de un país bárbaro y sanguinario, que sólo se mantenía estable y en pujanza gracias a los arrestos de un hombre civilizador por excelencia: el presidente Porfirio Díaz, héroe liberal y con altas condecoraciones militares otorgadas por haber ocasionado descalabros a los invasores franceses.

Esa imagen de hombre fuerte y visionario fue promovida con gusto por el propio régimen en los periódicos ingleses y norteamericanos para proyectar la idea de una clase política mexicana bien liderada, con un genuino sello nacionalista, por un lado, y progresista por el otro. Ser nacionalista significaba enviar el mensaje de “no somos fáciles de dominar”; pero ser progresista podía sugerir un “no estamos peleados con la modernidad”, “no tenemos ningún problema con adoptar las ideas liberales y positivistas de origen europeo”.

Hay que resaltar que esa descripción da idea de una política bien estructurada, que exigía un hábil manejo, tanto de la política interna como de la exterior, por parte de los porfiristas, que se reflejaba en decisiones que podían parecer, sin embargo, contrastantes y hasta contradictorias.

Que el dictador fuera capaz de dar una orden como aquella famosa del “¡mátenlos en caliente!”, para perpetrar la masacre de Veracruz, enviada en clave morse a un atónito destinatario que debía acatar cualquier instrucción y, al mismo tiempo, simpatizar con la afrancesada filosofía de Comte y la “alta cultura”, resultaba propia de un jefe exótico del país más dadaísta que se pudiera concebir. Es tentador considerar a Porfirio Díaz una versión refinada de Ubú Rey, con un instinto frenado por un no menos rudo espíritu cientificista, en su versión más ideologizada. Claro está, el episodio de Veracruz debe interpretarse en su contexto, según exige el historiador Garner que, de ninguna manera es un apologista del dictador (2010: 107).

Cita al escritor Federico Gamboa, quien lo esboza con firmeza de experimentado literato: “era serio siempre, siempre en su papel, sin sonrisa, sin inclinaciones de su cuerpo alto y fuerte; su rostro, que nunca lo traiciona, en él nadie puede descubrir cuándo está contento y cuándo disgustado, (es) perfectamente enigmático” (GARNER 2010: 96).

El propio poeta José Martí, aunque poco después se desencantara, también sucumbió a la seductora personalidad del dictador, a juzgar por aquella carta que le dirigió el 23 de julio de 1894, donde describe su “sagacidad profunda y constructiva”, así como su “fuerte corazón que padeció por la libertad del continente” (2010: 169). “Según Federico Gamboa, Martí obtuvo apoyo político y financiero de Díaz aunque, considerado lo delicado de las relaciones entre México y Estados Unidos, nunca hubo una declaración oficial de apoyo mexicano a la causa patriótica mexicana” (2010: 170).

Rubén Martí, antes de llegar a radicar a México, no era ajeno a esa proyección depurada de hombre fuerte y racional, pero de áspera formación militar hecha de sangre, bayonetas y espadas en batallas reales. Difícil no sucumbir a esa combinación atractiva, como de un vivo museo de lo exuberante, capaz de llamar la atención de los cazadores de maravillas.

Los ejemplos ilustran. Acaso dará una idea de la contrastante personalidad de Porfirio Díaz la manera cómo resolvió un bochornoso incidente diplomático ocurrido durante las fiestas del Centenario, en 1910, que involucró nada menos que al poeta nicaragüense Rubén Darío, tocayo de nuestro personaje central en esta historia. De este incidente, Martí Atalay debió enterarse muy bien porque se contaba entre los invitados personales del dictador, de acuerdo a su nieto Daniel (DIN), pero también porque tenía el hábito de informarse bien sobre los asuntos políticos y sociales del momento.

El caso es que la situación bien podría ser digna de una tragicomedia. El poeta nica, de natural melancólico y tendiente a la depresión, -agravado por su mítico gusto por el vino, que gracias a milagros dionisiacos nunca faltó en sus cavas-, venía entusiasmado a México, primero, por ser el país de su gran amigo Amado Nervo; y segundo, porque estaba ilusionado por conocer a otro poeta nuestro, -un gigante veracruzano-, que en ese tiempo gozaba también de extraordinaria celebridad, Salvador Díaz Mirón, autor del eterno poema "A Gloria".

Aprovecharía que el trasatlántico francés, procedente de Saint-Nazaire, llegaría a Veracruz. El buque era algo viejo; nada comparable con los portentosos ultramarinos alemanes, ingleses y norteamericanos, que parecían "palacetes flotantes", -según palabras del propio poeta-, aunque él siempre estuvo seguro de llegar "a buen puerto", a pesar de los repentinos ataques de pesimismo.

Por desgracia, Nicaragua era un país inestable y cambiaba de gobernantes como cambiaba el clima o, más bien, cambiaba de régimen según lo decidían las balas de los grupos políticos que se disputaban el control del gobierno, exactamente como lo hacían las hordas de canibales que existían también en México, según opinión del "mundo civilizado" europeo y norteamericano. Es decir, en parte de la genética latina, aunque, por fortuna, los mexicanos teníamos a Don Porfirio como garbanzo de a libra.

El poeta nicaragüense navegaba todavía en altamar, cuando por el mundo circuló la noticia de la caída de su presidente José Madriz y, entonces, automáticamente, Rubén Darío, dejó de ser embajador y representante de su país para las fiestas del centenario, en la que el régimen mexicano invertía millones de pesos porque era ocasión, desde luego, para reforzar la imagen nacionalista ante los extranjeros.

Todavía hay quien opina, con sarcasmo, que al nicaragüense le pasó como a la Cenicienta. Es decir, de pronto, el suntuoso carruaje volvió a su estado normal de calabaza, cambiando, como agravante, la alineación de los astros: su destino empeoró en el acto.

Porfirio Díaz había considerado, al principio, que la presencia del inmenso poeta sería un gran lujo en las fiestas del centenario de la Independencia (y de su onomástico, aprovechando la coincidencia con esta fecha). Por desgracia, en las nuevas condiciones políticas su estancia se volvió incómoda, -se convirtió en algo así como un Fidel Castro en la Cumbre de las Américas de 2002, que obligó al presidente Vicente Fox a proponer el tan famoso, como bochornoso, "comes y te vas".

Diplomáticamente no había motivo para crear un conflicto con el nuevo gobierno nicaragüense; pero por otro lado, ¿qué hacer para no provocar un desaire en tan insigne visitante como lo era Darío? Fue el diplomático Rodolfo Nervo, hermano de nuestro poeta tepiqueño, el encargado de consolar a Darío del trago amargo que tuvo que beber, pues las autoridades locales

de Veracruz se “disculparon”, pretextando fiebres, catarrros y otras enfermedades “repentinas” para no atenderlo.

Rodolfo Nervo actuó en acuerdo con uno de sus jefes, el subsecretario de Relaciones Exteriores, Federico Gamboa, –escritor también y autor de la novela clásica del costumbrismo mexicano, “Santa”–, quien al igual que los Nervo y otras personalidades de la cultura consideraba injusta la situación del poeta. El gobierno no podía recibir a Darío como ministro representante, pero sí como “huésped de honor” (aunque a discreción).

Fue inevitable, sin embargo, cierta condición humillante. De hecho fue un escándalo. Por ningún motivo Darío debía poner un pie en la ciudad de México. Es decir, al pobre poeta le pasó todo. A partir de un “pequeño” incidente político-militar en su país, dejó de ser representante de su país; luego, quedó atrapado en Veracruz, –porque no podía dar un paso en dirección a la ciudad de México–; y, sobre todo, su frustración aumentó por la imposibilidad de no conocer a Salvador Díaz Mirón, uno de sus ambicionados objetivos, porque se encontraba, según amarga notificaron, “en un largo viaje”. Darío narra su situación con sus propias palabras:

“Resumiré. Al llegar a Veracruz, el introductor de diplomáticos, señor Nervo, me comunicaba que sería recibido oficialmente, a causa de los recientes acontecimientos, pero que el gobierno mexicano me consideraba huésped de honor de la nación. Al mismo tiempo se me dijo que no fuese a la capital, y que esperase la llegada de un enviado del ministerio de Instrucción Pública. Entretanto, una gran muchedumbre de veracruzanos, en la Bahía, en barcos empavesados y por las calles de la población, daban vivas a Nicaragua, y a Rubén Darío y muera a los Estados Unidos” (RUBÉN DARÍO 1910: 274-275).

Darío cayó en una depresión que lo llevaría, después, a un intento de suicidio en su próxima parada, en Cuba. Para suerte de Porfirio Díaz esto no ocurrió en nuestro país. Aquí, el poeta, pareció recuperarse de sus ataques de melancolía e, inclusive, se atribuye este aparente alivio al trato de algunos profesores de escuela, niños y ciudadanos comunes de Veracruz que, de manera espontánea, realizaron toda suerte de celebraciones sencillas en su honor, de acuerdo a su propio relato. Esas muestras de afecto y trato cálido por parte de los veracruzanos, hicieron escribir al poeta, a su regreso, unas palabras todavía recordadas hoy: “yo cortésmente quemo mis naves y dejo mi corazón en Veracruz” (BLANDON 2011: 31).

Inclusive, en el colmo de la ingenuidad, se encontró a sí mismo responsable de no haber podido asistir a la ciudad de México y envió un telegrama de disculpa al Presidente Porfirio Díaz, que le cayó, a este, por supuesto, como anillo al dedo. El General no desaprovechó la oportunidad y respondió de inmediato, con palabras inteligentes y respetuosas, con un telegrama muy distinto a aquel famoso del “mátalos en caliente”:

“Agradezco bondadosa explicación y siento que se haya interpuesto en su viaje alguna causa que me priva del gusto de estrechar su mano”.

Ese era Don Porfirio Díaz. Era muy fino para el trato diplomático y personal; pero como desconfiado encargado de un enorme y complicado país, estudiaba con rigor la situación antes de actuar. Como patriarca era alguien bastante enterado de los pleitos de sus súbditos, de las

rivalidades y celos que algunos ministros y militares mantenían entre sí, pero sólo intervenía cuando lo consideraba prudente, dando lecciones a base de huarachazos y jalones de orejas. Pero cosa rara, –muy rara en un político actual–, era muy estricto consigo mismo. Era honesto, por lo menos en una medida razonable.

Si comparamos las corruptelas de ayer con las que practican los políticos de nuestra época, el General Díaz resulta un aprendiz malo. Puede sonar extraño; pero era real. ¿Actuaba con cálculo o se trataba de una moralidad espontánea? ¿Le convenía mantener una actitud augusta, vigilante y sobria de hombre de estado tradicional, tan sólo para imitar la frugalidad estoica e imperial de un Marco Aurelio, por ejemplo, o de algún antiguo patriarca judío?

Don Porfirio evitaba exponerse a las miradas públicas, salvo en la formalidad de los actos oficiales y –ocasionalmente– en los ambientes aristocráticos del Jockey Club, allá en la Casa de los Azulejos (aunque de repente no tenía reparos para visitar al más humilde de sus compadres). Al extranjero salía prácticamente sólo a recibir distinciones y medallas de reyes, príncipes, presidentes y hasta zares. Con una astucia de viejo zorro que ha convertido en arte su objetivo personal de mantenerse en el poder el mayor tiempo posible, daba apretones de tuercas cuando la marcha de la maquinaria del Estado comenzaba a cascabelear.

Desde el punto de vista ideológico, Porfirio Díaz creía al pie de la letra en los estereotipos filosóficos del positivismo. Al parecer, eran creencias muy arraigadas en él y difíciles de desterrar; tanto, que daba la impresión de haberse convertido en un perfecto y desparpajado cínico, por el modo de interpretarlas. La idea positivista del progreso social, por ejemplo, entendido como un proceso de maduración que va de la barbarie a la civilización, era algo que explicaba la supuesta naturaleza de nuestros pueblos “bárbaros”. En este sentido, a Díaz le parecía, en efecto, que México estaba aún en una especie de “infancia cultural” y, por lo mismo, requería de una guía adulta: la del caudillo clarividente y capaz de entender la lógica inherente al desarrollo de la sociedad.

“La democracia”, –confió, Porfirio Díaz, al recordado periodista James Creelman–, “es el único principio de gobierno justo y verdadero, aunque en la práctica sólo sea posible para los pueblos desarrollados” (GARNER 2010: 232). Alguien que pase por alto la filosofía de la historia comteana, calificará de desfachatez y desvergüenza esas palabras del dictador mexicano.

Para el positivismo “mejorado” por el darwinismo del siglo diecinueve, la sociedad es como un organismo. Si no alcanza madurez, no está lista para los mejores banquetes de la civilización. Por algo el lema del gobierno de Díaz era el de “Orden y progreso” (2010: 156). La demanda de democracia por parte de Francisco I. Madero se escuchaba razonable; pero dicha o declarada en nuestros países, sólo podía generar agitación, conflicto, sangre, muerte, degradación. En este tenor don Porfirio contestaba a los reclamos. “Estoy de acuerdo en que la democracia debe llegar algún día, pero no en este momento en que México no está preparado para ella”, decía.

En nuestro país, la barbarie social podía reflejarse en la conducta personal de cabecillas y políticos. En Estados Unidos, por ejemplo, “todos se unifican” en torno al presidente electo, –observaba Díaz–, en cambio en países como México todos buscan “el modo de derrocarlo”.

Estaba seguro de que una revolución acabaría de tajo con todo lo logrado a lo largo de treinta años de firmes y paternales cuidados; por eso deploraba la agitación política promovida por

Madero. Más bien la temía porque estaba seguro de que sobrevendría el caos, del que sería difícil salir en años. "Madero ha soltado el tigre; habrá que ver si puede controlarlo" (GARNER 2010: 214).

Cuenta Paul Garner –a quien seguimos aquí para pintar este retrato del General Díaz– que en cierta ocasión se le acusó de violar la Constitución y se defendió con una curiosa analogía entre religión y política:

"También los católicos violan todos los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Santa Madre Iglesia, ya que es imposible cumplir rigurosamente con cada uno de ellos, y que la misma imposibilidad existe para el gobierno de cumplir siempre y al pie de la letra lo mandado por nuestra Constitución" (GARNER 2010: 244).

¿Otra vez se trata de cinismo? ¿O por qué es imposible cumplir rigurosamente con la ley? ¿Acaso, en la perspectiva positivista, falta mucho para que la humanidad progrese y madure desde el punto de vista cívico y ético? Los religiosos no pueden ajustarse de forma estricta a la ley porque, hundidos en la Edad Metafísica, siguen siendo animales crédulos y poco racionales, imposibilitados para luchar con eficacia contra sus instintos. Tampoco los hombres contemporáneos, pues la gran hora de la civilización no ha llegado, aunque los políticos como Porfirio Díaz tengan conciencia de que el mundo de la racionalidad plena está en construcción. Queda otra pregunta: ¿Quizá la filosofía positivista es en sí misma cínica y refleja, de forma ineluctable, una conducta involuntariamente desvergonzada en sus adeptos? En todo caso, el valor de la ley queda a salvo. El hombre puede fallar al aplicarla; pero eso no la invalida y a veces hay que hacerla cumplir por medio de usos violentos, sobre todo cuando las razones de Estado se encuentran en entredicho. En todo caso, la percepción de los mexicanos por parte de Díaz era condescendiente y estaba modelada por esas ideas de fondo:

"Los mexicanos están contentos con comer desordenadamente antojitos, levantarse tarde, ser empleados públicos con padrinos de influencia, asistir a su trabajo sin puntualidad, enfermarse con frecuencia y obtener licencias con goce de sueldo, no faltar a las corridas de toros, divertirse sin cesar, tener la decoración de las instituciones mejor que las instituciones sin decoración, casarse muy jóvenes y tener hijos a pasto, gastar más de lo que ganan y endrogarse con los usureros para hacer posadas y fiestas onomásticas" (2010: 96).

Las palabras del viejo dictador son reveladoras en un sentido actual, pues la imposibilidad de ajustar la conducta y la conciencia a la ley, por parte de los mexicanos de hoy, ¿no es en parte responsable de la salvaje subcultura de la impunidad que prevalece y asfixia nuestra vida social?

III

Cuando Rubén Martí llegó a México, procedente de Estados Unidos como promotor de la medicina de patente, –representando a la *Johnson & Johnson*– fue necesario hacer contacto con el presidente Porfirio Díaz y, de acuerdo al testimonio de su nieto Daniel Ituarte, se entabló cierta simpatía. Inclusive, en un momento dado, el dignatario le dispensó cierta confianza al grado de llamarlo con el mote de "gringo", con el que se le conoció durante algunos años.

Quizá le atrajo la sobria elegancia de aquel agradable hombre de negocios, su espontaneidad, su nada común agilidad mental y su cultura científica, entre positivista y pragmática, ajustada a la modernidad que buscaba instaurar el régimen. La catadura europea y el perfecto inglés (idioma que se abstuvo de usar en tiempos de exacerbado nacionalismo), ocultaban la verdadera

extracción caribeña, pues por el tipo español, blanco y de frente despejada, Rubén Martí podía pasar por un hombre europeo económicamente pudiente. Por supuesto, también debió pesar el apellido del tío poeta, a esas fechas consagrado ya históricamente como libertador de Cuba.

No se descarta tampoco que Díaz decidiera conocer al visitante para “semblantearlo” y asegurarse de que no se trataba de algún espía yanqui; el caso es que al final simpatizaron y Rubén Martí terminó por realizar jugosas ventas. Es probable que desde mucho antes del contacto el presidente lo haya mandado investigar. Pero estas son sólo conjeturas. Lo cierto es que el Diputado Constituyente declaró a sus nietos haber vendido grandes remesas de medicamentos para reforzar los dispensarios fijos y ambulatorios del ejército federal, así como mochilas de primeros auxilios para los médicos militares de la tropa.

La última vez que Rubén Martí vio a Porfirio Díaz fue en el Centenario de la Independencia, “al que fue invitado”, sostiene Daniel Ituarte, aunque ignora cómo se cubrió la formalidad de la acreditación. Presenció la algarabía de los festejos, la valla humana de seguridad que estaba a sus espaldas, los movimientos presurosos, pero planificados, de los miembros del Estado Mayor, también engalanados y coronados con el famoso casco prusiano de visera doble y pincho de metal a manera de unicornio. Aquella punta en el centro de la cabeza de los soldados de élite parecía; pero tenía también mucho de terrible, aunque su agresividad era aminorada por las festivas crines de caballo, sacudidas por el viento. Quizá Rubén, como muchos asistentes, quedó admirado al ver llegar al General Porfirio Díaz vestido de frac, con su porte soberbio, agitando, al caminar, algunas insignias que colgaban del lado del corazón, “bajo la solapa izquierda”, según describe la escena Rafael Tovar y de Teresa (2010).

Tiempo después de las fiestas del centenario, Rubén Martí, impresionado, lamentaría leer en la prensa nacional aquel discurso con que Don Porfirio renunció y se despidió del pueblo de México:

No conozco hecho alguno imputable a mí que motivara ese fenómeno social (la revolución); pero permitiendo, sin conceder, que pueda ser culpable inconsciente (...) en tal concepto respetando, como siempre he respetado la voluntad del pueblo, y de conformidad con el artículo 82 de la Constitución Federal vengo ante la Suprema Representación de la Nación a dimitir sin reserva el encargo de Presidente Constitucional de la República (...) y lo hago con tanta más razón, cuando que para retenerlo sería necesario seguir derramando sangre mexicana, abatiendo el crédito de la Nación, derrochando sus riquezas, secando sus fuentes y exponiendo su política a conflictos internacionales. Espero, señores diputados, que calmadas las pasiones que acompañan a toda revolución, un estudio más concienzudo y comprobado haga surgir en la conciencia nacional, un juicio correcto que me permita morir, llevando en el fondo de mi alma una justa correspondencia de la estimación que en toda mi vida he consagrado y consagraré a mis compatriotas.

Al estallar la Revolución maderista, el futuro diputado constituyente quedaría en una situación endeble. Etiquetado como un agente comercial poderoso, al servicio de una trasnacional norteamericana en expansión —la famosa proveedora de medicina de patente—, podía ser objeto fácil de sospecha. Era muy probable que trascendieran pronto, además, sus nexos —pecado mortal durante la revolución— con Porfirio Díaz, a quien había logrado convencer para la firma de jugosos contratos (DIME 2012).

Sólo entre personas de mucha confianza Rubén Martí recordaba con afecto al viejo dictador y no estaba de acuerdo con la imagen que el "nacionalismo revolucionario" se encargó de difundir en la posteridad. Eran comentarios que, desde luego, evitaba hacer en público o con gente del mundo oficial. En contrapartida, quien al principio le inspiraba desconfianza política era Don Francisco I. Madero, por su ingenuidad, "de la que cualquiera podía aprovecharse para obtener beneficios del caos provocado por su movimiento". Sin embargo, su opinión cambió con su martirio, acaso por algún sentimiento muy íntimo de piedad.

Como mucha gente con posición económica privilegiada, Rubén Martí pensaba que la turbulencia revolucionaria, más que atraer el progreso para México, acarrearía sólo derramamiento de sangre, desorden y decadencia. En particular a él no le podía ir muy bien porque, como empresario, se le dificultarían los negocios.

Desde el exilio de Don Porfirio Díaz hasta el encumbramiento en el poder de Victoriano Huerta, sólo le quedó la alternativa de cuidar lo mejor posible sus intereses económicos (y los de las empresas que representaba). Tampoco le parecía buena idea emigrar a otro país; primero porque ya había arraigado en México; segundo, por aquellas desavenencias con el pariente de un poderoso ejecutivo de la empresa, que tenía la obsesión de expulsarlo y acabarlo. Era como darle la oportunidad de cumplir su cometido.

La oleada de sentimiento anti yanqui que despertó el asesinato de Francisco I. Madero y Pino Suárez entre algunos grupos revolucionarios, —pues se sospechaba de la participación directa del embajador estadounidense, Henry Lane Wilson—, quizá lo obligaron a dejar, de forma definitiva, la *Johnson & Johnson*, y fundar sus propios laboratorios químicos y farmacéuticos. Para ese entonces ya se había casado con Carmen Gil y había nacido Rubén júnior en 1908. Sólo una casualidad había de dar un vuelco radical a su vida: conocer a ese hombre extraordinario, —según siempre lo catalogó—, que forma parte del Olimpo de personajes extraordinarios en las constelaciones de la historia de México, el llamado Varón de Cuatro Ciénegas, Don Venustiano Carranza.

El mal negocio de ser Mayor de Artillería

I

Las metas fundamentales en la vida de Rubén Martí eran el estudio de la ciencia y la tecnología, la invención de artefactos y materiales capaces de alentar el progreso de la civilización, pero también la empresa privada. Convertido en un hombre poderoso, con extraordinaria capacidad económica, –por sus laboratorios, farmacias, haciendas y hasta unos manantiales– tenía opciones de irse a vivir a donde él hubiera querido, incluyendo Europa; pero la vida de nuestro país lo envolvió poco a poco y de tal manera que no se dio cuenta en qué momento se vio a sí mismo ya enraizado en estas tierras –cuyo “barro huele a plata” y, en el puño, “la sonora miseria es alcancía”, según la descripción poética de López Velarde.

Valió la pena. Rubén Martí recibió a cambio, –a una edad en la que el vigor es una buena fuente de esperanza todavía–, un baño de gloria al convertirse, por obra de la magia de la historia, en miembro del Congreso más importante del siglo veinte y lo que va del nuestro, el Constituyente de 1917. Producto de una revolución *sui generis*, –la primera más importante del siglo veinte, anticipada al prestigio de la rusa– la obra realizada en los recintos de Querétaro, la nueva Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, llegaría a ser admirada por su factura, pero también por haber sido elaborada por diputados de las más diversas ideologías y origen social y económico. Si se lee con atención el *Diario de los Debates* de ese Congreso, cualquiera se dará cuenta que esos hombres ejercieron la política a un nivel de arte magnífico, con una retórica deslumbrante en la mayoría de los casos, donde inclusive el insulto y las hirientes referencias personales poseen una curiosa elegancia.

El ejemplo del diputado por Tabasco, Rafael Martínez de Escobar, es ilustrativo, cuando cuestiona a Félix Palavicini, amigo de Rubén Martí, con las siguientes palabras: “Alguna vez dijo el señor Palavicini: ‘si yo me parara –alguien me lo dijo–, si yo me parara sobre mi talento y mi cultura, seguramente que tocaría con mi cabeza la bóveda del cielo’, y yo digo: si el señor Palavicini se parara sobre su inmoralidad, seguramente que alcanzaría el infinito, seguramente que llegaría más allá de las estrellas parpadeantes; pero es el caso que el señor Palavicini, políticamente, vive a raíz de tierra, vive a raíz de fango” (DD 1917: 202).

Martínez de Escobar era un joven de 28 años a quien, los compañeros más viejos, trataban, por eso, con cierta condescendencia; pero siempre se mantuvo como un rebelde estricto, valiente y atento a cualquier desviación de las causas populares. A pesar de su juventud era muy culto y un orador admirable. En su largo discurso acusó de todo a Palavicini, hasta de haber servido a Porfirio y a Huerta, el pecado más grave durante el constitucionalismo, que, de ser demostrado, ameritaba el despojo de la credencial de diputado.

La respuesta de Palavicini fue aplastante; primero, porque el joven diputado no esgrimió pruebas serias para respaldar sus acusaciones y, segundo, porque tuvo la mala suerte de que también fuera diputado un político que anteriormente había sido su jefe, Cándido Aguilar, yerno de Venustiano Carranza, en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Martínez de Escobar “no ha podido preparar en dos meses más que un discurso lleno de insultos, no podía servir sino para esta clase de intrigas y no para abogado en derecho

internacional”, respondió, indignado, Palavicini, pidiendo luego a Cándido Escobar que corroborara si era cierto, o no, que lo habían despedido por “inepto” del citado ministerio (DD 1917: 215).

Aguilar contestó de inmediato: “Es cierto; lo destituí porque jamás había rendido un informe. Después de esta destitución pasó a verme escribiéndome una carta llena de insultos y ataques”.

Diez años después, el joven Rafael Martínez de Escobar fue asesinado por oponerse a la reelección de Álvaro Obregón y por tomar partido a favor de Francisco R. Serrano, aspirante a la presidencia de la república por el Partido Anti reeleccionista. El General Obregón había demostrado con creces que no era alguien capaz de perdonar a nadie que se opusiera a sus intereses. Si Venustiano Carranza fue su víctima, que fue el gran personaje de la Revolución, con más razón podía serlo ese hombre iluso, aun cuando en el pasado inmediato hubiese sido su íntimo amigo y colaborador.

Rubén Martí escapó de milagro a la venganza del temible General sonoreño, luego de que este le pidió convencer a los diputados constituyentes, a finales de los años veinte, para que apoyaran su reelección. “Un millón de mexicanos murieron para que ya no hubiera reelección”, fue la respuesta de Rubén Martí (DIM 2012).

En fin, en el Congreso Constituyente de 1917 participaron las personalidades más dispares en formación política y extracción social. Había reunido a hombres hechos en la lucha obrera y campesina, como Heriberto Jara y Esteban Baca Calderón; pero también a hombres rudos, no escasos de ilustración y con gusto por las artes literarias, como Alfonso Cravioto y el coronel Marcelino Cedano, diputado por Tepic, –cuyo gusto por el teatro se plasmó en las obras “*Culpas ajenas*”, “*Oro y orgullo*”, “*Venganza*” y “*Amanecer nacional*”, representadas en distintos escenarios del país en los años veinte y principios de los treinta, según documenta Jesús Romero Flores (1986) historiador y poeta que, por cierto también, fue parte de la plana de diputados del Constituyente.

II

En cuanto a Rubén Martí, su entusiasmo por la Revolución llegó con Venustiano Carranza, el único personaje que por su estatura intelectual y su clarividencia jurídica y política valía la pena seguir, según el cubano mexicano, que escudriñó con atención a los distintos caudillos, antes de tomar esa decisión trascendental en su vida.

Así lo hizo desde finales de 1913 y, de manera formal, a principios de 1914. La fuerza de su adhesión puede medirse por el hecho de que bastó poco tiempo para perder toda su fortuna a favor de la causa, pagando salarios a sus soldados, reparando las armas de los revolucionarios e invirtiendo aquí y allá hasta quedar hundido casi en la inopia. Es significativo lo que replicó, al respecto, a los diputados que cuestionaron su credencial en la cámara: “En el registro de la propiedad se puede comprobar que cuando me lancé a la revolución, tenía tres casas; hoy no tengo ninguna; si hay alguno que me señale un bien raíz, le hago cesión de él” (DD 1917: 352).

Es decir, de ser representante plenipotenciario para América Latina de la *Johnson & Johnson*, lo que le permitió realizar tareas ejecutivas que, a su vez, garantizaron generosas ganancias privadas, de pronto ya no tenía nada otra vez, más que su talento, su inteligencia y su portentosa energía vital para sobrevivir en cualquier circunstancia, casi como un súper hombre de historieta.

En su trayectoria revolucionaria llegaría a ser nombrado Mayor de Artillería del Segundo Regimiento de la Brigada Catorce "Fieles de Oaxaca", del Ejército Constitucionalista, cuyos lugares de acción se encontraban en el Estado de México, como segmento de contención de las agresivas y radicales fuerzas zapatistas. Concretamente, estuvo asignado en el poblado de Salazar, blanco frecuente de los zapatistas, así como en Atizapán, según lo declaró también en el Congreso Constituyente de 1917. Sobre todo Salazar era, a menudo, atacado por francotiradores y bandas, que intentaban asaltar el tren que pasaba por el lugar, cuya vía es, por cierto, de las más antiguas de México. Este punto geográfico era de mucha tensión por la época en que Rubén Martí llegó con su regimiento, entre 1914 y 1915; pero no dio muchos detalles a su nieto Daniel, al respecto. En el Congreso se limita a referir que "en la Secretaría de Guerra hay documentos que comprueban lo que yo he hecho por la causa" (DD 1917: 353).

En alguna parte álgida de la discusión, Rubén acredita ante testigos la obtención de la carta de ciudadanía y cuenta que en 1910, con motivo de una conferencia dictada "ante los empleados libres de comercio" –que no fue, a todas luces, del gusto de las autoridades–, se le pretendió aplicar el famoso artículo 33, que da al gobierno la facultad "para expeler al extranjero pernicioso", según la Constitución de 1857. Entonces mostró en el Juzgado 89 la carta de naturalización tramitada con antelación –aunque no especifica la fecha–, misma que no hicieron válida al principio. El investigador Pablo Yankelevich (2014) especifica "que (Rubén Martí) optó por la nacionalidad mexicana" en 1907, es decir, en pleno porfiriato, "después de 30 años de residencia en México", aunque este último dato introduce confusión.

Lo cierto es que en esos poblados, Salazar y Atizapán, terminó por agotar su cuantioso patrimonio debido a su escrúpulo por mantener la disciplina y la moralidad entre sus soldados. Tuvo que asignarles un salario en su afán de evitar la práctica del saqueo y el despojo, proclividad común entre los ejércitos revolucionarios, así fueran carrancistas, villistas o de cualquier otro bando.

Admiraba, por ello, a los hombres de Emiliano Zapata, de quienes se afirmaba que –casi– no cometían excesos debido al acuerdo tácito entre ellos y algunas poblaciones de Morelos (y, en parte, del Estado de México), de apoyar a las tropas con alimentos y otras provisiones domésticas cuando fuera necesario. Parte de la fortaleza del zapatismo se derivaba de este respaldo poblacional retributivo. Rubén Martí era consciente de ello y pudo ver con sagacidad política y militar que, para competir con estos poderosos adversarios, debía poner de su lado a las comunidades, evitando el desbocamiento de sus hombres. La decisión resultó acertada, pues le atrajo popularidad en el distrito de Lerma, que sería decisivo para resultar electo, más adelante, diputado del constituyente.

"La simpatía de mi abuelo se acrecentó entre la gente", cuenta Daniel Ituarte, "cuando salvó de la horca a un hombre acaudalado de Lerma (no recuerda el nombre), en una ocasión en que tuvo que dejar solos a sus hombres". Al regresar antes de lo previsto de su encargo, sorprendió a los soldados colocando la soga en un árbol, a punto de consumar la ejecución de aquel rico ranchero que mostraba ya la palidez del miedo. A pesar del terror, la víctima se había negado a otorgarles la cantidad de dinero que exigían los maleantes metidos a revolucionarios.

El Mayor Rubén Martí regañó a sus subordinados con la autoridad que le era constitutiva; ordenó la liberación inmediata del hacendado y fue este mismo quien se encargaría, finalmente, de difundir una imagen favorable del revolucionario entre sus paisanos. Martí estaba muy enojado, pues si había decidido pagarles un salario a sus oficiales, fue precisamente para evitar los ataques a

la población. “Si el dinero es el problema”, –este había sido su razonamiento– “pues les pagaré un salario, tal como mi General Álvaro Obregón hizo, un tiempo, con los suyos”.

Está documentado que Rubén Martí no buscó originalmente la diputación, a despecho de la simpatía de Carranza. Lo que aseguran sus nietos al respecto, se puede corroborar en el Diario de los Debates, en una de tantas réplicas para defender su cartera: “al aceptar el honor que se me dio espontáneo”, dice Rubén, refiriéndose a la candidatura, “–y pongo al licenciado (Guillermo) Ordorica como testigo–, juro por mi honor que, si me comprueban que digo una mentira en esto que vaya a decir, me voy inmediatamente: no hay un solo papel, no he hecho una sola propaganda; me encontraba lejos de aquel lugar; he sido sorprendido por el voto; el licenciado Ordorica, que ha estado en el Estado de México, lo sabe perfectamente; yo no he hecho propaganda ninguna, me han traído mis trabajos de propaganda libertarios (...) yo he venido por el voto de los que me postularon” (DD 1917: 359).

Ahora bien, respecto a su papel como militar, Rubén Martí siempre lo consideró modesto, pues nunca se vio a sí mismo como un soldado. Sin embargo, siempre defendió su aporte contra quien intentaba minimizarlo. Era consciente de que estaba en una Revolución, con guerreros espontáneos, indisciplinados y de baja escolaridad, salidos del pueblo; pero tampoco podía aspirar al lujo de tener a su servicio centuriones, cuerpos de élite, o dorados, como los poseían los grandes generales Villa y Obregón. Sabía muy bien que la posición y la labor de sus soldados sólo era de contención. Por tanto, su deber era jugar un papel casi simbólico con el envío de señales disuasorias y tácticas. Para ser precisos, la función era mandar el mensaje, a los adversarios, de que al menos esa zona del estado de México estaba resguardada, con la firmeza del caso, por una buena dotación de elementos castrenses, activos y vigilantes.

En esas condiciones, no quedaba otra que usar y hasta abusar de la psicología. A sabiendas de que los observaba el enemigo desde la rendija de algún cañón, o a través de los entresijos del monte, cada cierto tiempo se veían obligados a efectuar movimientos de tropa, simulando la preparación de la maniobra bélica del año (DIM 2012).

Queda pendiente revisar los documentos militares de la Secretaría de Guerra –a los que Martí hace referencia–, para describir los hechos en que se vio involucrado como luchador de la revolución al mando de su regimiento, cuya estructura no puede despreciarse, no sólo por la artillería, sino porque implica la integración de varios batallones, haciéndolo importante en número.

Le tocó, por lo demás, un ambiente cargado de nerviosismo, no sólo en esa región, sino en todo México. La ruptura de Carranza con la División del Norte y algunas facciones políticas, hacían entrever la pronta realización de batallas revolucionarias decisivas, como las que pronto se verificarían, en efecto, en varias localidades de Guanajuato, donde el propio gladiador estrella de la facción constitucionalista, –el multicitado General Obregón–, quedaría manco a causa de un bombazo disparado por las feroces huestes de la División del Norte, en 1915.

La alianza de facto entre Villa y Zapata, sumada al hostigamiento yanqui en Veracruz, preocupaba a Venustiano Carranza, de ahí que sus maniobras militares trataran de impedir, a toda costa, la confluencia entre los dos ejércitos rebeldes en el centro del país. Si fracasaban en tal tentativa, todo estaría perdido: los enemigos tendrían el libre acceso a la capital de la República, alzándose fácilmente con el poder central, lo que finalmente ocurrió durante la ida obligada de Carranza a Veracruz. Todo el año de 1915 fue de escaramuzas constantes, trenes dinamitados y

asaltos recurrentes por parte de unos zapatistas rijosos en extremo (TARACENA 1992). Esa situación global elevaba la importancia del estado de México y volvía inaplazables los amagos, las tretas, el ilusionismo mimético, las puyas premeditadas y toda suerte de engañosas artimañas, para lo cual Rubén Martí tenía especial talento.

Así, de manera intempestiva, las huestes de don Rubén alineaban carretones cubiertos de ramales, a manera de camuflaje. Encima colocaban troncos gruesos pintados de negro, simulando cañones, apuntando con insidia hacia territorio zapatista. Aunque estos burdos artefactos, que llamaban "juguetes", de cerca movían a risa por lo grotesco de su factura, de lejos hacían creer, sin embargo, que eran auténticos escape fuego *Chamond* o de esos temibles cañones que tenían fama de disparar balas de siete kilos.

En otras ocasiones, se formaban muchos soldados en algún punto visible, dispersándose, luego, en comandos organizados, deslizándose en actitud de misión secreta, con tácticas de serpiente en movimiento para desconcertar a un enemigo que, desde el otro lado de la frontera, observaba en actitud analítica y prudente. Y al caer la tarde, para dar la impresión de que la vigilancia durante la noche sería estricta, —tan infranqueable y omnisciente como un panóptico—, improvisaban troneras de vigilancia entre las rocas altas de las montañas; y colocaban agresivos esqueletos de fierros, que a la distancia parecían letales *Maxim*, de aquellas que, según cuentan, escupían medio millar de balas en sesenta segundos. Los soldados que tenían el triste papel de custodiar el inútil esqueleto tubular de una de las falsas ametralladoras, se contentaban con elevar la escandalera a la ene potencia, encendiendo las chinampinas o palomillas de pólvora en un estallido de feria que, sin embargo, aportaba un realismo inhibitorio a la maquillada demostración de fuerza.

En peligro de perder la diputación

1

El hombre desconocido que Rubén Martí salvó de la horca, fue el principal impulsor de su candidatura para diputado del Constituyente, luego que se dio a conocer la convocatoria para las elecciones en octubre de 1916, a instancias del famoso decreto de reforma del *Plan de Guadalupe* (DIM 2012).

Con este Plan, los importantes grupos de revolucionarios no hicieron sino repudiar el asesinato de Francisco y Madero, desconocer al gobierno del dictador Victoriano Huerta y declarar la formación del Ejército Constitucionalista, cuyo líder resultó ser Venustiano Carranza, según sintetiza Miguel de la Madrid en su *"Estudios de derecho constitucional"* (1977: 33). Esto ocurrió en el rancho de Guadalupe, en Ramos Arizpe Coahuila, el 26 de marzo de 1913.

Rubén Martí prácticamente no movió un dedo para encumbrarse en la importante e histórica curul, según lo corrobora él mismo durante el alegato de aceptación de su credencial de legislador, que fue ríspido, injusto y hasta cruel, por la manifestación de fobias personales en contra del cubano nacionalizado mexicano. Sin embargo, el candidato carrancista obtuvo 3,034 votos a su favor y 3,203 para el suplente David Espinosa. Pueden parecer pocos, pero en ese entonces no había en todo el país más de 15 millones de habitantes y, apenas, 721 mil en la capital mexicana, según el censo de 1910.

Por otra parte, se trata, quizá, de un extraño caso en la historia de los comicios electorales en el mundo, pues vemos a un candidato que participa a pesar suyo en una contienda de este tipo. Al menos para él, fue inesperado que algunos personajes influyentes y agradecidos del poblado de Lerma lo empujaran, promovieran, registraran, llevaran la vista a "palomear" con Carranza y consiguieran una victoria importante para él; un logro casi involuntario que evitará su caída en el olvido de la historia. De hecho, sin esa victoria electoral jamás hubiésemos sabido de la existencia de este genial personaje.

Rubén Martí reiteró, en efecto, a su descendencia, que nunca tuvo intención de participar en las elecciones del 20 de noviembre de 1916; ni hizo proselitismo personal para acceder al puesto de diputado. Sin embargo, por lo que se desprende de las discusiones registradas en el *Diario de los Debates* del Constituyente de 1917, nuestro ilustre personaje contaba con cierta fama pública previa, por su trabajo de conferencista a favor de diferentes causas sociales, que después maduraría en sus programas de fundación de los Clubes de Leones en todo México.

Posiblemente, su trabajo de propagandista del constitucionalismo, iniciado desde 1913 proyectó su fama, primero, en las mentes ilustradas de México y, después, en los electores de su distrito electoral, donde sería enviado pronto a efectuar operaciones militares, en 1915. Esta fama se reforzaría con la publicación de sus artículos de opinión en el periódico *El Universal*, del que Don Rubén Martí sería cofundador, junto con Félix Fulgencio Palavicini, su amigo y compañero de bancada en el Congreso. Como lo señaló el propio Palavicini durante los intensos combates verbales del Constituyente, el primer lema de este rotativo fue el de *"Diario político de la mañana"*, para sugerir precisamente que su función era esa, la de un periódico "político" y, más precisamente, un instrumento de comunicación creado para promover la causa constitucionalista y el repudio contra

el dictador y los restos del porfiriato todavía reacios a desaparecer. Es decir, era un diario que se declaraba abiertamente revolucionario.

Por supuesto, Palavicini y su grupo lo usaban también para defenderse en lo personal, puesto que tenían poderosos enemigos, empezando por el temible General Álvaro Obregón, que con este habría de bastar para experimentar, en años subsiguientes, algunos descabros y atentados. Palavicini sufrió en carne propia el odio del General manco, quien consideraba al agrimensor y periodista "un intrigante", un "revolucionario de última hora" que ha "causado tanto daño a la Revolución" (TARACENA 1992: 115). Al término de los trabajos del Constituyente, en 1917, mandaría a sus militares a apresarlos, manteniéndolos cautivos bajo acusaciones de "perturbador del orden público", hasta que un Venustiano Carranza debilitado pudo interceder por él. Lo dejó libre, pero lo aplastó en el nuevo Congreso, al impedirle, por medio de sus partidarios, el acceso a la nueva diputación que había ganado en un proceso electoral previo.

Esta aversión de Obregón contra Palavicini y compañía es revelada entre las acaloradas discusiones del Congreso, por parte nada menos que del yerno de Venustiano Carranza, el también General y diputado por Veracruz, Cándido Aguilar Vargas, -quien se refiere de manera muy explícita a "intrigas" palaciegas en el Castillo de Chapultepec, a la sazón casa de la Presidencia de la República.

"Estando con el señor (Jesús) Acuña (Secretario de Gobernación con Carranza) y con el señor (Álvaro) Obregón, persona que admiro, que estimo y que considero que es una gloria nacional, me dirigieron estas palabras: 'ese Palavicini está dando mucha guerra; pero ya va a ver, no irá al Congreso'. Esto me sirvió de base para decir que se estaba tratando de pequeñas pasiones; sigo creyendo lo mismo, señores; que el señor general Obregón, con razón o sin ella, es enemigo del señor Palavicini y que ha trabajado en su contra porque el señor Palavicini lo ha atacado" (DD 1917: 341).

Esa cita basta para explicar la turbulencia al interior del Congreso Constituyente, donde los intereses ideológicos se mezclaban de manera explosiva con fobias personales. Rubén Martí experimentó en carne viva esas fobias, con los ataques virulentos de algunos diputados, que cuestionaron su nacionalidad para impedir la obtención de la credencial de diputado. Como ya se sabe, en esa ocasión la convocatoria especificaba que sería el Congreso el responsable de calificar la elección.

Aquí sí, Rubén Martí defendió con pasión y fuerza su calidad de legislador, por varias razones. Primero, porque había sido electo mediante el voto efectivo de miles de ciudadanos, cuya voluntad no debía ser revertida por infamias; segundo, porque a esas alturas ya se sentía mexicano, tenía esposa e hijos y, por ende, no sentía ya mexicano. Y tercero, porque era necesario defender una posición política importante, la de una corriente particular, la encabezada por el presidente en funciones, su admirado y siempre estimado jefe Don Venustiano Carranza. Por tanto, defender su cartera no era cuestión personal o simple sed de reconocimiento y gloria.

Don Rubén confesó, en el ámbito discreto de su familia, haber sufrido un período de persecución política por parte del régimen obregonista, de la que se libraría hasta la muerte del General, la cual ocurrió en 1928 a manos de un fanático, en el famoso restaurante *La Bombilla*.

II

Uno de los personajes que lo atacaron de forma muy mordaz pero falsaria fue –paradoja de paradojas– el diputado por Tepic, Cristóbal Limón, quien lo acusó de jactancioso, proclive al “autobombo” e “incapacitado para sentar sus reales en este honorable Congreso Constituyente, porque muy bien lo determina el artículo 56 de la Constitución, que dice literalmente: ‘para ser diputado se requiere ser ciudadano mexicano por nacimiento, etc.’” (DD 1917: 351).

En realidad, según la inmediata corrección del diputado José Álvarez, el referido artículo no decía tal cosa y en ningún momento hacía alusión al nacimiento.

En efecto, para más precisión, la Constitución establecía que para ser diputado era necesario “*ser ciudadano mexicano en ejercicio de sus derechos* (subrayado nuestro); tener veinticinco años cumplidos el día de la apertura de las sesiones; ser vecino del Estado o Territorio que hace la elección; y no pertenecer al estado eclesiástico. La vecindad no se pierde por ausencia en desempeño de cargo público de elección popular”.

Parece ser que ahí donde existen intereses muy fuertes, el animal político metido a legislador suele dejar siempre en la ambigüedad leyes decisivas, para evitar interpretaciones que afecten directamente a sus grupos. En el caso del México de aquel tiempo en que se elaboró la Constitución de 1857, convenía a cierta aristocracia compuesta de españoles, ingleses alemanes y hasta criollos con intereses en Europa y Estados Unidos, dejar en la más confusa indeterminación la formulación de ciertos códigos, para evitar que sus intereses resultaran perjudicados. La necesidad de controlar la representación política y los puestos en el gobierno no podía ponerse en peligro, en caso de que alguno de sus hijos o parientes cercanos naciera, “por azares del destino”, en algún país lejano. En realidad era bastante frecuente que críos y nietos nacieran en algún lugar de primer mundo, en cuna de oro y pañales de seda.

Para fortuna de Rubén Martí, esta ambigüedad del artículo 56 le benefició, aunque, de cualquier manera, no se salvó de que Cristóbal Limón lo acusara de “filibustero”; de ser ese tipo de “extranjeros que toman las armas en nuestro país” que “el vulgo les llama soldados de la fortuna”. En otras palabras, se le acusó de mercenario.

En un momento dado, don Rubén descansó de los cuestionamientos cuando nuestro paisano, Esteban Baca Calderón, con su imponente presencia y autoridad apoyó al diputado con sus precisiones al famoso artículo 56, con palabras certeras. “Estoy perfectamente de acuerdo con la observación que hizo el coronel Álvarez, y para corroborarla he consultado ya la opinión de eminentes abogados que están en esta reunión, y me han manifestado que no hay impedimento legal para que (Rubén Martí) venga a esta representación legal, puesto que no es requisito indispensable ser mexicano de nacimiento y saldrán sobrando las demás explicaciones”.

Pero hubo muchos otros ataques. El diputado por Sonora, Juan de Dios Bojórquez, dijo abiertamente que el cubano le caía pesado y deploró que fuera un revolucionario de última hora, –o como se dice en nuestros tiempos, alguien que se “cuelga”, por conveniencia, de un grupo o de un líder para buscar beneficios personales. Una especie de marrullero ducho en la verborrea y las trampas de prestidigitador. “Vengo a hablar en contra del señor Martí porque le tengo aversión”, dijo Bojórquez, de manera directa y agresiva, con la tosquedad de un militar (DD 1917: 352).

En realidad, a todos los que conformaban el grupo de los “moderados” o “renovadores”, –que eran seguidores fieles de Venustiano Carranza–, los acusaban de revolucionarios de última hora y se les despreciaba por su escasa preparación y experiencia militar. Eran, por lo regular, gente con estudios e intelectualmente preparada. Pero sus detractores utilizaban estos rasgos para calificarlos, con toda la mala leche del mundo, de ser ex miembros o desertores de la secta de los “científicos” de Limantour, el ex ministro afrancesado de Hacienda durante el régimen Porfirio Díaz. En los grupos contrarios estaban los militares y el grupo de radicales supuestamente manipulados por Álvaro Obregón. El Congreso Constituyente era, en este sentido, un peligroso escenario de serpientes y escaleras, pero con posibilidad de más caídas que de ascensos. Pese a todo, la grandeza de estos hombres de diversa formación y extracción política consistió, precisamente, en haber comprendido el momento y la responsabilidad histórica, para salvar, al final de cuentas, el consenso, a pesar de odios, aversiones y turbias o aviesas emociones.

En ese contexto, no era de extrañar el ataque de Bojórquez. Era el reproche usual. Incluso, fue del mismo tipo al utilizado contra Palavicini. En la política es común utilizar etiquetas envenenadas en contra de los adversarios, convirtiendo en estereotipos de desprestigio ciertas categorías, motes y palabras para proyectar la imagen más mala posible de ellos ante la opinión pública. Al final de cuentas, se trata de una lucha encarnizada por la preferencia icónica ante la sociedad.

Bojórquez aseguró que Rubén Martí se había convertido en revolucionario apenas el 6 de marzo de 1915, ya cuando los enemigos de la revolución habían sido prácticamente derrotados. “El señor Martí es muy hábil; hizo la declaración de que, desde ese momento, fijarse bien, desde ese momento abandonaba todos sus intereses y se venía a la revolución” (DD 1917: 353).

La acusación fue inexacta. El propio Rubén corrigió y afirmó que eso había ocurrido, en realidad, en 1914, y observó que quien lo acompañaba en ese momento era nada menos que el general Álvaro Obregón, como para que quedara claro de que tenía un gran testigo de honor que podría corroborar la verdad.

No pudo haber mayor trance cuando alguien trajo a colación el nombre del poeta cubano José Martí. Un detractor, Rafael Vega Sánchez, diputado por Hidalgo, utilizó, sin embargo, frases de buena factura retórica, dando desahogo a su talento de poeta: “cuando se nace en Cuba y se apellida Martí, no se va a mendigar patria a otra parte” (DD 1917: 354).

Bojórquez también lo acusó de ser un intrigante y de haber sido vergonzosamente por eso del servicio sanitario. Añadió que le escuchó jactarse de ser sobrino del gran poeta José Martí en una supuesta conferencia dictada por el pobre y acosado Rubén.

“Dice que tiene méritos contraídos en campaña”, arengó Bojórquez. “Sé que tiene algunas heridas; pero yo digo: a un hombre como Martí, que todavía el 6 de marzo de 1915 se hacía pasar como cubano, ¿vamos a admitirlo en este Congreso? El señor Martí reniega de su patria, pues él nos dice que no considera a Cuba como a su país, es decir, que reniega de su patria, de su primera patria hasta viene a decirnos que él no tiene ningún amigo cubano, cuando no hay nada más satisfactorio para uno que tener amigos en su tierra” (DD 1917: 353). Rubén Martí negó todos los cargos e hiló un discurso que, por su emotividad, se transcribe cuanto lo permite el espacio:

“Tengo más de 18 años de estar en México; estoy casado con mexicana, tengo mis hijos mexicanos y mis pequeños intereses mexicanos, pues aún eso no me parecería suficiente. Cuando un hombre ha vivido en el país donde ve la luz por primera vez y que deja ese país a la edad de ocho años y funda un hogar en esta patria y que tiene muchos años de vivir en ella, ¿puede considerársele como extranjero pernicioso, extranjero de conveniencia o filibustero, como ha declarado el señor que me acaba de preceder en el uso de la palabra?”

“Yo salí, señores, muy pequeño de la isla de Cuba, y a la edad de ocho años no hace patria ningún individuo. A Cuba casi no la conozco, conozco más a México. He demostrado con hechos elocuentes que quiero a este pedazo de tierra, que lo considero y lo amo como a mi patria. En Cuba no puedo tener afectos; allá no tengo amigos, no tengo amistades porque no me conocen, porque salí sumamente niño. ¡Con qué dolor, con qué sentimiento tan profundo me iría yo de aquí, si ustedes me rechazaran y que el día de mañana supieran mis hijos que ustedes me habían arrojado de esta Asamblea porque no soy mexicano, no teniendo otra patria más que México! Porque, señores, entonces, ¿cuál sería mi patria? Respecto a los sacrificios, puedo demostrar que sí he hecho algunos. El señor general Rodríguez y el señor Alberto González, que están aquí, podrían demostrarlo; además, en la Secretaría de Guerra hay documentos que comprueban lo que yo he hecho por la causa. Yo me afilié en el Ejército constitucionalista por ideales, no por enriquecerme.

“En el registro de la propiedad se puede comprobar que cuando me lancé a la revolución, tenía tres casas; hoy no tengo ninguna; si hay alguno que me señale un bien raíz, le hago cesión de él. Yo tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber como ciudadano mexicano.

“Yo podría demostrarlo con muchos hechos, pero me es penoso relatarlos. Yo no puedo sentir mi cerebro ardiendo para venir a relatar cosas que yo no he hecho, eso no puede inspirar a nadie; lo único que digo es que tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber. No habré hecho mucho, porque no tenía los suficientes elementos para haberlo hecho. Aquí hay hombres que pueden demostrar perfectamente si he hecho por la causa. Un individuo que viene joven de su país, que pasa la mayor parte de su vida en este suelo, que funda sus afectos en él, que forma un hogar y que tiene su esposa y sus hijos mexicanos, ¿no hace patria? Y si esto no es así, ¿entonces cuál será mi patria, si yo salí del país en donde nací a la edad de ocho años? (DD 1917: 352).

La polémica se prolongó tanto, que cayó el atardecer y los diputados seguían en sus ataques contra Rubén Martí. Entonces hizo una intervención decisiva el médico de cabecera de Venustiano Carranza, alguien que llevaba una buena amistad con el cubano, para aportar datos fehacientes a su favor. Se trataba del doctor y diputado José María Rodríguez.

Habló de la raquítica industria de México, subrayando precisamente que una de las grandes labores económicas de Rubén fue el haber levantado fábricas y laboratorios para producir medicamentos y otros productos industriales, que de no ser por él nos veríamos obligados a importar del extranjero. Son productos mexicanos elaborados por obreros mexicanos para fortalecer la industria mexicana.

“En la casa del señor Martí se hacen toda clase de productos químicos; pero en esos días la fábrica estaba en decadencia, ¿sabéis por qué? Porque sus máquinas las estaba utilizando en la reparación de mássers (sic); eso me consta. Ahora cada uno de vosotros es libre para dar su voto. Los que tengan arranques de sentimiento, los que no crean que necesitamos extranjeros para que

vengan a la Representación Nacional, no le den su voto, y que le den un gran aplauso, porque ese hombre tiene igualmente al enemigo que tenemos allende el Bravo" (DD 1917: 358).

Al final, a eso de las seis de la tarde, se hizo la votación y Rubén Martí resultó favorecido de forma contundente en la aceptación de su credencial, con 101 votos contra 57 (DD 1917: 363).

III

Cuando llegó el momento de discutir los artículos referentes a las libertades, en el Congreso de Querétaro, Rubén Martí intervino con vivacidad y buen sentido del humor, introduciendo una curiosa fábula como antídoto para el monolitismo y el autoritarismo. El asunto total era evitar ambigüedades y pretextos en la ley, como los que la autoridad usa con frecuencia para perjudicar, detener a los ciudadanos, allanar sus hogares o disolver las reuniones políticas, obreras y de cualquier tipo. Los artículos en cuestión eran el 9º, el 14º y el 16º.

La primera versión, expuesta –e inclusive defendida, en cierto modo–, por Francisco J. Mújica daba, en efecto, margen y criterio absoluto al gobierno para intervenir, sobre todo en lo referente al derecho de reunión. Tenía, evidentemente, un fondo intolerante y completamente anti ciudadano, susceptible de permitir aquellos excesos, como los cometidos por el porfirismo, cuando la policía poseía siempre argumentos legales para aprehender, allanar casas y disolver a golpes el derecho de reunión. En suma, era como seguir bailando al mismo son del gobierno, lo que volvía inútil a la Revolución, con todo y su sangre derramada.

"Yo observo que a algunos diputados les pasa como a aquel famoso concurso de bandas de Cantalapiedra", dijo Rubén, "que para que la banda de su pueblo no fuera a quedar mal, exigió que en el concurso no tocara más que la banda de Cantalapiedra".

Algunos se sintieron aludidos, pero de todos modos rieron a carcajada abierta con la ocurrencia de Martí, quien remató, enseguida, con solemne pero graciosa advertencia: "Señores, dejen que toquen la banda de Cantalapiedra, pero dejen también que toquen las otras bandas, para ver quién toca mejor" (DD 1917: 888).

Heriberto Jara, quien se convertiría, corriendo el tiempo, en su gran amigo, aplaudió la intervención de Rubén porque a él le interesaba proteger los intereses de la clase obrera, en especial el derecho de huelga.

En realidad, dentro de lo jocoso de la reunión, se discutían cosas delicadas, de las que eran conscientes buena parte de los diputados. La evidencia de armas o de bebidas embriagantes, el menor escándalo, las injurias o la "falta de respeto al gobierno", eran ya motivos para disolver las reuniones, aun con el uso "legítimo" de la violencia. Por fortuna, –esto es histórico–, lo escandaloso de esta cuestión fue aplastada por medio del sarcasmo.

"Que me diga el señor Mújica en qué forma quiere subsanar ese gravísimo error de que una reunión política sea disuelta con un atropello, porque yo no conozco antídoto contra los atropellos más que el atropello", dijo, ya en serio, Rubén Martí. "El punto principal ha sido el que todos conocemos, los medios de que se han valido las dictaduras para disolver una reunión. Los medios han sido dos: meter unos cuantos individuos armados, o formar un escándalo" (DD 1917: 881).

Hilaba, inspirado, su discurso, cuando lo interrumpe, de pronto, el diputado De la Barrera, para romper otra vez la seriedad del momento. “En una reunión de doscientos o trescientos individuos donde hay dos ebrios, no va a ser una reunión de ebrios”.

–En una reunión donde hubiera doscientas personas y hubiera dos individuos ebrios sería una reunión de ebrios en la cual unos no estaban ebrios y otros sí–, corrigió sarcásticamente Martí (DD 1917: 883).

Heriberto Jara aprovechó la oportunidad, en su momento, para recalcar, en el tono juicioso que le caracterizaba, que “no por el hecho de que vayan tres o cuatro individuos armados, como dice el señor Martí, vamos a sospechar que esa reunión es armada. La designación para cualquiera agrupación tiene que ser por la mayoría y no por la minoría” (DD 1917:889).

Las discusiones eran, como se ve, intensas, apasionadas y muy ágiles, aunque en temas muy sentidos podían pasarse horas y hasta días, discutiendo. Las ocurrencias repentinas, los chistes y los gracejos verbales eran como la oportunidad para disminuir la presión de aquella especie de “vaporera” política que tenía la misión de delinear las leyes supremas de un país poco acostumbrado a ellas, porque hasta el momento ninguna se había cortado a la medida de la diversidad de intereses sociales. En ese sentido, la de 1917 estaba destinada a ser, por su contenido social, una de las constituciones más democráticas.

Otra muestra de su agilidad mental, Rubén Martí la dio durante la defensa de su credencial de diputado, –su experiencia más fuerte en el Congreso por los virulentos ataques personales de que fue objeto.

Se percibe ahí a un Rubén sereno, alerta, ecuánime, escuchando con atención y hasta con caballerosidad, los cuestionamientos, aunque bajaran, tronantes, a sus oídos, como rayos destructivos de Júpiter hechos a un lado sin soberbia.

–Cuando yo era pequeño– intervino el diputado Luis G. Monzón, intentando poner, a Martí, una trampa retórica, –recuerdo que decía: si yo fuera presidente de la República Mexicana, armaba una expedición, cruzaba con ella las procelosas aguas del Golfo de México, llegaba a Cuba, conquistaba aquella tierra extraña y la anexaba a mi patria–, cuenta y, dirigiéndose a Martí, pregunta: “¿Qué le parece?”

–Yo lo acompaño–, respondió con rapidez, dejando mudo a Monzón.

Los cubanos tienen, en general, una profunda amistad con el lenguaje y parecen cantar con él. Rubén no era la excepción. Su pasión oratoria no le falló nunca. Sin embargo, en los últimos eventos públicos ya no tomaba la palabra en tribuna y debía ser auxiliado para caminar, por la ceguera. Pese a ello seguía transmitiendo el vigor de juventud en ese semblante avispado que reflejó, siempre, una mente alerta, de intensa actividad. Su cuerpo y sus reflejos eran, desde luego, seniles, pero no así las funciones superiores de su cerebro, al menos las más importantes.

“Su voz potente se tornó más apagada y pausada; sus ojos no veían y, las piernas, se le inflamaban por la falta de circulación”, relata José Ángel Heredia Quevedo (JAHQ 2014), unos de sus muchos “secretarios” que, de niños, lo asistieron. Pero Rubén siempre parecía darse cuenta de la situación, como quien, en un acto perpetuo de funambulismo, mantiene el equilibrio sobre la delgada cuerda de la vida.

En efecto, si caminaba con apoyo de alguien, no era porque hubiese perdido el sentido de orientación, sino porque la pierna inflamada era un obstáculo mayor. "Parece que traigo metida la pata en un bloque de concreto", decía.

Rubén Martí Atalay procuró estar siempre en las celebraciones del 5 de febrero, día de la Constitución de 1917, a las que asistía con su boina vasca, su bastón colgado en el brazo, el porte elegante a pesar de las molestias de la senectud y sus lentes gruesos.

Aquel 16 de marzo de 1970, el ruido de la tos asfixiante despertó a su hijo mayor, que también se llamaba Rubén. Y a la pregunta mecánica, apremiante, de "¿qué te pasa, papá?", el prócer respondió con ese tranquilo y clarividente sentido del humor que lo había caracterizado siempre: "¿Qué me puede pasar, hijo...?", expresó, añadiendo sin solemnidad, con un tono coloquial que intentaba prohibir cualquier muestra de alarma y dolor luctuoso: "Me pasan noventa y tres años... ¡Ya es hora de irme!".

En última instancia, quizá, ni siquiera murió por insuficiencia pulmonar, sino por el hartazgo de estar sometido a la cama, entre las sábanas de impaciencia que socavaban su naturaleza dinámica, siempre inquieta y alerta. La piel de su espalda se le había llagado y, acaso, sólo veía ya sombras a causa de las cataratas que lo agobiaban desde hacía tiempo.

El doctor llegó, presuroso, sólo para constatar que la muerte se le había adelantado por minutos. Ahí murió Rubén Martí, en su domicilio de Tepic, "Coyoacán 74 oriente, de la colonia San Magisterial", específica su nieto Daniel Ituarte. La música de Cantalapedra, de la ruidosa Revolución, de las gestas independentistas de Cuba que dispersaron su familia ilustre y noble, y muchos de los enigmas de su vida entera quizá le acompañan en otros mundos, o en los subterráneos de la historia, latentes ahí, pendientes de rescatar a base de investigaciones rigurosas.

ANEXOS



Daniel Ituarte Martín, nieto del diputado Constituyente, gran relator de la vida de su abuelo, toma café cultivado y elaborado por él mismo.

probado aumento de...
 Santos. El Lic. Villalobos San-
 doval ordenó al Fiscal Tirado
 una investigación en el caso
 denunciado, y que comunicara
 los hechos en mención.

Ciclista Anoché Camioneta

de Tránsito que intervinieron
 en los hechos, detuvieron al
 conductor dejándolo a dispo-
 sición de las autoridades en
 los separos policíacos. El joven
 chofer de 18 años, y con licen-
 cia para manejar, transitaba
 en su unidad por la calle Pue-
 blo de sur a norte; el lesiona-
 do todavía esta mañana seguía
 en estado de observación por
 los médicos del Hospital.

... .

los japoneses saben cómo
 atraer a los probables turistas.
 tendrán mayores dificulta-
 des, que de antemano sabe-
 mos a disposición del visitante

Retirados Urbanos

de todos nuestros A-
 rbitros que no hayan
 sido de avalúo de su
 nuevo revalúo urbano,
 han sido problemas de

premios de \$1,000, \$700 y ...
 \$500 en efectivo, así como di-
 plomas.

HABLA MARTÍ

No podía faltar en esta oca-
 sión la venerable figura del
 Dip. Constituyente don Rubén



Martí Atalay, quien con per-
 miso del presidium y como
 miembro de la CNOP, tuvo una
 breve pero elocuente inter-
 vención en la tribuna de las
 juventudes cenopistas para fe-
 licitar a los concursantes y los
 jóvenes que militan en las fi-
 las de la CNOP, pero también
 les brindó sus respetos "por-
 que son los jóvenes la esperan-
 za de mi Patria, porque son
 ustedes quienes mañana libra-
 rán la batalla en este mundo
 lleno de inquietudes, pero no
 olviden también los jóvenes o-
 radores, que primero está nues-
 tro México querido".

El anciano orador fue obje-
 to de una entusiasta ovación
 al retirarse de la tribuna.

El Lic. García de los Ánge-
 les hizo entrega de los premios
 a los triunfadores, terminan-
 do el acto a los acordes del
 Himno Nacional.

L. de Parkinson. Análisis Clí-
 cos. Av. México

DEL DÍA 21 AL ULTI-

Laboratorios de Análisis Clí-
 nicos. Dr. M. Zapata 33 Pue. Tel.
 Tel. 3-11.

Cirugía Plás-

Dr. Armando Hern-
 andez
 Dr. Miguel Job Ba-

ESPECIALIZADOS EN
 VICTORIA, DE LON-
 JUSTO SIERRA
 TELEF-
 GUADALAJ

Omnibus

S. A. D

TELEFONO

AVENIDA MEXI-
 (Esquina con

PRIMERA CLASE

HORARIOS:

5 horas a	Guadala
6 horas a	México,
8 horas a	Guadala
9.30 horas a	Aguasca
12.30 horas a	Torreón
14.30 horas a	Guadala
16.30 horas a	Ciudad
19.15 horas a	México,
	recorrido

Periódico El Nayar, edición del día 2 de mayo de 1967. Da cuenta de un concurso de oratoria de jóvenes de la CNOP, presidido por Rubén Martí Atalay.

Distintos Actos de la Visita Ayer de los Constituyentes de 1917 y de la Celebración del Cincuentenario

Doce Constituyentes del Congreso de la Revolución Mexicana de 1917 en Querétaro, asistieron ayer a la conmemoración del Cincuentenario del Estado de Nayarit, y fueron objeto de una serie de homenajes a su elevada personalidad histórica.

Ellos fueron los señores General Heriberto Jara, Ing. Juan de Dios Bojórquez, Antonio Hidalgo, Adolfo Villaseñor, Fidel Guillén, Julián Adame, Cándido Avilés, Gregorio Tello, Pedro Chapa, Celestino Pérez, Francisco Ramírez Villarreal y Rubén Martí Atalay, quienes fueron huéspedes especiales del Gobierno y pueblo de Nayarit.

Su primera aparición en público fue por la mañana en el Lienzo Charro para presenciar la competencia de jaripeo de la Asociación Nacional de Charros. Los Sres. Constituyentes se presentaron acompañados de los Sres. Gobernador Gascón Mercado, Gral. Felipe Astorga Orchoa, Lic. Rodolfo García de los Angeles, Srío. Gral. de Gobierno y otros funcionarios. Por el sistema de sonido fueron presentados al público que abarrotaba las gradas del estadio nacionalista y éste les prodigó entusias-

ta ovación, cantándose luego el Himno Nacional.

SALUDO EN EL LEGISLATIVO

Los venerables legisladores y la comitiva local a las 14 hs. hicieron acto de presencia en el edificio del Congreso del Estado, produciéndose una sencilla ceremonia de su Comisión Permanente.

A la entrada del recinto los esperaban los Sres. diputados locales produciéndose un saludo y acto continuo el Sr. Gobernador, varios de los Constituyentes y el Alcalde Haro Carrillo, depositaron sendas ofrendas florales al pie del busto del Presidente Carranza. Alumnos de escuelas primarias hicieron entrega de ramos de flores a las damas que acompañaban a los constituyentes.

El Presidente de la Permanente, Dip. Gabriel Castañeda Landázury, ya en el salón de sesiones dió, a los ilustres visitantes, la bienvenida oficial, leyendo un breve mensaje que se publica en otra parte de esta edición.

El senador y constituyente Ing. Juan de Dios Bojórquez, contestó el saludo de los con-

(Pasa a la Página 6)

Acto Conmemorativo del Cincuentenario de la Constitución de 1917, celebrado en el Lienzo Charro de Tepic, al que asistieron 12 de los diputados constituyentes, entre ellos, Heriberto Jara y Rubén Martí Atalay.

Está aquí Ruben Martí

El jueves de la semana anterior arribó a esta ciudad, procedente de Sinaloa, el señor Rubén Martí, activísimo hombre de negocios y uno de los más destacados organizadores con que cuenta el Club de Leones Internacional, ya que su obra de organización de Clu

bes en todo el país ha sido fecundísima y ha merecido los elogios de las autoridades leonísticas de Chicago.

El señor Martí, tan luego arribó a Tepic, hizo acto de presencia en la sesión cena reglamentaria que en esos momentos celebraba el Club de Leones local, prodigándole sus sabias experiencias y sus conocimientos en la organización del gran festival que se prepara para hacer entrega el 14 del actual, de un galardón que la Convención Nacional de Leones, celebrada recientemente en Monterrey, otorgó al Gobernador de Nayarit, señor Gilberto Flores Muñoz.

STEELCO



Rubén Martí todavía no radicaba en Tepic, pero era tratado con gran dignidad, como se evidencia en esa nota del 7 de septiembre de 1948.

Mayoría o Reelección el Liderato crático

LECO PROPUESTO,
 TO DERROTADO.ES
 OCAMPO, GARAN-
 E MEJORAMIENTO
 VIDORES DEL ES-

amación, los asisten
 Convención Estatal
 EM, celebrada el sá
 esta ciudad, reeligie-
 Srta. Gral. de dicha
 on al Ing. Ramón
 campo.

bajos tuvo un lugar
 cio social del SUT
 andose con un In-
 el Ing. Estrada O.
 Asamblea sobre
 ades desarrolladas
 SEM en los últimos
 logrando innumera
 estas sociales, asis
 seguro de vida, edi-
 p, lotes urbanos y,
 la dignificación del
 estatal que antes
 o a tratos injustos
 onaciones.

urgente estatal de
 Ing. Ramón López
 quien tomó la pro-
 g. Estrada Ocam-
 laboradores en el
 ctivo y que son
 es:
 Int. Della López
 Ext. Ing. Al



PANADERIA EN LA PENITENCIARIA

El Gobernador Julián Gascón el Penal del Estado. Esto ocu
 Mercado y el Constituyente rrió el día 20. Esta industria
 de Querétaro don Rubén Mar será manejada por los reclus
 ti Atalay, en el momento de sos. (Fot OPGEN).
 inaugurar una Panadería en

El
 su
 M
 C
 El

ME
 Comiti
 PRI e
 las 23
 mando
 tundo,
 Gober
 bradas

De
 que el
 cibido
 su can
 Carlos
 virtual
 oposito
 nuel C
 no se c
 madas
 del sufr

EL PA
 EVIDE

Por s

Pocos meses antes de su muerte, Rubén Martí inagura junto con el gobernador Julián Gascón Mercado, un nuevo oficio para los internos del CERESO "Venustiano Carranza". La panadería. Fallecería en marzo del siguiente año 1970. Es la edición del 24 de Octubre de 1969 del periódico Nayar.

...traído aquí el lunes
por una comisión de vecinos
de la Ciudad Paramount, her
mana de Tepic y San Blas, lu
gar éste que recibirá el duma
tivo. . . UNA llave de acero
con incrustaciones de concha
nácar fue el presente que el
Gobierno del Estado envió a
(Pasa a la Página 6)

propósitos de abandonarlo pa
ra ir a refugiarse al Escutia;
siendo ahora lo más probable
que el Ayuntamiento, para re
sarcirse de los dineros perdi
dos, aumente las cuotas del
Escutia, Mercado por el que el
Alcalde Haro Carrillo ha ve
nido manifestando preferen
cias.

capita
como
En
Aleja
Gene
es un
acti

Un
de
E

Co
Je
de
C

Las Alumnas del

Centro de Acción Social "Rubén Martí"

Felicítamos Cariñosamente a la Señora Doña

Julieta Muro de Gascón Mercado

con motivo de su onomástico, a cuya iniciativa, esfuerzo y
dedicación, debemos la oportunidad de capacitarnos en be
neficio de nuestro hogar y nuestros hijos.

LA COMISION DE ALUMNAS.

María Concepción R. de Vega.
Ampelia Romero V.

El Centro de Acción Social "Rubén Martí", una especie de escuela técnica para señoritas, creada por el gobernador Gascón Mercado (El Nayar, 29 jul 67).

mayor parte en
la. Dicha cifra
ento de casi 200
n los recursos
cidos por cas-
varit, en el pa-
6.
de León cali-
no uno de los
tividad y tra-
ado de Distri-
abogado tiene
ente para his-
ón, ya que vie-
a el Tribunal
rencia desde
años en for-
da.

o no en la pic

to entablado
ero positivos
ó inexplica-
olución para
ariamente lo
esta empre-
está en vías
su improce-
idades judi-
ado, preten-
a forma por
a confusión
mento ha si-
table a esta

Visita de la Sra. Gascón Mercado a la Expo de la CNOP



Invitada por el Dip. Constituyente Don Rubén Martí se ve aquí a la Sra. Julieta Muro de Gascón Mercado, durante una visita que el pasado martes hizo a la Exposición de Industrias del Centro de Rehabilitación Social "Venustiano Carranza" de esta ciudad, que desde hace semanas se instaló en los corredores de la CNOP. La Primera Dama tiene en sus manos un bien encuadernado y empastado libro, producto también de las artes industriales de dicho centro de reclusión realizadas por los reos. A su lado se ve Don Rubén, iniciador de este movimiento regenerador penitenciario. (Foto EL NAYAR).

Será Millon más I

Agua, I
Transp
los Ma

MEXICO
Jefe del
tral del
rona del
ayer en f
el Presup
que su de
en 1968, 1
bor de ha
derna, as
Metrópoli
El gas
to Feder
rá de 2.7
superior
presente
Los reng
tración p
dos con l
de agua
lumbre
tes.
El au
gasto, si
del Rosal

En esta nota del 16 de noviembre de 1967, del periódico El Nayar, aparece Rubén Martí acompañado de la señora Julieta Muro de Gascón Mercado, primera dama del estado, con boina vasca, bastón, sus infaltables lentes y, por supuesto, con su expresión de lucidez, pese a que ya contaba ahí con noventa años de edad cumplidos.

ENTREVISTA CONDENSADA PARA PUBLICACIÓN, HECHA AL DOCTOR JULIÁN GASCÓN MERCADO, EXGOBERNADOR DEL ESTADO LIBRE Y SOBERANO DE NAYARIT (1963-1969).

Sobre la invitación de Gascón Mercado a Rubén Martí a participar en su gobierno:

Aquí, bueno, intervino el General Heriberto Jara, a la sazón presidente de una asociación de diputados constituyentes cuando yo era candidato a gobernador en 1963. El General Jara era muy amigo de Rubén Martí; había una cercanía desde los tiempos de los debates de la Constitución de 1917, porque apreciaba en Rubén Martí su amplia cultura y su capacidad para intervenir en el desarrollo de los debates. Por su parte, al General Jara yo le tenía un gran respeto porque lo consideraba uno de los grandes ideólogos del movimiento obrero. Algunas peticiones de estos se plasmaron, gracias a él, en la Carta Magna, porque así como Baca Calderón intervino en la huelga de Cananea de 1906, Jara intervino en la huelga de Río Blanco, en Veracruz. Este movimiento de Río Blanco fue posterior (1907) al de la huelga de trabajadores de la fábrica de hilados de Bellavista, que ocurrió en 1905, encabezada por los hermanos Elías.

Yo le tenía un gran reconocimiento (a Jara) porque él fue Secretario de Marina con Manuel Ávila Camacho y presidente del partido, del PRI. En 1963 lo invité a participar con todos los diputados Constituyentes, unidos en la asociación que él dirigía, aquí en Tepic, donde les ofrecí una corrida de toros, en la plaza que yo había remodelado.

Cómo era Rubén Martí, según Gascón Mercado:

Rubén Martí era un hombre de baja estatura; probablemente fue muy robusto en su época de juventud; era blanco, con un rostro de nariz prominente. Según lo que investigué por mi cuenta, –sin confirmar–, era dueño de una representación norteamericana y después puso una farmacia en Toluca. Cuando se da la revolución en 1910, por motivos políticos o motivos económicos él cierra la farmacia y la representación; y se va a la revolución encabezada por don Venustiano Carranza, a quien conoce.

Andaba con bastón, andaba siempre vestido de saco, con trajes oscuros; nunca lo vi con una guayabera sino con saco y con un bastón; tampoco lo vi con sombrero. Era un hombre blanco, bien presentado; nunca lo vi desaseado de su rostro, siempre de saco, de zapato, de camisa y corbata, pero nunca con sombrero.

Yo invité a Don Rubén a que se viniera a mi gobierno, en 1963. En aquella época era ya un anciano; así bajito, un poco inclinado hacia el frente y con dificultades para deambular. El Palacio de Gobierno era la penitenciaría del Estado, donde había 800 presos en la planta baja y arriba estaban las oficinas del gobernador. Los baños eran insuficientes, todo el día era una de gritos y de mentadas de mamá, y algunos se desplazaban por las paredes queriéndose subir, gritando. Yo tenía ahí al Ejército cuidando por la calle Mina la puerta de entrada a la cárcel, por donde entraban y salían familiares de los reos... y bueno, era un movimiento así.

Por fin estrenamos la cárcel, la de bulevar Xalisco, y luego se me presentó don Rubén y fijese lo que me pidió. Quería ser director de la penitenciaría, de la nueva. Pero a mí me pareció inconveniente poner una persona, que tenía más de 80 años en aquella época, con pocas

capacidades físicas para desplazarse; entonces, le dije, permítame; lo vamos a poner en un lugar donde desempeñe una función social, pero que no tenga responsabilidades tan serias, como estar al pendiente de 800 presos, algunos de los cuales cometieron crímenes muy, pero muy graves. Total, traje un capitán ahí, de mi confianza, (Gascón no recuerda el nombre), lo puse de director y don Rubén insistía.

Usted sabe, siempre hay fugas en todas las penitenciarías y gente peligrosa. En la nueva, había un preso joven que había matado muchas gentes en el norte; se fugó; se hizo un escándalo en el estado, sobre todo en la capital, y entonces me vi obligado a quitar al capitán y a poner un amigo de otro tipo, a un abogado de conducta no ortodoxa, de nombre Oscar Monroy.

El desempeño de Martí en el Penal de Tepic

No pude acceder a la cosa que me pedía Don Rubén Martí, de ser el jefe de la penitenciaría. Él conocía algo de zapatería, no sé porque, entonces me pidió que lo dejara traer moldes a Guadalajara para zapatos. Creamos varios talleres donde los presos ahí se desempeñaban. El pan se elaboraba para consumo de todos los presos; creamos un taller de sastrería para hacer los uniformes de la policía judicial y los de tránsito también. Había hasta un taller de laminación para las camionetas de la policía que chocaban; ahí las arreglaban. Creamos un taller de carpintería para hacer bancas de las escuelas.

Luego de que don Rubén consiguió todos los moldes, se comenzaron a fabricar los zapatos para los policías de tránsito y de la judicial, y luego me pidió otra cosa: ¡Quería dormir en la penitenciaría! También me opuse. Entonces yo le puse un coche y un chofer para que lo llevara de su casa, –que era por allá por el río Mololoa–, a la penitenciaría. A donde él quisiera, pero me opuse a que durmiera ahí.

Él quería hacer una labor de carácter asistencial y moral frente a los presos. Pensaba que con pláticas, su ejemplo y su experiencia, podía modificar la conducta de los presos; creo que por ahí iba la intención de Rubén Martí.

Todo el tiempo, en el gobierno que encabecé, atendíamos todas las solicitudes de Rubén Martí, hasta donde las condiciones, digamos, lo permitían. Tratamos de cuidar su imagen y no negarle la razón, pero había cosas de las que no podíamos responsabilizar, puesto que se tratan de una persona que tenía cerca de noventa años.

Cuando se fugó el preso, los periódicos de aquella época decían: “no entendemos al gobernador Gascón Mercado; pone al frente de la penitenciaría a una persona que en lugar de estar dirigiendo a la penitenciaría y a los presos, debería estar dentro de la penitenciaría”. Sin embargo (Oscar Monroy), fue un director exitoso; con él teníamos la escuela para alfabetizar a todos; a mí me llegó a invitar Oscar Monroy al interior de la penitenciaría y ahí les entregaron certificados de sexto año, de quinto año, etc. Es decir, no había preso analfabeta. Un poco ejerciendo presión, a todos se les enseñaba a escribir. Todos producían zapatos en cantidades bárbaras para todos, para policías de tránsito, etc., y hacían trajes para todos, nos sobraban trajes para la policía judicial y la policía de tránsito, policías municipales, etc.

El nombre “Venustiano Carranza” creo que fue sugerencia de Don Rubén (no recuerda bien); ignoro la verdad, porque antes era nada más Centro de Readaptación. Creo que fue

sugerencia de Don Rubén porque fue su jefe en la revolución y él tenía una admiración, obviamente, como todos los constituyentes, por don Venustiano.

El Centro de Acción Social “Rubén Martí”

Mi esposa Julieta Muro se entusiasmó mucho con la creación de un Centro de Acción Social para señoritas, en la que se impartió educación técnica. Pero mi suegra, que tenía en la ciudad de México talleres de alta costura, muy conocida por sus grandes contratos con Liverpool, Palacio de Hierro y otras tiendas de prestigio, cometió el error de regalar la maquinaria, o parte de ella, y traerla al nuevo Centro de Acción Social “Rubén Martí”, que operó en la colonia H. Casas. Bueno, yo pienso que fue un error, porque mi suegra se deshizo de un patrimonio que hubiera representado un refugio económico en su futuro; pero pesó la dependencia de la mamá respecto a la hija, que era hija única. Pero entonces ella se vino a Tepic e implantó un taller de ropa, vestidos para señora, camisas para hombre, pantalones para hombres. Naturalmente, al principio algún técnico impartió la enseñanza para operar el taller, pero después había una enseñanza mayor, y ahí se incrustó también don Rubén, digamos, pues tenía una autoridad moral aquel viejito que llamaba escucharlo, a hablar con él con cariño, con seriedad, etc. Mi secretario general de gobierno lo quería, lo adoraba; al centro se le puso el nombre de “Rubén Martí”, a instancias de mi esposa.

El secretario general de gobierno se llamaba Rodolfo García de los Ángeles. Él tenía una relación muy de admiración con Don Rubén, como yo la tenía, desde luego; nomás que, por razones de ocupaciones, yo tenía que salir de Tepic, y él quedarse en su oficina vigilando la marcha del estado. La relación con el Constituyente se daba a través del secretario general; aunque a veces Don Rubén me pedía alguna cosa personal que quería tratar y yo accedía.

Del intercambio epistolar del autor con el historiador cubano, Joel Mourlot Mercaderes, y con el costarricense, Emilio Obando, reproducimos unos correos electrónicos a propósito.

Email del historiador Joel Mourlot

De: Joel Mourlot <joelnicolas230247@yahoo.es>

Para: Salvador Mancillas <salvador_mancillas@yahoo.com>

Enviado: Sábado, 7 de julio, 2012 19:43:03

Asunto: Datos sobre Hildebrando Martí Medero

Mi estimado amigo Salvador:

Lo prometido es deuda, y aquí pretendo saldarla, con estos datos que te ofrezco, los cuales seguro que te servirán de algo cuando menos...

Hildebrando Ruperto de la Misericordia Martí Medero es un significativo prócer de la ciudad de Santiago de Cuba, por lo que forma parte de las decenas de personajes que he incluido en un libro –a punto de entrega para publicación- que he titulado Celebridades Santiagueras.

Nació, pues, en esta ciudad, el 28 de marzo de 1826, en el seno del modesto hogar formado por Manuel Martí Mas y Ana María Medero Mas.

“Hijo legítimo, de legítimo matrimonio” –como solía advertirse en los documentos oficiales de la época-, vivió su infancia, pubertad y juventud en su patria chica, donde cursó estudios (la primaria elemental y superior; así como también, la enseñanza secundaria) en el Seminario de San Basilio el Magno, de su natal Santiago.

Eligió dedicarse al magisterio, y aplicó para el título de preceptor de la Enseñanza Primaria, el cual le fue expedido en noviembre de 1847, con la firma del entonces capitán general de la Isla, Leopoldo O’ Donnell.

Justo ese mismo año, estableció su propio colegio privado (para hembras y varones), en la propia morada, en el cual estudiaron educando que fueron, con el tiempo, notables personalidades de la ciudad; tales como: los presbíteros Joaquín y Francisco Carbó Serrano, el teniente coronel del Ejército Libertador Santiago Medero, el mártir de la Revolución del 68 Diego Palacios Suárez y otros más; todos eminentes patriotas independentistas.

Brilló tempranamente en el magisterio de la jurisdicción, por lo que ya en 1849 formó parte de la comisión para el examen de aspirantes a la carrera preceptoril.

No hemos podido establecer cuándo, exactamente, salieron de Santiago de Cuba; no sólo él, sino sus hermanos Froilán Martí Medero (Santiago de Cuba, 1821-La Habana, ¿?), maestro de instrucción primaria desde 1855; Medardo Martí Medero (Santiago de Cuba, ¿?...), una hermana¹,

¹ El autor de este libro aclaró que esa hennana de Hildebrando se llamaba Virginia. Su nombre se encontró en un artículo de Lucía Provencio Garrigón. “Historia de diferencias: La Escuela y el magisterio público femenino en Santiago de Cuba, publicado en “Anales de Historia contemporánea. por la Universidad de Murcia (septiembre de 2003).

cuyo nombre todavía no hemos podido aclarar, y no hay que dudar que hasta sus progenitores y su tío homónimo (Hildebrando Martí Mas), preceptor como él...

Mariano Dumás Chanel, autor que ha hecho el mejor estudio del magisterio cubano en la etapa colonial, asegura que, entre 1857 y 1859, fue subdirector del afamado colegio de "El Salvador", que dirigía en La Habana el célebre filósofo y educador cubano José de la Luz y Caballero; aserto que otros confirman, como mi amigo, el investigador costarricense Dr. Armando Vargas Araya.

En 1868, rectoró el colegio para niñas "Santa Rosa", en la capital de la Isla, con 82 alumnas y 6 maestros, incluida Ana María E Atalay Ondina, de quien Dumás Chanel –basándose en documentos existentes en los expedientes de esos maestros- dice que tenía entonces 27 años de edad y era natural de La Habana.

Parece ser que, entre fines de 1868 y principios de 1869, cuando las hordas del cuerpo de voluntarios de la Habana –fanático y feral, como no hubo otro en todo el país- dieron rienda suelta a sus desmanes, los Martí salieron huyendo de Cuba, para establecerse en Centroamérica.

En lo adelante, por lo pronto, aparece Hildebrando registrado dirigiendo un colegio en Managua (Nicaragua), en 1874, conjuntamente con el célebre maestro matancero ("de color") Anselmo Valdés, el mismo que luego sería gran amigo de Antonio Maceo Grajales.

En 1875 –conforme un artículo del periódico La Hora, de Ciudad Guatemala, del 2 de mayo del 2010-, fue profesor de la Escuela Normal de dicha ciudad, fundada por el no menos eminente educador y patriota cubano (de Bayamo), José María Izaguirre.

A su vez, un artículo del salvadoreño Alberto Masferrer precisa que Hildebrando fue maestro del famoso librepensador Vicente Alberto Mónico Masferrer, en fecha que no puedo sino situar entre 1878 y 1879; o sea, después de que los cubanos fueron expulsados de Guatemala por José Rufino Barrios...

Se sabe que, en 1887, ya estaba establecido en Costa Rica, donde fue profesor de Castellano, Literatura e Inglés, en el Liceo de San José; luego, profesor, también, de la Escuela Normal para Maestros y del Instituto Universitario de la capital tica, de acuerdo con Vargas Araya.

Pienso hoy –por todo cuanto hemos referido anteriormente-, que la etapa matancera de Hildebrando fue en la década de 1860, y pudiera ser que Rubén no haya nacido en 1877, sino diez años antes, lo que no sería raro, pues muchos personajes de entonces –quizás algo más que ahora- solían quitarse diez años de edad, especialmente si tenían novias, esposas o amantes mucho más jóvenes que ellos...

Así pues, te invito a que pienses en esa probabilidad...

En cuando a que Rubén era sobrino de José Martí, te digo categóricamente que no; no lo era ni en segundo o tercer grados.

Hildebrando era hijo de Manuel Martí Mas, nieto de Pedro Martí Roméu; en tanto José Martí Pérez lo era de Mariano Martí Navarro, cuyo padre (abuelo del prócer cubano) fue Vicente Martí (no hemos sabido segundo apellido).

Estos datos, por tanto, indican claramente la imposibilidad de que Rubén fuese sobrino de José Martí; error que proviene no sólo de Rubén, sino del coronel Bustamante (el hondureño que aseguró

–falso de toda falsedad- ser hijo del general Antonio Maceo), quien –a propósito- aseguró que Hildebrando Martí terminó sus días en la ciudad salvadoreña de Cojutepeque, en fecha no precisada por él.

Creo firmemente, amigo Salvador, que Hildebrando Martí Medero y José Martí Pérez no fueron parientes, y si acaso lo fueron –digo, para no cerrar absolutamente toda posibilidad- serian muy, pero muy lejanos...

Espero estos datos te hayan servido de algo...

PD: No sería nada malo un viaje tuyo a nuestro país. Por lo pronto, yo tendría el grande placer de abrazarte y conocernos.

Queda de ti con los votos más sinceros de felicidad para ti, tus familiares y afectos, tu amigo...

Joel Nicolás Murlot Mercaderes

Email del Genealogista Emilio Obando

Emilio Obando <emiliobando@ice.co.cr>

Para

Salvador Mancillas

CC

ablancoo@hotmail.com fiso_38@yahoo.com

06/07/12 a las 11:15 P.M.

Don Salvador.

He hallado otros datos adicionales que le remito en archivo inserto.

Hildebrando Ruperto Martí y su esposa Ana María Basiliza Atalay, según reza en una de las partidas de bautizo, tuvieron el día 5 de marzo de 1872 el nacimiento de lo que pudieran ser trillizos. Dos de ellos aparecen en las partidas correspondientes y son Ricardo Eusebio y Oscar Eusebio, bautizados ambos en la Iglesia Nuestra Señora del Pilar, Alajuela el 20 de marzo de 1872. De Leopoldo, el tercero nacido, no hallé la partida de bautizo, porque el microfilme del libro parece estar incompleto.

Oscar Eusebio fue sepultado el 26 de marzo de 1872 en Alajuela. Murió de alferecía a la edad de 20 días, lo cual coincide con su nacimiento el 5 de ese mismo mes.

Sobre Leopoldo aparece la partida de defunción de fecha 10 de abril de 1872 y también menciona que murió de alferecía, aunque dice que murió a la edad de 20 días, debió ser 30 días.

La alferecía es definida como una enfermedad de la infancia, caracterizada por convulsiones y pérdida del conocimiento, identificada a veces con la epilepsia.

De lo anterior, parece que el único sobreviviente fue Ricardo Eusebio Martí Atalay.

Me indica mi prima Flory Sánchez Odio, nieta de Florinda Martí Atalay, que Hildebrando y Ana María regresaron a Cuba después del nacimiento de Florinda y también que ella fue enterada en su familia que Hildebrando quedó viudo. De ahí que fue por eso que a fines del siglo diecinueve o principios del veinte, entablara relación con María Luisa Del Moral Lubión, una cubana, y naciera su hijo José Saturnino Rafael Martí Del Moral. Asimismo que Hildebrando tuvo como única hija a Florinda. Los demás, que pudieran ser cuatro vivos, parecen ser los que vinieron en el barco con Hildebrando en

1886 a Costa Rica, sea 4 varones y una mujer. Los otros dos que usted refiere fueron Rubén y su hermano que quedaron en Matanzas, Cuba y tuvieron la odisea en New York.

Saludos,

Emilio Obando

EMILIO OVANDO CAIROL, INVESTIGADOR COSTARRICENSE, FACILITÓ COPIAS DE ACTAS BAPTISMALES Y DE MATRIMONIO DE ALGUNAS FAMILIARES DE LOS MARTÍ EN COSTA RICA. ALGUNAS DE ELLAS SON LAS SIGUIENTES:

754 Con la Parroquia del Carmen, de San José a
prince de Noviembre de mil ochocientos noventa
y nueve. - Yo el Pbro. Canónigo Sr. Carlos M^{re}
Pellón Cuba, párroco de la Parroquia del Carmen
de esta Ciudad, presencio la información de libertad
de estado y dispensadas las tres proclamas prevenidas
por el Sr. Concilio de Trento como también del
impedimento de consanguinidad en tercer con
cuarto grado por línea colateral desigual, y el de
afinidad sexto en cuarto grado por línea colateral
igual. Desposé in facie ecclesiae a Don Prudencio
Odio marido de la Señora Florinda Grandaloma
por de 31 años de edad comerciante natural de
Santiago de Cuba y vecino de esta Ciudad
de San José de Costa Rica. hijo legítimo de José M^{re}
Odio y Lucía Lirios naturales de Cuba. Con la
Señorita Florinda Martí Soltera de 23 años
de edad doméstica natural de Guatemala y feligresa de
esta Parroquia. hija legítima de don Hiliberto
Martí y doña Ana María Atalay. Todos católicos
Apostólicos romanos. - Testigos. Don Alberto Martí

Boda Prudencio Odio Giró-Florinda Martí Atalay, hermana de Rubén Martí Atalay. Libro matrimonios Parroquia El Carmen, SJ No. 18, folio 250, asiento 51.

No. 35. En la Parroquia del Carmen de San José, a diez y seis
 de Mayo de mil ochocientos noventa y cinco. Yo el Presbítero
 Alberto J. Galarraga, Cura Parroquial de esta Parroquia, por el presente
 doy fe de lo que sigue: que el Sr. Alberto Martí, de
 profesión de abogado de estado y natural de esta ciudad, casado
 y con domicilio en esta ciudad, por el Anti Concilio de Puerto Rico,
 no habiendo presentado ninguna impugnación, y con
 tanto que tampoco se opusiere a seguir el mismo trámite, se
 desposó y casó en forma eclesiástica, a saber: Alberto Martí, del
 tenor de sus papeles, años de edad, es natural, nacido a pro-
 piedad de Chicaguera, hijo legítimo de esta Parroquia, hijo legí-
 timo de Sr. Hildebrando Martí y Sr. Ana María
 Altalaya, con la Sr. María, de apellido, de sus hijos
 años de edad, soltera y legítima de esta Parroquia,
 hija legítima de Ramón, de apellido, y Gloria Casa-
 pús, naturales de esta Parroquia. Para testí-
 gos Prosopio Galarraga y Manuel de la Torre, mayores
 de edad, vecinos de esta Parroquia, quienes se juraron y juraron
 lo que arriba.

Alberto Galarraga

Boda Alberto Martí Atalay-María PomparCasapus Libro Matrimonios El Carmen, San José No. 17, folio 75, asiento 35.

No. de Folio 170
 En la Parroquia de San Juan el Viejo a 17 de Mayo de mil ochocientos noventa y uno
 Yo el Presbítero Andrés Vila, Curia y Vicario de la misma Parroquia, doy fe de lo que sigue:
 que el Sr. José María Rafael Saturnino Martí del Moral, hijo legítimo de Sr. Hildebrando Martí Medero
 y Sr. María Luisa del Moral Lubian (Lubians) que nació el día veintinueve de noviembre último
 es hijo legítimo de Sr. Hildebrando Martí Medero y Sr. María Luisa del Moral Lubian (Lubians)
 quienes sus padrinos, Emiliiano Odio y Casimira Méndez de la Cruz, quienes advierten su obliga-
 ción y parentesco espiritual.

Andrés Vila

En mayo de 1901, se presenta Hildebrando Martí Medero bautizando a un hijo procreado con otra mujer llamada María Luisa, al que nombraron José María Saturnino Martí del Moral. Es prueba fehaciente de que profesor Hildebrando estaba vivo cuando Rubén Martí se encontraba ya en México, según declaración propia. No hay datos acerca de su fallecimiento. Por su parte, su esposo aparece como viudo. Libro Bautizos Iglesia El Carmen, San José No. 44, folio 393, asiento 170.

Sobre la vida de Hildebrando Martí y Ana María Atalay, padres del constituyente Rubén Martí Atalay

Hildebrando Ruperto De la Misericordia Martí y Medero (1827-1919), originario de Santiago de Cuba [Dumas Chancel, 1868]ⁱ, fue un destacado profesor y pedagogo del siglo XIX, que figuró como directivo y fundador de diversas instituciones educativas de Cuba, Costa Rica, El Salvador, Nicaragua, Guatemala y Colombia.

Nació en 1827 y murió en 1919 a una edad muy avanzada, en Bogotá, Colombia [González, Luis Felipe, 1921]ⁱⁱ. Hay indicios de que se involucró en los movimientos de independencia de la isla, primero desde su cátedra y después, abiertamente, a partir del grito de Yara, en 1868ⁱⁱⁱ, movimiento de independencia liderado por el abogado Carlos Manuel de Céspedes, con el que comenzaría la famosa Guerra de los Diez Años.

A partir de ahí, el movimiento convulsionó la vida social y Don Hildebrando Martí se vio obligado a andar a salto de mata por diversos países centroamericanos, huyendo del peligro, pues las autoridades de la corona, asentadas en Cuba, lo llamaban a cuentas.

Se casó con Doña Ana María Basiliza Atalay y Ondona y tuvieron varios hijos. Doña Ana María era originaria de la Habana y también profesora asistente de su esposo en los diferentes proyectos escolares y académicos. Tenía una hermana, Dolores Atalay y Ondona que ayudaba en esas tareas. En el informe de Mariano Dumas aparece un cuñado, Froilán Martí y Medero, y otros parientes, trabajando igual en el profesorado, como en actividad familiar.

Destaca en los datos de Dumas Chancel un nexo entre el santiaguero profesor Hildebrando y la ciudad de Matanzas: "Hildebrando Martí trabajaba también en un "colegio de segunda enseñanza, de primera clase, incorporado al Instituto de Segunda Enseñanza de la ciudad en que se halla establecido, calle del Río números 36, 38 y 40 (Matanzas), dirigido por Antonio Guiteras y Font, el deslumbrante hombre culto cubano, extraordinario traductor de Virgilio.

En 1869, Guiteras dejó el famoso *Colegio La Empresa* –fundado para atender a hijos de familias de alto nivel en la escala social y económicamente pudientes– por las mismas razones por las que don Hildebrando había salido un año antes: por conspirador. Hay una especie de leyenda en Matanzas que sostiene que el título de esta ciudad como "Atenas de Cuba", se debe en gran medida a esta escuela de gran prestigio.

¿Se puede mantener la hipótesis, de que Hildebrando y Ana María regresaron, en algún momento, a Cuba, a principios de los ochenta del siglo pasado? La aseveración muy reiterada de Rubén en el Congreso Constituyente, de que "no tuvo amigos en Cuba", –pues era muy niño cuando salió de ahí–, es verosímil. Si salió de ocho años de Matanzas, debió ser en 1885.

Ahora bien, antes de salir de ahí, "pasaron dos años vagando como huérfanos". Y Como se verá más adelante, Hildebrando y Ana María regresan a Costa Rica en 1886, acompañados de cinco hijos. ¿Pero iban Rubén y Antuko con ellos? No se mencionan más nombres, por desgracia, en ese parte informativo de navegación.

Los hijos de Hildebrando y Ana María

De acuerdo al doctor Emilio Gerardo Ovando Cairol^{IV}, especialista en genealogía, Hildebrando y Ana María tuvieron **CINCO HIJOS**, más unos **TRILLIZOS**, dos de los cuales murieron a los pocos días de nacer. No se cuentan aquí los más pequeños que quedaron perdidos en Matanzas, Cuba, a finales de la década de los ochentas del siglo XIX, Rubén y Antuko Martí Atalay.

Entre la prole engendrada tuvieron una niña, llamada **Florinda Martí Atalay**, nacida en Costa Rica en 1876 y fallecida en 1914, en el mismo país. Sobre los trillizos, Ovando Cairol escribe en el citado correo electrónico:

“Hildebrando Ruperto Martí y su esposa Ana María Basiliza Atalay, según reza en una de las partidas de bautizo, tuvieron el día 5 de marzo de 1872 el nacimiento de lo que pudieran ser trillizos. Dos de ellos aparecen en las partidas correspondientes y son Ricardo Eusebio y Oscar Eusebio, bautizados ambos en la Iglesia Nuestra Señora del Pilar, Alajuela el 20 de marzo de 1872. De Leopoldo, el tercero nacido, no hallé la partida de bautizo, porque el microfilme del libro parece estar incompleto.

“Oscar Eusebio —prosigue el investigador— fue sepultado el 26 de marzo de 1872 en Alajuela. Murió de alferecía a la edad de 20 días, lo cual coincide con su nacimiento el 5 de ese mismo mes. Sobre Leopoldo aparece la partida de defunción de fecha 10 de abril de 1872 y también menciona que murió de alferecía, aunque dice que murió a la edad de 20 días, debió ser 30 días.”

“(…) De lo anterior, —añade— parece que el único sobreviviente fue Ricardo Eusebio Martí Atalay.

El nacimiento de los trillizos el 5 de marzo de 1872, consta en un acta de bautizo de la Iglesia Nuestra señora del Pilar. “Dos de ellos aparecen en las partidas correspondientes y son Ricardo Eusebio y Oscar Eusebio, bautizados ambos en la Iglesia Nuestra Señora del Pilar, Alajuela el 20 de marzo de 1872. De Leopoldo, el tercero nacido, no hallé la partida de bautizo, porque el microfilme del libro parece estar incompleto”, [Ovando Cairol, Emilio G, 2012.].

Según los documentos de este experto, hay datos de la existencia de otro hijo llamado **Alberto Martí Atalay**, según se demuestra en el acta de matrimonio de este, con fecha del 16 de mayo de 1881, de la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, en San José, Costa Rica.

Alberto Martí Atalay, que se casó con María Pompar Casapus, nació en Granada, Nicaragua, en 1870 (según el acta de matrimonio, si se fija uno bien, el apellido parece ser “Pombar”).

Más tarde, en esa misma iglesia, de casaría Florinda Martí Atalay, el 15 de noviembre de 1899, según el acta de matrimonio recabada por el citado investigador.

De acuerdo a un PARTE DE PASAJEROS DE UN BUQUE que arribó a Costa Rica en 1886 [Ovando Cairol, Emilio G, 2012.], Don Hildebrando Martí y Ana María Atalay llegaron acompañadas de cinco vástagos, procedentes de Cuba. ¿Florinda, Alberto y el trillizo sobreviviente, Ricardo Eusebio? Son tres. ¿También Rubén y Antuko? Entonces, ¿en qué momento se perdieron estos niños?

En la reseña biográfica que publica el Congreso de la Unión, se señala que Rubén Martí hizo “sus estudios primarios en Costa Rica”. Por la edad, suena factible que el futuro prócer formara parte de los pasajeros de ese buque. Si contaba con nueve años de edad en esa fecha, entonces Antuko constaba con ocho o siete años, aproximadamente. ¿Sin embargo, dónde quedaron Hildebrando II y Segismundo o Farabundo, del que hablan los descendientes de Rubén Martí? Como es evidente, hay muchas lagunas que deben ser aclaradas con información fehaciente.

Hay pruebas de que en 1868 ya estaban casados don Hildebrando y Ana María. [Dumas Chancel, 1868]. Luego entonces, de existir esos misteriosos vástagos, debieron nacer antes de 1870.

Por alguna razón no esclarecida, los Martí Atalay debieron de regresar a Matanzas, Cuba, entre 1985 ó 1986, pues son las probables fechas en que Rubén y Antuko se quedaron solos en la isla, sin contacto con sus padres por un período de dos años. Así lo confirma Florinda Sánchez Odio, nieta de Florinda Martí Atalay, testimonio dado a conocer a través de Ovando Cairol.

Otro aspecto sin esclarecer es la muerte de Doña María Atalay, que debió ocurrir en los noventa o al final de los ochenta del siglo pasado, pues don Hildebrando Martí Medero aparece como viudo, casado en segundas nupcias con la cubana María Luisa del Moral Lubión y bautizando a otro hijo con el nombre de José Saturnino Rafael Martí del Moral.

JOEL NICOLAS MOURLOT MERCADERES SEÑALA QUE NO HAY PRUEBAS DE QUE HUBIERA PARENTESCO ENTRE EL POETA JOSÉ MARTÍ E HILDEBRANDO. SOSTIENE QUE PROCEDEN DE DOS RAMAS DISTINTAS DE MARTÍ. El padre de Hildebrando era Manuel Martí Mas y su madre Ana Medero y Mas, cuyo padre era Don Pedro Medero, originario de Orotava, Tenerife, nacido en 1711 y muerto en Santiago de Cuba el 2 de agosto de 1785. En este lugar se casó con Petronila de la Torre, natural de Santiago, nacida el 28 de junio de 1718.

Petronila era hija, a su vez, de Don Domingo de la Torre, nacido en Bayamo, en 1616, y muerto 7 de abril de 1756. Su madre se llamaba Isabel del Castillo y Vilches, nacida en 1697 y muerta también el 7 de abril de 1756. Domingo e Isabel se habían casado en Santiago, el 19 de septiembre de 1712.^{vi}

Periplo de Hildebrando, Ana María y Familia por Centroamérica

1848. *Santiago, de Cuba.* Obtuvo el título de enseñanza primaria y Secundaria, [González, Luis Felipe].

1850-1855. Trabajó en Estados Unidos como profesor de español. [González, Luis Felipe].

1857-1859. Es vice-director del Colegio de San Salvador de la Habana, Cuba. El director era el célebre pedagogo José de la Luz y Caballero. [González, Luis Felipe].

1864. Es director del Colegio de Señoritas hasta la Insurrección, en *Santiago*. [González, Luis Felipe].

1868. *Santiago de Cuba.* Conspiró contra la corona española, [Obando, Emilo]. Esta afirmación concuerda con la que sostiene el historiador cubano Joel Nicolás Mourlot Mercaderes, al documentar el episodio denominado “la conspiración de los maestros”. Escribe que junto con él

huyeron también, en esta fecha, al menos tres hermanos, llamados Froilán, Medardo y Virginia Martí Medero.

1870. Granada, Nicaragua. Organizó y dirigió un colegio de segunda enseñanza. Estuvo en *Guatemala*, como primer director del Instituto Nacional de Guatemala. También en *San Salvador*, donde organizó y dirigió el Colegio Nacional de Primera y Segunda Enseñanza “durante ocho años”.

La Universidad Central “lo hizo académico honorario por su notoria competencia y por sus muchos e importantes servicios prestados en pro de la juventud salvadoreña”. [González, Luis Felipe]. Coincide, estos datos, con el nacimiento de **Alberto Martí Atalay** en **1870**, quizá el primogénito, precisamente en Granada, Nicaragua, según informa Ovando Girol, quien se basa en el acta de matrimonio del propio Alberto, donde se establece su casamiento con María Pompar Casapus, efectuado el 16 de mayo de **1891** en la Iglesia Nuestra Señora del Carmen, de San José, Costa Rica.

1872. Costa Rica. Director de la Escuela Central de Alajuela. [González, Luis Felipe]. Esta fecha coincide con el dato que en forma separada reporta el genealogista Emilio Gerardo Ovando Cairol. Él dice que según actas de bautismo de la Iglesia Nuestra Señora del Pilar, de la ciudad de Alajuela, Costa Rica, —fechadas quince días después del nacimiento—, el matrimonio Martí-Atalay tuvo trillizos el **5 de marzo de 1872**, de los cuales, al parecer, sólo sobrevivió el niño bautizado con el nombre de **Ricardo Eusebio Martí Atalay**. Los muertos figuran con los nombres de **Oscar Eusebio**, sepultado el 26 de marzo, y **Leopoldo Martí Atalay** muerto de alferecía el 10 de abril del mismo año.

1873. Hay noticia de que Hildebrando se encontraba en El Salvador, trabajando en un colegio junto con Anselmo Valdés.

1874. Se encontraba en Managua, Nicaragua, “dirigiendo un colegio (...) conjuntamente con el célebre maestro matancero (“de color”) Anselmo Valdés, el mismo que luego sería gran amigo de Antonio Maceo Grajales”. Información de Joel Mourlot.

1875. En agosto de este año “se hallaba en *Guatemala*”, [Obando, Emilio]. Lo confirma Joel Mourlot Mercaderes. Guatemala. “Obligado a emigrar (**José Joaquín Palma, poeta cubano**), la segunda parte de su vida transcurre fuera de Cuba, por diversos países, trasladándose (1883) primero a Jamaica y luego a Nueva York y Honduras, para finalmente establecerse en Guatemala (en calidad de asilado), junto con otro revolucionario cubano: **José Martí** y con el recordado pedagogo **Hildebrando Martí** (fundador del Instituto Nacional Central para Varones, hecho que tuvo lugar el 4 de agosto de 1875)” (...) “Estos patriotas cubanos arribaron a Guatemala en el año 1875”, [Cano Arriaga, Jesús Heriberto]. De hecho, don Hildebrando figuró como Director de ese instituto, que era de nivel bachillerato, gestión que inició el 4 de agosto de 1875. Dos años después arribaría José Martí como profesor de la Escuela Normal para Varones. Si don Hildebrando estaba ahí, seguro se cruzaron por el camino. El problema es que el año en que nació Rubén, en 1877, supuestamente estaba en Cuba, aunque no necesariamente, puesto que nada más se necesita la madre para parir.

1876. Nacimiento de **Florinda Martí Atalay**, en Costa Rica. Se presenta la misma cuestión. ¿Estaba Hildebrando en este país o seguía en Guatemala?

1877. Año de nacimiento de Rubén Martí, declarado por él.

1885. “En la carta de despedida (de Juan Fernández Ferraz) dirigida al rector de la Universidad de Santo Tomás, recomendaba la contratación del Dr. Don Hildebrando Martí, para que ocupase la inspección en jefe del Instituto Universitario”, [Reporta Ledesma, Manuel]. Juan Fernández Ferraz es otro hombre ilustre centroamericano.

1886. AÑO IMPORTANTE, porque Hildebrando arribó a Costa Rica, junto con su esposa Ana María Atalay y cinco hijos, según Obando, Emilio. Por estas fechas el profesor trabajó en el Liceo de Costa Rica.

1890. Costa Rica. Cooperó en la formación de enseñanza de primaria. [González, Luis Felipe].

1891. El 24 de febrero de este año se fue de Costa Rica. [González, Luis Felipe].

1901. Es el nuevo siglo XX. El **primero de mayo** aparece don Hildebrando bautizando a un hijo suyo, pero concebido, no con Ana María Atalay, sino con otra señora de nombre **María Luisa Del Moral Lubión**. El niño fue bautizado con el nombre de José María Saturnino Rafael Martí del Moral, aunque el nombre del profesor se muestra como “Phildebrando”. No hay duda, sin embargo, que se trata de él, observa Emilio Obando Cairol.

1919. “A una avanzada edad murió en Bogotá”. [González, Luis Felipe].

ⁱ **DUMAS CHANCEL, MARIANO.** *“Guía del profesorado cubano para 1868”, Anuario de Pedagogía y Estadística, la Habana 1868.* Ahí se menciona que D. Hildebrando Martí y Medero, era “natural de Santiago de Cuba, de 41 años y casado”. Poseía título “de maestro de instrucción primaria elemental”, expedido “el 20 de Noviembre de 1847” por el “Sr. Capitán General D. Leopoldo O'Donnell”. Se señala que fue también vocal de la Comisión especial de examen de aspirantes a títulos de maestros en Santiago de Cuba en 1848”, así como, vice-director del célebre colegio El Salvador en la Habana, dirigido por el brillante filósofo y pedagogo José de la Luz y Caballero. Se añade que don Hildebrando, al momento de levantar ese informe de 1868, llevaba “20 años de antigüedad”. En su escuela figuraban como ayudantes Doña Ana Atalay y Ondona de Martí, “natural de La Habana”, “Carolina Oliva y Salgado, natural de la Habana, de 21 años y soltera. Dolores Atalay y Ondona, natural de La Habana de 20 años y soltera. Don Emilio Blanchet y Bitton, natural de Matanzas, de 40 años y casado, catedrático del Instituto de Segunda Enseñanza. D. Bernabé de la Torre y Fernández, natural de Santiago de Cuba, de 38 años y casado, con título de maestro de instrucción primaria elemental expedido (sic) en 1850. D. Froilan Martí y Medero, natural de Santiago de Cuba, de 46 años y casado. Título de maestro de instrucción primaria elemental, expedido en la Habana en Julio de 1855. D. Carlos Ondona y Ponte, natural de la Habana, de 48 años y soltero. Sin título”. El informe señala que el ilustre profesor Hildebrando Martí trabajaba también en un “Colegio de segunda enseñanza, de primera clase, incorporado al Instituto de Segunda Enseñanza de la ciudad en que se halla establecido, calle del Río números 36, 38 y 40 (Matanzas)”, dirigido por Antonio Guiteras y Font.

ⁱⁱ **GONZÁLEZ, LUIS FELIPE,** *“Influencia extranjera en el movimiento educacional y científico de Costa Rica”, Tesis presentada en la Escuela Normal de Costa Rica, en Heredia, 14 de septiembre de 1921. Imprenta Nacional de San José Costa Rica 1921.* “A una avanzada edad murió en Bogotá en 1919”, señala este autor, quien aporta datos de los diferentes lugares en que trabajó Don Hildebrando.

ⁱⁱⁱ **MOURLOT MERCADERES, JOEL NICOLÁS.** “La conspiración de los maestros”, publicado en el blog “Cuba y su Historia”, <http://joelnicolas.blogspot.mx/2011/12/la-conspiracion-de-los-maestros.html>. Este autor señala que en el Comité Revolucionario Separatista de Santiago de Cuba, figuraban protagonistas que tuvieron varios maestros conspirativos, entre ellos Hildebrando Martí Medero. También el investigador costarricense, experto en genealogía, miembro de número de la Academia de Ciencias Genealógicas, **Doctor Emilio Gerardo Ovando Cairol**, me notifica, vía *email* personal, que “Don Hildebrando fue uno de los maestros cubanos que conspiró contra la Corona en 1868 en Santiago de Cuba. Debido a lo anterior, se vio obligado a exiliarse en Centro América, región donde se conoce que estuvo en El Salvador, donde ya en 1873 aparecía como codirector de un colegio, en asocio con Anselmo Valdés; en 1875 ya se le hallaba en Guatemala, donde fue iniciador del Instituto Nacional Central para Varones, el 4 de agosto de 1875”. (Correo electrónico enviado el jueves, 05 de Julio de 2012, a las 07:36 p.m.).

^{iv} **OVANDO CAIROL, EMILIO GERARDO,** Correo electrónico enviado el viernes, 06 de julio, 2012, hora: 23:15:56.

^v **OVANDO CAIROL,** Correo electrónico del Jueves, 05 de Julio de 2012 07:36 p. m.

^{vi} **OVANDO CAIROL,** Correo electrónico del Jueves 05 de julio, 2012, 19:36:29 p. m.

BIBLIOGRAFÍA Y OTROS DOCUMENTOS

- BLANDÓN, ERIK**, "RUBÉN DARÍO FRENTE AL ESTADO INTERVENIDO", Revista Centroamericana, Sitio internet della rivista: www.educatt.it/libri/centroamericana, EDUCatt, págs. 17-49, ITALIA 2011.
- CUÉLLAR AGUILAR, GUILLERMO Y VIVALDO MENDOZA ITZEL**, "PROYECTO PARA EL DESARROLLO DE UNA INICIATIVA DE GOBIERNO ELECTRÓNICO. SISTEMA PENITENCIARIO ELECTRÓNICO". Tutor: Néstor Ibarra Palomares. Documento académico derivado del *Diplomado en Gobierno Electrónico para la Competitividad y el Desarrollo*, impartido por el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, MÉXICO 2006.
- DE LA LUZ Y CABALLERO, JOSÉ**, "AFORISMOS I y II", Colección Biblioteca Clásicos Cubanos, número 17, Ediciones Imagen Contemporánea, Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, La Habana CUBA 2001.
- ESTRADA, LEIDY CARMEN**, "LA FILOSOFÍA DE JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO", Tesis de grado, tutor Miguel Rojas Gómez. 2014-2015, Universidad central "Marta Abreu" de las Villas, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de filosofía, (CUBA).
- DUMAS CHANCEL, MARIANO**. "GUÍA DEL PROFESORADO CUBANO PARA 1868", Anuario de Pedagogía y Estadística, la Habana CUBA 1868.
- GARCÍA SANTANA, ALICIA**, "MATANZAS, PRIMERA URBE MODERNA DE CUBA", Academia de Ciencias de Cuba, Centro nacional de Conservación, Restauración y museología (CENCREM), Anales del IAA (revista) No. 42, 18 de junio de 2012.
- GARNER, PAUL**, "PORFIRIO DÍAZ, DEL HÉROE AL DICTADOR: UNA BIOGRAFÍA POLÍTICA", Segunda Edición revisada y ampliada por el autor, Planeta MÉXICO 2010.
- GILLY, ADOLFO**, "LA REVOLUCIÓN INTERRUMPIDA", Ediciones Era, MÉXICO 2007.
- GODÍNEZ RESÉNDIZ, ROGELIO & ACEVES PASTRANA, PATRICIA**, "EL SURGIMIENTO DE LA INDUSTRIA FARMACÉUTICA EN MÉXICO (1917-1940)", Revista Mexicana de Ciencias Farmacéuticas, versión impresa ISSN 1870-0195, Vol. 5 no. 2 abril / junio de 2014.
- GONZÁLEZ, LUIS FELIPE**, "INFLUENCIA EXTRANJERA EN EL DEENVOLVIMIENTO EDUCACIONAL DE COSTA RICA", Tesis de la Escuela Normal de Costa Rica (Heredia), Imprenta Nacional San José de Costa Rica. 1921.
- GONZALES-LARA, YESHAYAHU**, "LA HISTORIA DE NEW YORK: UNA CIUDAD CONSTRUIDA POR INMIGRANTES DE DIVERSAS ÉPOCAS Y GENERACIONES".
- GONZÁLEZ MORFÍN, JUAN**, "LA REVOLUCIÓN SILENCIADA, El conflicto religioso en México s través de las páginas de L'Osservatore Romano" Universidad Panamericana y Editorial Porrúa MÉXICO 2014.
- JÁCOME ROCA, ALFREDO**, "HISTORIA DE LOS MEDICAMENTOS", Academia Nacional de Medicina, Colombia 2003
- KATZ, FRIEDRICH Y LOMNITZ, CLAUDIO**, "EL PORFIRIATO Y LA REVOLUCIÓN EN LA HISTORIA DE MÉXICO: UNA CONVERSACIÓN, Ediciones Era, CIUDAD DE MÉXICO 2016.
- KRAUZE, ENRIQUE**, "VENUSTIANO CARRANZA", Biografía del Poder, Fondo de Cultura Económica MÉXICO 1987.
- MAÑACH, JORGE**, "MARTÍ, EL APÓSTOL", Instituto Cubano del Libro, Editorial Ciencias Sociales, La Habana CUBA 2015.
- "FILOSOFÍA DEL QUIJOTISMO", Revista de la Universidad de La Habana, T. XXV, números 76-81, enero-diciembre, La Habana, CUBA 1948.
- MÁRQUEZ STERLING, MANUEL**, "LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL PRESIDENTE MADERO", Editorial Porrúa MÉXICO 1975.

-
- MARTÍ, JOSÉ**, *"TODO LO OLVIDA NUEVA YORK EN UN INSTANTE. ESCRITOS SOBRE EL NACIMIENTO DE LA CULTURA DEL CONSUMO (1881-1891)"*, Selección y Estudio Introductorio de José Miguel Marinas. CENALTES Ediciones EIRL. Viña del Mar, CHILE 2016.
- MORENO, DANIEL**, *"BATALLAS DE LA REVOLUCIÓN Y SUS CORRIDOS"* (Prólogo y Preparación de Daniel Moreno), Editorial Porrúa MÉXICO 2015.
- OBANDO CAIROL, EMILIO GERARDO**, *"LA FAMILIA ODIO EN COSTA RICA: UN ESTUDIO HISTÓRICO-GENEALÓGICO"*, Edición Electrónica San José COSTA RICA 2012.
- PAYNO, MANUEL**, *"EL HOMBRE EN SITUACIÓN, RETRATOS HISTÓRICOS"*, Colección Sepan Cuantos, Editorial Porrúa MÉXICO 2004.
- PÉREZ, LISANDRO**, *"DE NUEVA YORK A MIAMI: EL DESARROLLO DEMOGRÁFICO DE LAS COMUNIDADES CUBANAS EN ESTADOS UNIDOS"*, Revista Encuentro (DE LA CULTURA CUBANA) No. 15 invierno de 199-2000, Págs. 13-23, CUBA 2000.
- REYES, LYDIA**, *"DESCENDANTS OF VICENTE MARTÍ"*, Produced by Legacy on 4 Jan 2006, FL, EUA. (Documento genealógico).
- ROMERO FLORES, JESÚS**, *"HISTORIA DEL CONGRESO CONSTITUYENTE 1916-1917"*, Gobierno del Estado de Querétaro e Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. Secretaría de Gobernación, MÉXICO 1986.
- RUBÉN DARÍO**, *"LA VIDA DE RUBÉN DARÍO ESCRITA POR ÉL MISMO"*, Casa Editorial Maucci, Buenos Aires, ARGENTINA 1910.
- SAN MARFIL ORBIS, EDUARDO**, *"POBLACIÓN Y POBLAMIENTO EN LA PROVINCIA DE MATANZAS: SUS RELACIONES CON LA AGROINDUSTRIA AZUCARERA. SIGLOS XV XXI. Novedades en población, Revista especializada en temas de población, ISSN: 1817-4078 2007, Año 3, No. 5, La Habana CUBA 2007.*
- TAIBO II, PACO IGNACIO**, *"TEMPORADA DE ZOPILOTES"*, Editorial Planeta MÉXICO 2009.
- TELLO DÍAZ, CARLOS**, *"PORFIRIO DÍAZ: SU VIDA Y SU TIEMPO", La guerra 1830 – 1867"*, Conaculta y Debate MÉXICO 2016.
- TRUEBA LARA, JOSÉ LUIS**, *"LA VIDA Y LA MUERTE EN TIEMPOS DE LA REVOLUCIÓN"*, Taurus MÉXICO 2010.
- VILLAVERDE, CIRILO**, *"CECILIO VALDES O LA LOMA DEL ÁNGEL"*, Novela de Costumbres Cubanas, 1839.
- TOVAR Y DE TERESA, RAFAEL**, *"EL ÚLTIMO BRINDIS DE DON PORFIRIO DÍAZ"*, Punto de Lectura, MÉXICO 2012.
- TARACENA, ALFONSO**, *"LA VERDADERA REVOLUCIÓN MEXICANA"*, Editorial Porrúa MÉXICO 2008.
- YANKELEVICH, PABLO**, *"NATURALIZACIÓN Y CIUDADANÍA EN EL MÉXICO REVOLUCIONARIO"*, artículo arbitrado, *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, No. 48, julio-diciembre de 2014, pp. 113-155.